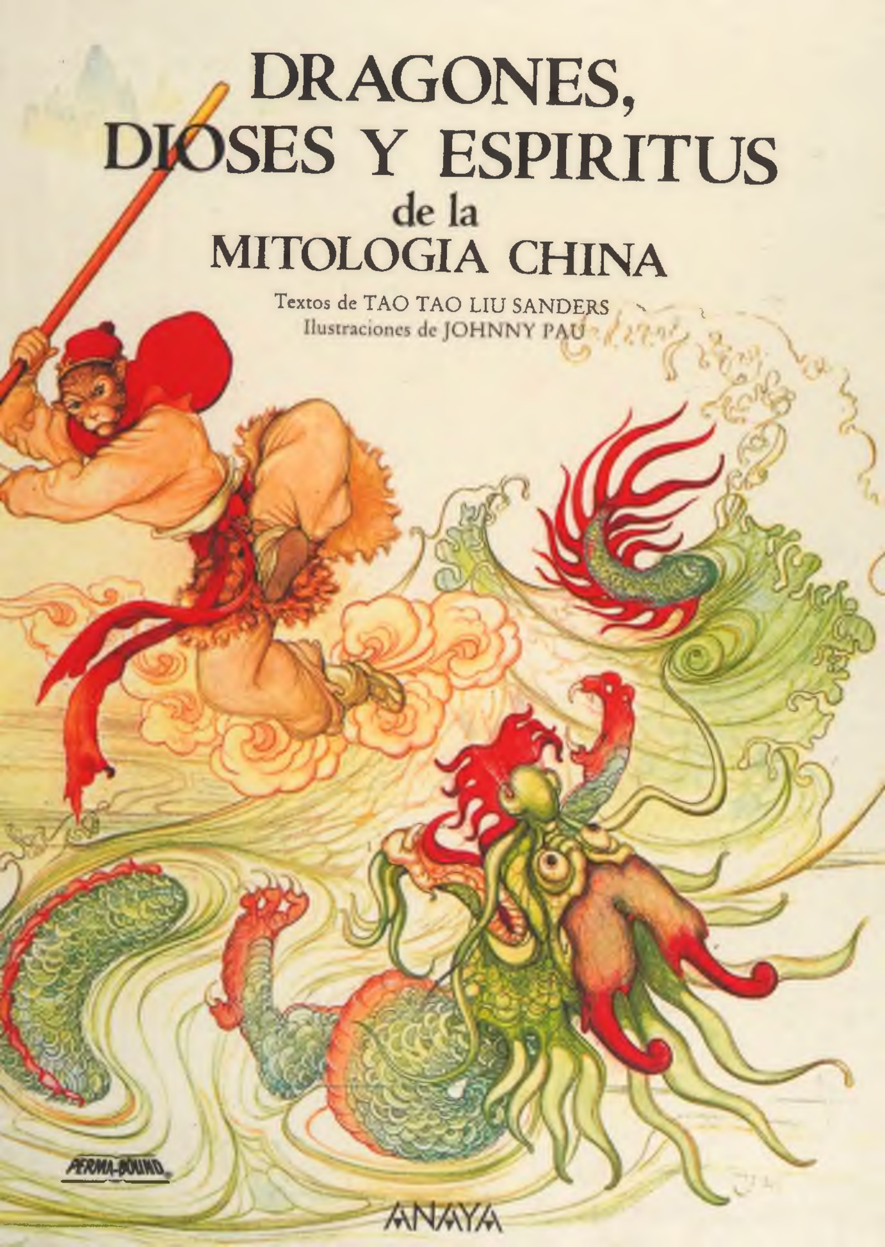
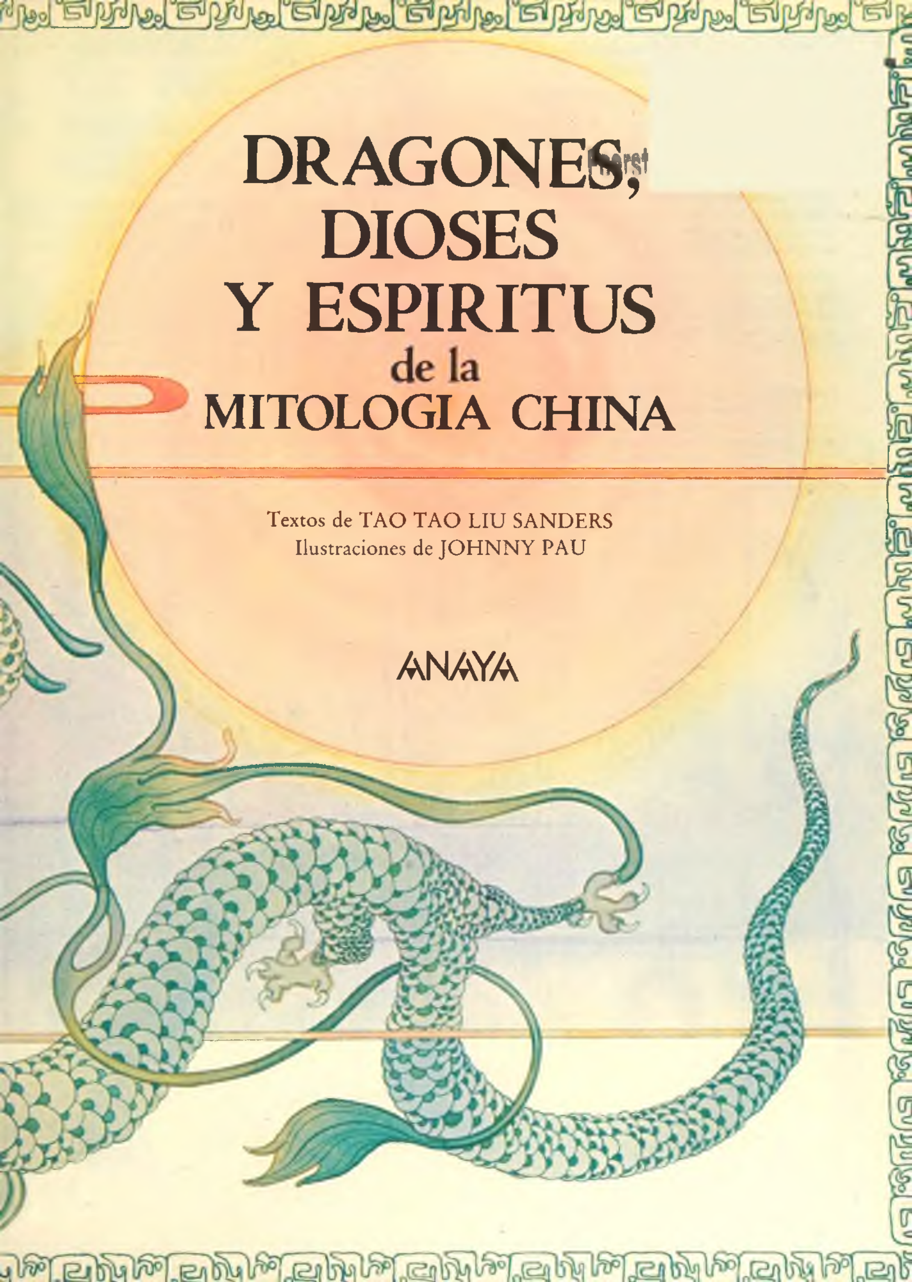

DRAGONES,
DIOSES Y ESPIRITUS
de la
MITOLOGIA CHINA
Textos de TAO TAO LIU SANDERS
Ilustraciones de JOHNNY PAU
PERMA-BOUND
ANAYA

# DRAGONES, DIOSES Y ESPIRITUS

de la

MITOLOGIA CHINA





# DRAGONES, DIOSES Y ESPIRITUS de la MITOLOGIA CHINA

Textos de TAO TAO LIU SANDERS
Ilustraciones de JOHNNY PAU

ANAYA

Título original: *Dragons, Gods and Spirits from Chinese Mythology*
Traducción: Clara Janés

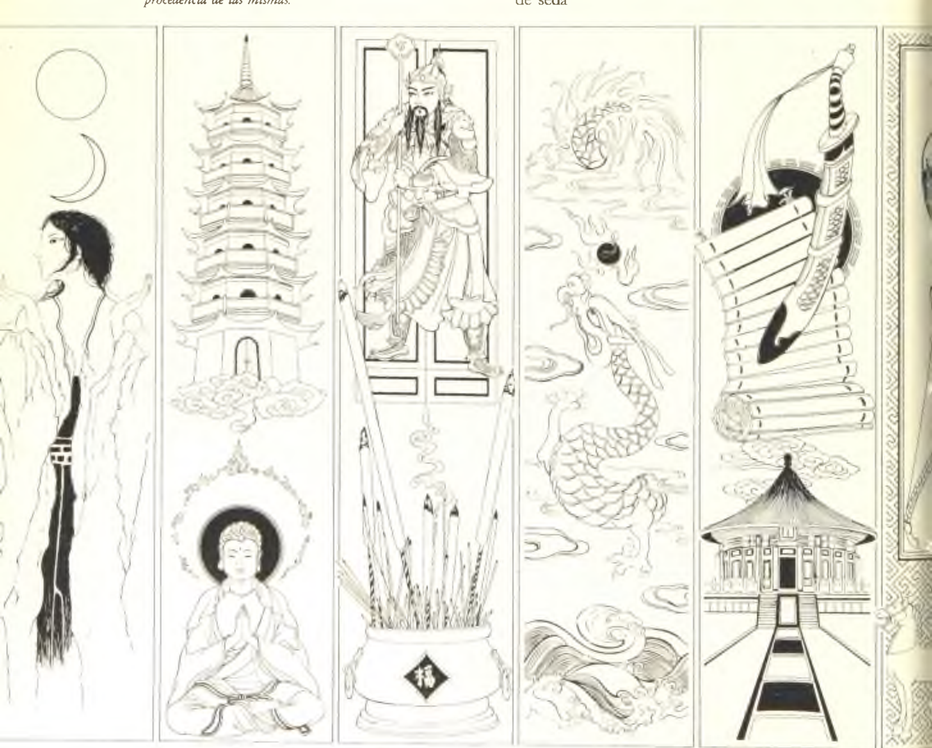
Primera edición, mayo 1984
Segunda edición, abril 1985
Tercera edición, septiembre 1985
Cuarta edición, enero 1986
Quinta edición, agosto 1987
Sexta edición, febrero 1990

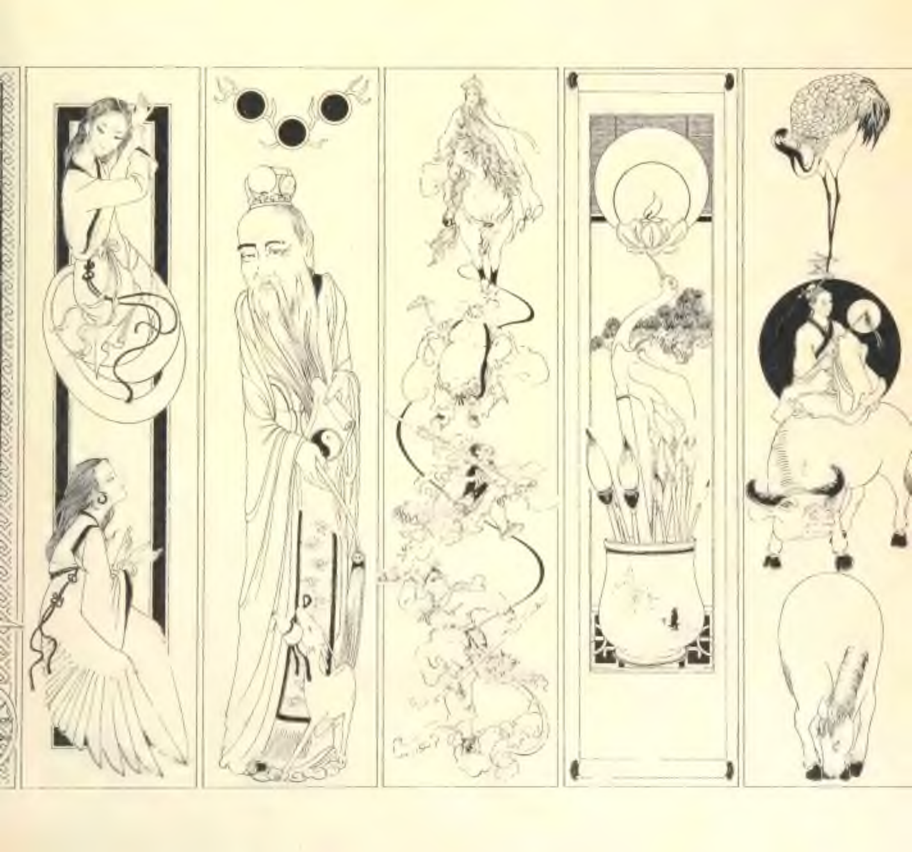
ISBN: 84-207-3628-7
Depósito legal: M. 4.933/1990
Imprime: Edime, S. A. Calle D, esquina a F, Polígono Industrial de Arroyomolinos, Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

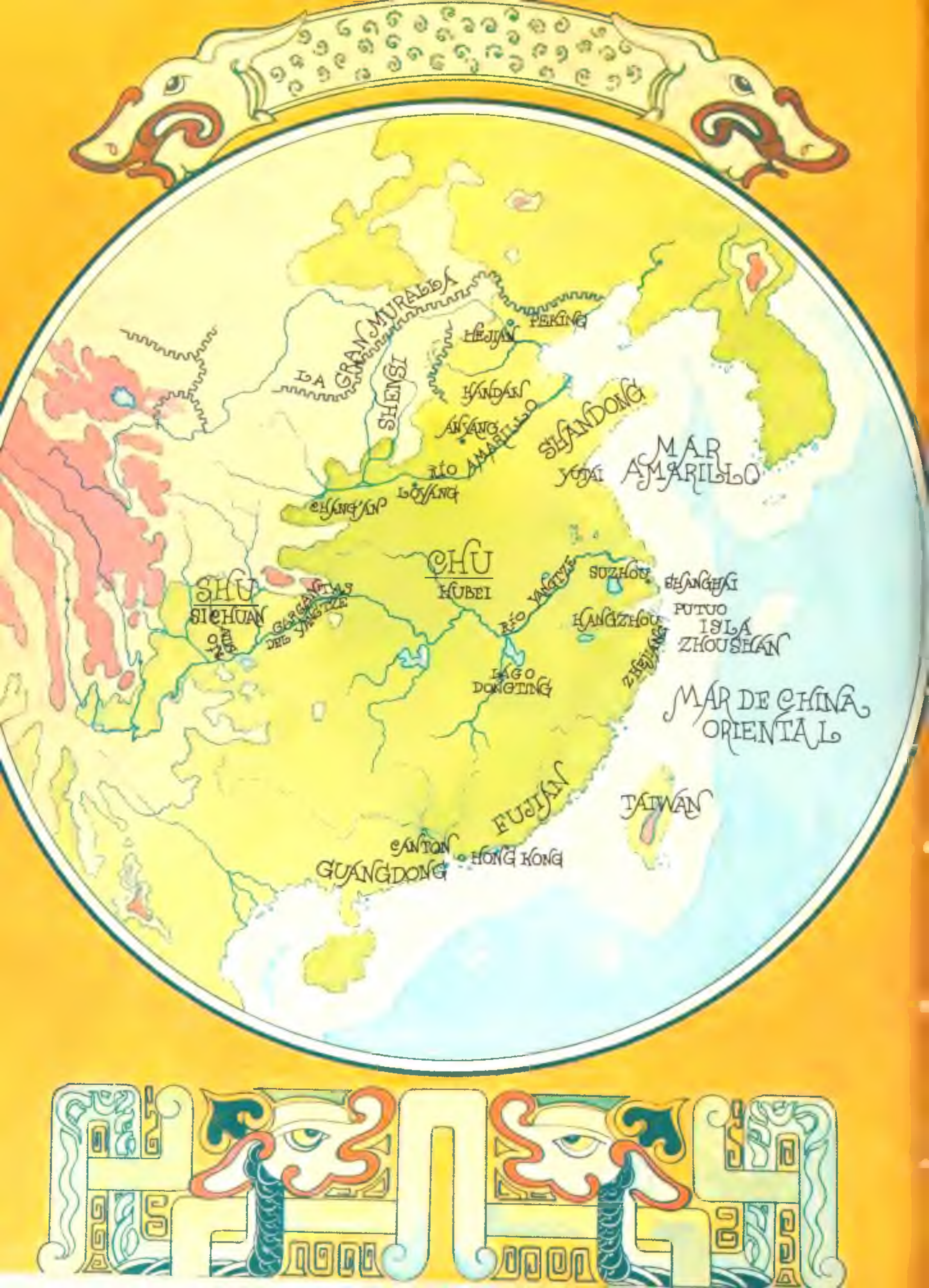


# Contenido








LA GRAN MURALLA
PEKING
HEJIAN
SHENSI
HANDAN
ANYANG
RÍO AMARILLO
SHANDONG
MAR AMARILLO
YUTAI
CHANG'AN
LOYANG
CHU
HUBEI
SHU
SICHUAN
GARGANTAS DEL YANGTZE
RÍO YANGTZE
SUZHOU
SHANGHAI
PUTUO
ISLA ZHOUSHAN
HANGZHOU
ZHEJIANG
LAGO DONGTING
MAR DE CHINA ORIENTAL
FUJIAN
TAIWAN
CANTON
HONG KONG
GUANGDONG



# El mundo chino

El territorio chino abarca un espacio casi igual al de Europa y cuenta con la misma variedad de paisajes y climas. En el norte se extienden las áridas llanuras del río Amarillo, de inviernos fríos y secos, y veranos cálidos y húmedos, mientras más al sur, a dos días de viaje en tren, el clima es tropical. En el este se alzan altas montañas, que alcanzan la meseta del Tíbet, pero en la mayor parte de China las montañas son bajas, excepto en el sudeste, donde separan regiones costeras, como Fujian y Canton, del resto del país. Los grandes ríos, que riegan las inmensas llanuras chinas, nacen en las altas montañas del oeste y se dirigen al este, desembocando respectivamente en el mar Amarillo y el mar Oriental.

Los primeros indicios de cultura china se hallaron en la parte norte de la China actual, principalmente en el valle del río Amarillo, al norte del borde de la llanura, y llegan por el sur hasta el río Yang-Tse. Esta es la tierra donde se sitúa la mitología más antigua que poseemos, y el hogar de los primeros pueblos creados por los dioses.

La larga historia de China es tan antigua como la griega, y en muchos aspectos paralela a ella. Se inició, aproximadamente, en el siglo XII a. C., y en el siglo IV a. C., igual que en Grecia, había llegado a un nivel muy alto. Pero si los griegos sufrieron la conquista de otros pueblos y su civilización dejó de seguir la línea original, los chinos continuaron con la suya ininterrumpidamente hasta nuestros días.

Desde luego hubo invasores y conquistadores que llegaron a China, pero su cultura era siempre inferior y casi siempre acababa por ser absorbida. Hasta épocas recientes, la única cultura avanzada con la que los chinos tuvieron contacto fue la india. Sus relaciones con ella, de carácter comercial y cultural, fueron siempre pacíficas, alcanzando para China una gran importancia cuando a través de ellas el budismo fue introducido en el país.

Antes del budismo, la religión china era similar a la de los antiguos griegos, con muchos dioses diferentes que representaban los diferentes aspectos de la naturaleza, y creencias que pretendían explicar los misteriores del universo en términos humanos. Los hombres cultos, sin embargo, aunque conscientes de un posible poder sobrenatural, no eran religiosos ni adoraban a las divinidades, y vivían según un código moral basado en principios humanos.

La escuela de pensamiento más importante, y que dominó China durante miles de años, fue el confucianismo, que toma su nombre de su fundador el maestro Kong o *Kongfuzi*, conocido por nosotros como Confucio. Esta doctrina se preocupaba fundamentalmente de las relaciones humanas y predicaba un orden social práctico, que permitía a la gente vivir en armonía. Como contrapeso a su visión mundana de las cosas, se desarrolló otra línea de pensamiento: el taoísmo. La palabra Tao significa Camino, y el taoísmo fue la búsqueda mística de las leyes que gobiernan nuestras vidas, sin excluir las formas de vida no humana.

Cuando el budismo llegó a China, estos dos sistemas, taoísmo y confucianismo, estaban ya establecidos. También el budismo era una religión intelectual, pero trajo consigo sus propios dioses, espíritus y supersticiones que los chinos adoptaron sin dificultad. Por otra parte el budismo también influyó en el taoísmo nativo, que a partir de este momento quedó más vinculado a la religión, llegando a tener sus prácticas, su sacerdocio y su monaquismo.

En China, las religiones partían de diferentes fuentes y por ello eran la mezcla de distintas creencias. En nada se parecían a una religión como la cristiana, que, aunque ha absorbido algunos elementos de otras religiones y cultos, ha mantenido muy puras sus creencias básicas. El Dios cristiano se levanta por encima de todo desafío, las deidades chinas se querellan y disputan entre sí, tanto en el cielo como en la tierra. El resultado es con frecuencia una buena mezcla de elementos budistas y taoístas.

En este libro las primeras cuatro partes, después de este capítulo, tratan de los antiguos mitos chinos, creados por gentes fuertes y sencillas que intentaban explicar lo que no entendían del mundo que les rodeaba. Siguen a éstos los cuentos folklóricos y las historias religiosas de civilizaciones posteriores. No hay gran diferencia entre ellos, aunque las últimas historias pertenecen a una sociedad más compleja y técnicamente bastante más avanzada.

Todas estas historias son antiguas y algunas muy antiguas, ya que datan del siglo VIII al V a.C., y muchas de ellas nos han llegado gracias a la tradición, por lo que existen diversas versiones. Esto es lo que sucede cuando las historias se cuentan en vez de escribirse: cada nuevo narrador cambia los detalles, aunque la línea estructural permanece. Así pues, estos cuentos han pasado de padres a hijos llegando hasta la actualidad, y aunque la gente ha dejado de creer en los antiguos mitos, muchas prácticas religiosas han sobrevivido como tradiciones pintorescas, por ejemplo la fiesta llamada del Barco del Dragón, que, de la misma manera que la Navidad en Occidente, constituye una esperada interrupción de la rutina de la vida cotidiana.

La historia de China se divide en dinastías, cada una de las cuales representa un período de tiempo durante el cual reinaba determinada familia. La última dinastía imperial, antes del advenimiento de la república, se llamaba Ching y su dominio duró desde el siglo XVII hasta el año 1911. La dinastía Tang, frecuentemente mencionada en estas narraciones, se extendió desde el siglo VII al siglo X y fue una de las más prósperas y brillantes de toda la historia del país.

Aunque la lengua china ha sufrido cambios radicales a través de los siglos, sus caracteres, es decir el chino escrito, han permanecido sin sufrir alteraciones desde el siglo III a.C., período en que el primer emperador Chin, el primer déspota poderoso de China, fijó la escritura. Actualmente no sabemos cómo pronunciaban los caracteres los antiguos chinos, pero hoy, en la pronunciación más difundida (llamada mandarín), cada carácter equivale a una sílaba, y una o dos sílabas forman una palabra. Los apellidos chinos son generalmente monosilábicos, tales como Zhang o Li, y los nombres suelen constar de dos sílabas.

En este libro, aparte de nombres conocidos como Pekín o Taoísmo, los nombres propios están escritos siguiendo el sistema internacional llamado *pinyin*. Si el lector español pronuncia las palabras tal como están escritas sonarán casi igual que en correcta pronunciación china. En este sistema hay, sin embargo, algunas excepciones: los sonidos escritos con *q* (que se pronuncia como la *ch* española) y *x* (que se pronuncia como la *sh* inglesa); estos sonidos se han transcrito según la grafía internacional más difundida, es decir, respectivamente como *ch* y *sh*.



# Dioses del alba de los tiempos

En el alba de los tiempos el universo era un oscuro caos, una negra masa de nada. El cielo y la tierra no estaban separados, y tampoco lo estaban el día y la noche; y el sol, la luna y las galaxias no existían. Es inconcebible para el hombre imaginar una situación donde no existe nada y, para que este espacio y tiempo pareciera más real, algunos pueblos pensaron que sería semejante a un inmenso huevo. En esta oscura masa —dicen— nació la primera criatura del universo y se llamó Pangu.

Pangu creció en la envolvente oscuridad y durmió, y su sueño duró varios miles de años. Cuando finalmente despertó, se había convertido en un gigante que, al darse cuenta de que vivía en un caos, decidió poner orden. Tomó en sus manos una pesada hacha (si bien no sabemos dónde la consiguió) y con un poderoso golpe partió el huevo en pedazos. Los elementos más ligeros se elevaron flotando hacia lo alto y se convirtieron en el cielo; los elementos más pesados se precipitaron hacia abajo para convertirse en la tierra.

Cuando los elementos se separaron, bajo el impacto del golpe, Pangu tuvo miedo de que volvieran a juntarse, de modo que con las manos empujó el cielo, mientras con los pies presionaba hacia abajo la tierra para mantenerla distante del cielo. Su fuerza era tal que cada día empujaba al cielo más de un *zhang* (cerca de tres metros), y cuanto más retrocedía el cielo más alto se hacía Pangu hasta que al fin se quedó sosteniendo el firmamento como un pilar. Permaneció así eras enteras hasta que el cielo y la tierra se solidificaron y dejó de existir el peligro de que volvieran a formar el caos oscuro del que habían emergido.

Dándose cuenta de que había llevado a cabo su tarea, Pangu decidió echarse a descansar. Sin embargo, muchos miles de años habían pasado desde que naciera en el interior del informe huevo y ahora era ya tan viejo de cuerpo y de espíritu, que su sueño se hizo más y más profundo llevándole lentamente hacia la muerte. Pero Pangu no regresó a la oscuridad de la que había salido. Cuando murió, su cuerpo se transformó, creando el mundo tal como hoy lo conocemos: su aliento se convirtió en viento y nubes; su voz, en trueno; su ojo izquierdo se convirtió en el sol; su ojo derecho, en la luna; su cuerpo y sus miembros, en cadenas montañosas; su sangre, en ríos. Cada una de las partes de su cuerpo se volvieron partes de la naturaleza. Su pelo se trocó en árboles y flores; los parásitos de su piel, en animales y peces; y



sus huecos en toda suerte de piedras preciosas y minerales. Hasta su sudor se convirtió en rocío.

Así pues el gran gigante Pangu, primer ser viviente del universo, creó el mundo que conocemos, dando todo lo que poseía en beneficio de la tierra y de las gentes que pronto la habitarían. El cielo y la tierra permanecieron separados y distantes, si bien luego algunos hombres creerían que las montañas formadas por el cuerpo de Pangu eran pilares que soportaban la azul bóveda del cielo.

Aunque el universo había ya tomado forma y estaba completo con sol, luna, montañas, ríos, plantas y animales, todavía faltaba el ser humano. En estos tiempos primeros habitaban en la tierra dioses, gigantes y otros seres monstruosos. Entre los dioses, la más importante fue la diosa madre Nüwa, creadora y sostenedora del orden. Tenía forma humana en la parte superior de su cuerpo, el rostro y los brazos; pero en la inferior era en todo semejante a un dragón. Podía, además, cambiar de forma y aparecer con distintos aspectos.

Nüwa viajó por el mundo, y aunque lo halló hermoso y rico, sintió que era desolado y solitario porque no había seres humanos en él, y deseó la compañía de gente que pudiera amar, sentir y pensar como ella. Un día se acercó al río Amarillo, y de su lecho sacó unos puñados de barro y modeló unos pequeños muñecos; modeló su cabeza y sus brazos como los suyos propios, pero, en lugar de una cola de dragón, los formó con piernas, de modo que pudieran andar derechos. Hizo esto con mucho cuidado y le gustó su obra. Les dio el soplo de vida y se maravilló al verlos saltar y bailar alrededor, gritando de gozo y llamándola madre.

Al principio Nüwa hizo los muñequitos uno a uno, a mano, pero, cuando hubo creado un gran número de este modo lento y cuidadoso, decidió utilizar sus poderes sobrenaturales para lograr un resultado más rápido. Sumergió un junco en el barro del río y luego, al sacudirlo sobre la tierra seca, pequeñas gotas de barro caían y se transformaban inmediatamente en hombres y mujeres. Más adelante, algunas gentes dijeron que aquellos que había formado con sus manos eran los talentosos y afortunados del mundo, y los que se habían formado del junco sacudido eran más pobres y menos afortunados. Cuando

Nüwa hubo creado suficientes hombres y mujeres, instituyó entre ellos el matrimonio, de modo que pudieran procrear y continuar la raza humana sin su ayuda.

Nüwa tenía un compañero que aparece en las pinturas antiguas con una forma similar, la cabeza y parte superior del cuerpo de hombre, los miembros inferiores de dragón. Su nombre era Fushi y también él fue un gran benefactor de la raza humana. El mayor don que les otorgó fue el fuego. Los humanos habían visto el fuego estallar en el cielo en forma de rayos, pero fue Fushi quien les enseñó cómo obtenerlo frotando un trozo de madera seca con otro, y cómo conservarlo para su propio uso. Gracias al fuego, los humanos pudieron cocinar sus alimentos sin necesidad de comérselos crudos. También pudieron, gracias a él, cazar con más efectividad los animales salvajes, puesto que éstos temen a las llamas. Algunas leyendas dicen que Fushi fue el hijo o el hermano del mismo dios del trueno y por ello pudo transmitir a la humanidad tan preciado don.

Fushi enseñó también al hombre a hacer cuerdas y redes para atrapar a los peces, pero no se dedicaba exclusivamente a los quehaceres manuales; atendió también las necesidades espirituales del hombre y le enseñó música y el arte místico de adivinar y profetizar el futuro. Fue el primero en trazar los ocho hexagramas y escribir en ellos los símbolos que representan las ocho cosas elementales del mundo, por medio de líneas enteras o quebradas. Cada hexagrama consiste en tres clases de líneas y su diferente ordenación hace que equivalgan a cielo, tierra, agua, fuego, montaña, trueno, viento y río. Estos símbolos, en combinación, tenían un significado oracular y se interpretaban con un manual de adivinación llamado *I Ching* o *Libro de los Cambios,* que todavía se consulta.

La adivinación era muy importante en estos días primitivos; con ella se podía saber el resultado de las guerras, lo que acontecería durante la paz, los asuntos de Estado, la evolución de una enfermedad.

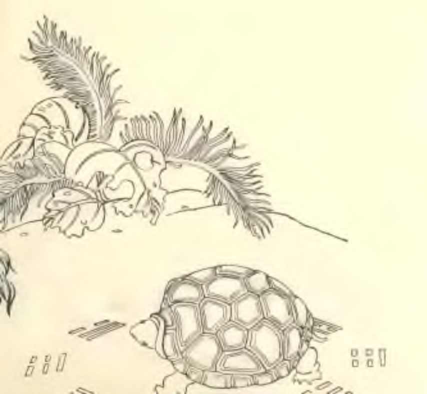
Los nombres de Fushi y Nüwa, en los antiguos escritos, van siempre unidos a los términos «benefactores de la humanidad». Hay quien dice que eran hermano y hermana, otros que marido y mujer. Hay también leyendas que les atribuyen distintos papeles en la creación de la humanidad. Según éstas, hace muchos años, se inundó el mundo debido a un poderoso diluvio. Los únicos que escaparon de perecer ahogados fueron un muchacho y una muchacha llamados Fushi y Nüwa, que se salvaron flotando en el interior de una gran calabaza. Cuando cesó el diluvio Fushi y Nüwa se casaron y con sus hijos volvió a empezar la raza humana. Todos los mitos consideran a Fushi y Nüwa creadores de la humanidad y los primeros maestros.

Creados los seres humanos por Nüwa e



instruidos en las artes que les eran imprescindibles por Fushi, éstos pudieron vivir con cierta seguridad y comodidad. Luego, un día, inesperadamente, Gonggong, el dios del agua, y Zhurong, el dios del fuego, se declararon la guerra. Nadie sabe cómo empezó esta batalla y en un abrir y cerrar de ojos alcanzó una terrible violencia, sobrepasando los límites del cielo y derramándose sobre el mundo de los hombres.

Tras una larga y amarga lucha, el dios del fuego se alzó con la victoria. El dios del agua, Zhurong, se avergonzó hasta tal punto que no se sintió capaz de enfrentarse a los demás dioses y se suicidó. El método que eligió tuvo graves consecuencias para la humanidad, pues se lanzó de cabeza contra una de las montañas que soportaban el universo.



Aunque a sí mismo apenas si se dañó, pues era un dios, destrozó la montaña. El dentado pico rocoso se desplomó, aplastando un rincón del mundo, y a su vez se desplomaron los cielos, que soportara la montaña, quedando un gran agujero en la bóveda azul del cielo. Profundas grietas se abrieron en la tierra y de algunas emergían llamas, mientras de otras manaban aguas de desconocidas profundidades, inundando vastas áreas de tierra y convirtiéndolas en mar. Miles de hombres se ahogaron, miles contemplaban impotentes cómo las lenguas de fuego quemaban sus casas y sus cosechas. Nüwa, la creadora y conservadora del orden, no pudo soportar tan terrible desastre, ni ver a sus hijos convertidos en seres fugitivos. Tan pronto como pudo empezó a reparar el daño.

En las orillas del río Amarillo y del Yang-Tse recogió cantos rodados, que seleccionó cuidadosamente según los cinco colores primarios, los fundió en la forja del cielo y con ellos reparó el cielo. Para estar segura de que nunca se volvería a caer, tomó una tortuga gigante, le cortó sus cuatro patas, y las colocó como cuatro pilares en los cuatro puntos cardinales. Quemó juncos que había al lado del río y con las cenizas rellenó las grietas que se habían abierto en la tierra, forzando a retroceder al agua.

Según cuentan algunos, para ayudar a la humanidad y hacerle olvidar el terrible acontecimiento, construyó un instrumento musical. Unió juncos de trece longitudes diferentes dándoles la forma de una cola de ave, e hizo una especie de zampoña. Con el viento, los tubos emitían un sonido limpio y melódico.

Pero había algunas cosas que ni siquiera Nüwa podía arreglar. Cuando cayó el pilar de la montaña fue a dar en la zona nordeste de la tierra, que desde entonces ha permanecido a un nivel más bajo que el resto. Por esto los ríos y las corrientes de China suelen dirigirse al este, vertiendo sus aguas en el gran océano formado en las bajas superficies orientales. En el mapa de China se ve que los grandes ríos discurren hacia el este, hacia el mar.

# Las islas de los Bienaventurados

Cuando los primeros hombres descubrieron que todos los ríos y corrientes de China se dirigían hacia el gran mar del este, empezaron a preocuparse, pues pensaron que un día aquel mar se llenaría de agua y se inundaría la tierra. Si esto sucediera sería un nuevo desastre para la humanidad. Sin embargo no había por qué alarmarse: al este de los mares, nadie sabe exactamente a qué distancia, había un inmenso golfo. Este golfo era tan profundo que podría decirse que era ilimitado, y tan ancho que nunca podría llegar a llenarse. Hacia él se dirigían todas las aguas del mar, pero nunca se llenaba, ni siquiera cuando recibía no sólo el agua de los ríos, sino la de todos los torrentes de primavera.

En el interior del golfo, la superficie del agua formaba un segundo nivel de mar donde en tiempos hubo cinco grandes islas, cada una con una montaña en el centro. Estas eran las islas del Paraíso, habitadas por dioses y seres inmortales que vivían en palacios de oro con pilares de jade blanco. Los pájaros que volaban por las islas eran blancos como la nieve o tenían el plumaje más brillante y multicolor que pueda imaginarse y los árboles tenían perlas auténticas, y frutos deliciosos, que proporcionaban la inmortalidad a quien los comiera.

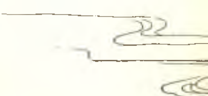
Los habitantes de estas islas llevaban una vida libre y feliz. Lo único que les preocupaba era que, por maravillosas que fueran las islas, tenían un inconveniente: eran islas flotantes, no arraigadas en el fondo del mar, sino libres para vagar por el inmenso golfo, que iban de acá para allá, cambiando de lugar y resultando por ello inestables. Cansados de este vagabundeo, los inmortales fueron a hablar con el gran dios del cielo, Tiandi (cuyo nombre quiere decir emperador de los cielos), para pedirle que, para su seguridad, fijara las islas. El dios entendió su problema y, aunque él no podía arraigar las islas en el golfo, pues éste no tenía fondo, encontró un modo de ayudarles. Escogió cinco tortugas gigantes y cada una de ellas cargó con una de las islas y nadando la llevó hasta el mar. Las tortugas se movían muy despacio y con mucho aplomo, de manera que los habitantes de las islas no notaron ningún trastorno. Todos estaban satisfechos de la solución hallada por Tiandi.

Sin embargo, llegó la catástrofe. Un gigante de poca inteligencia y menos sentido decidió ir a pescar. Se sentó en una gran roca en el mismo límite de la tierra y echó su sedal hacia las olas distantes, más lejos del punto en que el mar y los cielos se unen. Cuando tiró de la cuerda, ésta pesaba mucho y vio en su extremo dos grandes tortugas dando tumbos en el agua. Las islas que acarrearan en sus lomos se habían sumergido. Contento con su pesca, el gigante se llevó las tortugas a su casa prometiéndose una espléndida comida.

Los habitantes de las islas sumergidas se extrañaron enormemente al ver su mundo boca abajo y sus hermosas casas destruidas. Todos juntos se dirigieron al cielo y se quejaron amargamente al gran dios Tiandi, quien los escuchó con simpatía.

—Desde luego, vuestra situación no tiene arreglo de momento —dijo al final—, pues con gigantes de este tamaño todo podría volver a suceder de nuevo. Lo único que se puede hacer, para que estéis a salvo, es disminuir el tamaño de los gigantes. En cuanto a las otras tres islas, os aseguro que permanecerán a salvo.

Desde entonces los gigantes fueron considerablemente más pequeños y dejaron de ser una amenaza para los habitantes de las islas. Como Tiandi había prometido, las restantes islas no sufrieron ningún daño y siguieron sobre los lomos de las tortugas, estables y seguras. Sus nombres son Penglai, Fanghu y Yingzhou, y de cuando en cuando, desde los primeros días de la historia, se ha oído decir de ellas que son el refugio de los inmortales y otros hombres y mujeres poco corrientes, que allí encuentran la paz fuera de la agitación del mundo humano.



# Kuafu persigue al sol

Uno de los gigantes que vivió en el alba de los tiempos se llamaba Kuafu. Kuafu era un ser enorme, pero, como muchos gigantes, no excesivamente inteligente. Le gustaba contemplar el sol levantarse por el este cada mañana y caer más abajo del horizonte por el oeste cada tarde, y se dijo a sí mismo: «Odio la oscuridad. ¿A dónde se va el sol cuando desaparece? ¿Dónde se esconde hasta la mañana siguiente? Si pudiera fijar al sol en mi cielo, nunca tendría que vivir en la oscuridad.» Se quedó pensativo un rato y luego prosiguió:



«Ya sé, perseguiré al sol y lo atraparé y así tendré su luz sin cesar, día y noche.»

Kuafu empezó su persecución del sol en las llanuras del norte de China. Como era un gigante tenía las piernas muy largas y podía recorrer al día muchos kilómetros. Cuando llegó el crepúsculo se encontraba muy cerca del lugar donde el sol reposa por las noches. Alegre, anticipando mentalmente el acontecimiento, extendió sus manos para alcanzar la brillante esfera de fuego, pero súbitamente se vio preso de una terrible sed, una sed como no había sentido nunca antes y que no podía ignorar. Parecía que hiciera presa de todo su cuerpo, quemándolo. Se volvió entonces al río más cercano y de un sorbo lo dejó seco, pero esto no aplacó su sed: como si se hubiera bebido una gota de agua. Corrió entonces de río en río, sin saciarse.

Con sus grandes pasos de gigante desanduvo el camino que había recorrido en su persecución, secando a grandes sorbos todos los pozos, ríos y corrientes, incluido el río Amarillo y el Yang-Tse, y aún tenía sed. Su única esperanza era llegar al mar, donde sin duda alguna hallaría agua suficiente para saciarse. Pero antes de llegar a la orilla cayó exhausto y los últimos dorados rayos del sol rozaron su cuerpo tendido en el suelo. Haciendo acopio de fuerzas lanzó su bastón al sol en un último gesto de ira, y luego cerró los ojos y se quedó dormido.

A la mañana siguiente, cuando los claros rayos del sol brillaron una vez más desde el este y tocaron la figura del durmiente, el gigante dejó de existir y en su lugar había una imponente cadena montañosa. Hacia el oeste había un bosque en forma de bastón y aunque los árboles no estaban allí el día anterior tenían las hojas verdes y entre ellas los frutos más brillantes y jugosos que jamás se hayan conocido. Estos árboles nacieron del bastón de madera de melocotonero que Kuafu había lanzado al sol y sus frutos eran melocotones que siempre reavivarán al hombre, aplacarán la más terrible sed y lo estimularán a no darse jamás por vencido.

Dice la gente que el cuerpo del gigante formó la gran cordillera de la provincia de Shaanxi, actualmente llamada Monte Chiu. En el extremo oeste de la cadena montañosa hay una región que todavía se llama Bosquecillo de Melocotones.

## El gigante sin cabeza

Hubo una vez un gigante que no tenía nombre, pero tenía grandes ambiciones: quería nada menos que luchar con el gran dios Tiandi y robarle el trono. Con un escudo redondo en la mano izquierda y un hacha en la derecha trepó directamente hasta el cielo lanzando su grito de batalla y desafiando al gran dios a la lucha.

—¡Quién se atreve a desafiarme! —rugió Tiandi airado. Y cogiendo su espada salió a enfrentarse con el gigante.

Lucharon durante días, dándose golpe tras golpe, dando vueltas el uno en torno al otro, sin detenerse para comer ni descansar. Mientras luchaban se movían sin cesar, para encontrar una mejor posición, y sin darse cuenta descendieron hasta ir a parar al mundo de los hombres. Y descendieron luchando las cordilleras del oeste de China y alcanzaron la montaña Changyang. Allí, Tiandi elevó en el aire su espada y con un potente golpe separó la cabeza del tronco del gigante y la lanzó rodando montaña abajo como un canto rodado. El ruido de la cabeza, dando tumbos por la ladera, era como un trueno y despertó un eco que resonó por valles y bosques.

Extrañamente, el cuerpo del gigante no cayó. Permaneció en pie aún un minuto, aturdido por el golpe, luego, presa del pánico, se pasó el hacha a la mano izquierda y se inclinó hacia el suelo en busca de su cabeza. Los picos de todas las montañas próximas se estremecieron cuando su mano pasó por encima de ellas, arrojando piedras que se desprendían ruidosamente hacia el valle. Hizo añicos los árboles y una nube de madera, fragmentos de piedra y polvo, se levantó en el aire oscureciendo al sol.

El gran dios Tiandi lo miraba todo desde lejos, y temiendo que el gigante encontrara su cabeza, volviera a colocarla sobre sus hombros y reanudara la lucha, sacó su espada y de un golpe abrió el lado de la montaña junto a la cual aquélla se había detenido finalmente. Esta rodó hacia el interior y con un ruido sordo la montaña volvió a cerrarse. Con risa triunfante Tiandi regresó al cielo dejando al gigante en pie en la ladera de la montaña, escuchando los ecos de las rocas al chocar, haciendo girar de un lado a otro su cuerpo sin cabeza para tratar de imaginarse lo sucedido.

Pero el gigante sin cabeza aún no estaba derrotado. Mientras estaba allí dos nuevos ojos aparecieron en su pecho y una nueva boca en su ombligo. Bailando una danza guerrera, que una vez más hizo temblar las montañas, y levantando el hacha en desafío retó de nuevo al cielo:

—¡Sal, y ven a luchar con quien te desafía, supremo dios del cielo!

Por lo que sabemos, el gigante ambicioso aún sigue esperando.

## El Emperador Amarillo

En los tiempos antiguos, el Emperador Amarillo era un dios importante. Era un personaje muy poderoso y tenía muchos hijos; unos eran dioses y otros eran hombres. Se interesaba mucho por la raza humana y la protegió y ayudó a llevar una vida pacífica y ordenada, y, por ello, con frecuencia, se le consideró emperador terrestre, el primero de China.

Una de sus grandes hazañas fue haber derrotado al monstruo Chiyou. Este empezó su vida como un dios de segunda clase cuya misión era ser mensajero del Emperador Amarillo, preparándole el camino cuando iba de viaje. Sin embargo, Chiyou era muy ambicioso y planeó destronar al emperador para ocupar su puesto. Reunió en torno suyo a otros ocho dioses menores descontentos del Emperador Amarillo. Estos dioses causaban espanto a la vista: tenían la cabeza de hierro y el rostro de cobre con cuatro ojos, seis manos y pies hendidos. Su alimento eran piedras y metales y se especializaban en hacer armas de hierro de todo tipo, lanzas afiladas, espadas, hachas y fuertes arcos. Chiyou, después de haber entrenado y organizado en el cielo a estos demoníacos dioses, bajó a la tierra. En ella visitó a la tribu bárbara de Miao, en el sur de China, fomentando la rebelión y el descontento contra el Emperador Amarillo.

Por entonces el Emperador Amarillo vivía confortablemente en su palacio del cielo, ignorando lo que se planeaba contra él. Fue, pues, una gran sorpresa cuando Chiyou le atacó de pronto con su terrorífico ejército de demonios de cara de cobre. Al principio, el Emperador Amarillo intentó hacer entrar en

razón a Chiyou, pero el ambicioso Chiyou rehusó escucharle.

La batalla empezó seriamente: choque de armas, ruido de armaduras, gritos de guerra en el aire antes pacífico. Chiyou estaba decidido a ganar fuera como fuera, y en el momento álgido de la batalla hizo uso de sus poderes mágicos para envolver al ejército del Emperador Amarillo en una espesa niebla. En vano intentó el emperador exhortar a sus tropas y romper el cerco cegador que les envolvía: todos seguían dando vueltas en la siniestra nube, sin orientación.

Cuando la situación parecía ya desesperada, uno de los ministros del emperador dijo:

—Si lográramos ver las estrellas a través de la nube, podríamos orientarnos. Si tuviéramos algo que nos sacara como la Estrella Polar, algo que nos guiara fuera de la niebla...

El ministro se puso a trabajar de inmediato con sus poderes mágicos y en algunos minutos había inventado la brújula. Con tan maravilloso instrumento el emperador y su ejército pudieron salir de la nube y el combate se reanudó con la misma fiereza.

Entonces el Emperador Amarillo llamó a otro de sus guerreros, Yinglong (que quiere decir dragón Ying), un dios que podía hacer llover cuando quería, y le mandó desencadenar un temporal que barriera a los rebeldes fuera del cielo. Pero Chiyou fue más rápido que él y, antes de que Yinglong pusiera en obra su magia, provocó un diluvio que con agua y lodo retenía al ejército del emperador. Pero éste no desmayó. Llamó a una de sus hijas, una diosa que ardía siempre al rojo vivo, y en cuanto ella llegó, el calor de su cuerpo evaporó la lluvia. El ejército estaba a salvo, pero la hija del emperador había agotado sus poderes y no podía ya vivir en el cielo. En la tierra tampoco la quería nadie, porque donde quiera que iba secaba los ríos, los pozos y los campos, y la gente la echaba temiendo su poder. Yinglong, el hacedor de lluvia, tampoco podía permanecer en el cielo, porque una fuerza superior le había derrotado y había perdido su prestigio. También él se quedó en la tierra y fue rey en el sur de China, donde desde entonces, debido a su poder, llueve frecuentemente.

El Emperador Amarillo parecía ahora haber ganado la guerra, pero su ejército estaba exhausto y con la moral muy baja. Chiyou, sin embargo, era aún una amenaza y el emperador buscaba un medio para animar a sus soldados. Después de mucho pensar decidió que necesitaba un tambor de guerra cuyo sonido fuera el más alto y potente que jamás se hubiera oído; esto daría nueva energía a sus hombres y aterrorizaría a sus enemigos.

En el mar Oriental vivía entonces un monstruo llamado Kui, una extraña criatura parecida a un buey que tenía sólo un pie y vivía flotando en el mar, acompañando a las tempestades, que abría la boca para escupir colmillos de rayos y rugía como el trueno.

—Haré de Kui mi tambor —dijo el Emperador Amarillo. Y mandó a sus guerreros más fuertes a capturar y matar al monstruo. Hicieron un tambor con su piel, pero su sonido no fue lo suficientemente fuerte para el emperador. Entonces pensó en el dios del trueno. Sin un momento de vacilación mandó matar al dios del trueno, quitarle el hueso de la pierna y entregarlo al primer tambor: el instrumento sonó como él quería y las fuerzas del emperador vencieron la batalla derrotando a los demonios con rostro de cobre.

En el cielo la guerra había terminado, pero en la tierra las tribus Miao se querellaban. No le llevó mucho al Emperador Amarillo dominarlas y capturar a Chiyou y encadenarlo. Y luego lo ejecutó.

Chiyou se debatió fieramente hasta el punto que las esposas que llevaba en torno a sus muñecas quedaron ensangrentadas. Cuando hubo muerto, el emperador lanzó las esposas a una tierra yerma. Allí se convirtieron en arces, y cuando cada año las hojas se vuelven rojas la gente dice que el color es debido a la sangre y la ira de Chiyou.

## El pájaro y el mar

El dios sol tenía una hija a la que amaba tiernamente, más que al resto de sus hijos. Un día, para divertirse, la niña se fue en barca al mar Oriental. Desgraciadamente se desencadenó una tormenta hallándose ella muy lejos de tierra. Olas del tamaño de una montaña aplastaron la barca y la pequeña se ahogó. El dios sol se desesperó ante dicha muerte, pero, como sus rayos no lograban volver a la vida a su hija, decidió retirarse a sufrir en soledad.

El alma de la niña reencarnó en un pequeño pájaro llamado Jingwei. Jingwei tenía la cabeza moteada, el pico blanco y las patas rosadas, y odiaba el mar por haberle privado de la vida, y por haber despojado al padre de la hija. Cada día recogía una piedrecita o una rama con el pico y extendiendo las alas se dirigía al mar Oriental. Luego dejaba caer su carga en el agua, esperando que un día el mar se llenaría de piedras y ramitas.

Durante mucho tiempo el mar no se fijó en el pájaro, pero un día se rió de él soltando una carcajada y dejando ver sus blancos dientes de espuma.

—Pajarito, pajarito, deja ya tu trabajo. Nunca lo conseguirás, ni en un millón de años. ¿Cómo vas a llenar el mar de piedras y ramas?

El pájaro aleteó y le dijo:

—¿Y si echo piedras y ramas durante un millón de años, o un millón de veces un millón de años, hasta que se acabe el mundo? Nunca me detendré y un día te llenaré.

—¿Por qué me odias tanto?

—Porque me quitaste la vida, así como la de tantísimos otros que también han muerto por tu crueldad.

—Pájaro estúpido, nunca lo conseguirás —volvió a reírse el mar.

—Sí lo haré, sí lo haré —dijo tristemente el pájaro aleteando sobre el mar—. Un día lo conseguiré.

Y así ha seguido hasta nuestros días.





# El cuco

En el antiguo reino de Shu, que es actualmente la provincia de Sichuan, había un rey llamado Wang. Wang había sido primero dios y vivía en el cielo, pero en una visita a la tierra conoció a una mujer, también inmortal, que había abandonado su morada en un profundo pozo y vivía en Shu. Ambos se casaron y reinaron sobre aquella tierra.

Wang era un buen rey, preocupado siempre por hacer bien a sus súbditos. Les enseñó a labrar la tierra y a observar las estaciones, de modo que el reino prosperó. Había, sin embargo, un problema que Wang no podía resolver: cada año el gran río Yang-Tse, que cruzaba su territorio, se desbordaba y destruía las cosechas, con gran preocupación del rey.

Un día, flotando en la corriente del Yang-Tse, se halló el cuerpo de un hombre. No se trataba de un hombre corriente, pues, en lugar de flotar siguiendo el rumbo de las aguas, lo hacía en dirección opuesta. Todavía resultó más misterioso cuando lo sacara del río y empezó a revivir. Dijo que era de Chu, unos kilómetros río abajo, y que había resbalado y se había caído al río.

Wang oyó pronto hablar del extranjero y quiso conocerlo, quedando profundamente impresionado por su sabiduría y conocimientos, sobre todo al ver que sabía mucho de ríos y control de aguas. Así que acogió al extranjero en su corte y le nombró ministro.

Poco tiempo había pasado en la corte el nuevo ministro cuando el Yang-Tse se desbordó de nuevo. Inmediatamente vio éste la causa de la catástrofe: en gran parte del país el agua de los ríos corría por gargantas demasiado estrechas para contener la crecida del agua procedente de las montañas durante los deshielos de primavera. En poco tiempo el nivel rebasaba las orillas y se esparcía por la llanura de ambas márgenes. El ministro hizo excavar galerías en las montañas para desviar el agua, salvando así al país.

Wang decidió entonces ceder el trono al hombre que podía controlar el agua y abandonó la corte para vivir tranquilo en las montañas occidentales. Llevaba poco tiempo allí, sin embargo, cuando oyó rumores malévolos que perjudicaban su nombre. Según éstos, mientras el hombre de Chu estaba ocupado controlando la corriente, Wang había seducido a su esposa. Cuando al regresar el marido los había sorprendido juntos, Wang, avergonzado, le había cedido el trono.

Nunca se recobró el antiguo rey de Shu de haber oído tales calumnias, arrepintiéndose de su generosidad. Tal fue su dolor y desdicha que pronto murió. Su espíritu se convirtió en un pájaro que conocemos como el cuco, cuyo triste canto parece decir en chino «mejor regreso», y desde entonces recuerda el dolor de Wang por haber dejado a su pueblo.

Hay quien da una explicación distinta del origen del cuco y su canto. Según ellos, Wang murió naturalmente y feliz entre los suyos, sin embargo su amor por ellos era tan grande que su espíritu regresó en forma de cuco al principio de las temporadas de siembra, recordando con su peculiar canto que es el momento de plantar y que hay que atenerse a las estaciones para cultivar bien el campo.





# Los antiguos héroes

En el mar situado más allá del océano Oriental, en el extremo más oriental del mundo, crecía un árbol llamado Fusang. Este árbol tenía varios kilómetros de altura y miles de metros de circunferencia, y entre sus ramas moraban soles en lugar de pájaros.

En aquellos antiquísimos tiempos no había un solo sol, sino diez. Se pasaban la noche jugueteando en el mar, bañándose para conservar su brillo, y después descansaban en el gran árbol, mientras uno de ellos recorría el cielo para dar luz y calor a la tierra. Los seres humanos creían que había un solo astro, pues nada sabían del árbol Fusang y los otros nueve soles que descansaban más allá del océano.

Esos diez soles eran hijos del dios del este, Dijun, y de su esposa Shiho, la diosa del sol. Un día, los diez hermanos, como niños mal educados y desobedeciendo las normas de sus padres, salieron todos al cielo en lugar de aguardar su turno habitual. Con diez soles brillando a la vez fue tanta la luz y el calor que todo se quemó. Tal vez los soles estaban tan contentos de su resplandor que creían que los humanos lo estarían también, pero no era así: la gente los odiaba. La tierra se secó, cosechas, flores y árboles se agostaron y hasta las rocas y minerales parecieron derretirse. La sangre latía fuertemente en las venas de la gente y apenas si podían respirar ni de día ni de noche. Tenían poco que comer, y como los ríos se habían secado, casi nada que beber. Para empeorar aún más las cosas, unos monstruos terribles salieron de los bosques, cuya verdura se había reducido hasta convertir los árboles en secos bastones, y de las profundidades de lagos y ríos agostados.

Aunque el padre de los soles, Dijun, vivía en el cielo, escuchó los lamentos de la gente y las súplicas desesperadas de su señor, el emperador Yao. Incapaz de controlar a sus rebeldes hijos con razones, decidió tomar medidas drásticas. Llamó a un arquero inmortal, Yi, y le dio un arco rojo y un carcaj lleno de flechas blancas y le envió a la tierra.

—Haz lo que debes —le dijo—, pero no hagas a mis hijos más daño del que sea necesario.

Yi obedeció y tomando a su esposa Chang'o se dirigió directamente al palacio del emperador, donde vio con sus propios ojos la terrible desolación y el sufrimiento de la gente ocasionada por los soles.





Primeramente, Yi subió a un lugar elevado y amenazó a los soles que bailaban en el cielo; esperaba que la sola visión del arco mágico y las flechas les haría impresión. Los soles, sin embargo, probado el poder, no se asustaban fácilmente, así que no le prestaron atención.

Entonces Yi colocó una flecha en el arco, midió la distancia, apuntó cuidadosamente y disparó a uno de ellos. Al momento una bola de fuego cayó pesadamente al suelo. El aire se refrescó un poco y la gente, agradecida, corrió a ver su caído enemigo. Todo lo que encontraron fue un cuervo gigante con tres patas derribado en el suelo.

Yi colocó otra flecha en el arco y disparó de nuevo y otra bola de fuego cayó del cielo. A sus pies yacía muerto otro cuervo con tres patas. Pero los soles seguían sin obedecer y una a una las flechas de Yi los alcanzaban, y la tierra volvió a respirar de nuevo.

Afortunadamente para la tierra, el emperador se dio cuenta de que era necesario que quedara por lo menos un sol para dar luz y calor. Acercándose subrepticiamente a Yi por la espalda contó las flechas que aún le quedaban en el carcaj y los cuervos caídos. Quedaban cuatro flechas y en el suelo yacían seis cuervos. Rápidamente el emperador robó una flecha del carcaj para asegurarse de que uno de los soles sobreviviría. Yi estaba tan ocupado que no se daba cuenta y siguió lanzando sus flechas hasta que no le quedó ninguna. Un solo sol, pálido en comparación con el resplandor que irradiaban los diez, quedaba aún en el cielo para no desviarse de su camino.

Los soles ya no estaban, pero para que la tierra pudiera volver a la normalidad había que controlar a los monstruos. Con una nueva provisión de flechas, Yi los cazó despiadadamente. En la llanura encontró a uno que la gente llamaba Gran Viento, un enorme pájaro parecido al pavo real, con cola desplegada y cruel pico de águila, que, como el águila, descendía en picado para llevarse hombres y animales, y cuyas alas eran tan enormes que desencadenaban torbellinos.

Yi sabía lo poderosas que eran las alas de Gran Viento, que le permitían volar a tal velocidad que probablemente escaparía antes de darle ocasión de disparar más de una flecha. Cobijándose en un risco de una montaña lejana, esperaría a que se le curasen las heridas para volver de nuevo a devastar las llanuras. Para impedirlo, Yi ató una fuerte cuerda hecha de seda a la flecha, y con mucho cuidado lanzó ésta de modo que atrapó al gran pájaro por el pecho y, antes de que el pájaro se diera cuenta de lo que pasaba, Yi había tirado de la cuerda arrastrando al monstruo al suelo para poder matarlo con el cuchillo.

Yi se dirigió entonces hacia el lago Dongting, que se halla en la parte central del río Yang-Tse. En este lago, al evaporarse el agua, había aparecido una inmensa serpiente que hacía zozobrar todos los botes de pesca, y se tragaba a los pescadores antes de que pudieran alcanzar de nuevo la orilla. Yi tomó un bote y remó de arriba abajo para atraer la atención del monstruo. Tuvo que esperar poco, pues la horrible cabeza de la serpiente no tardó en aparecer tras su cuerpo que se enroscaba al avanzar hacia la presa.

Yi disparó flecha tras flecha, pero la piel de la serpiente era escamosa y tan fuerte que apenas lo notaba. Yi tuvo que acercarse y luchar cuerpo a cuerpo desde su diminuto bote y, cuando ya todo parecía perdido, logró clavarle la espada en el corazón. Con un último coletazo, la serpiente desapareció para siempre bajo las aguas del lago. Una multitud de pequeños botes partieron de la costa y escoltaron a Yi hasta su morada, pidiéndole que se quedase con ellos. Yi se negó, diciendo:

—Mientras queden monstruos vagando por la tierra, nadie estará a salvo. No podré descansar hasta que estén todos vencidos.

La última lucha de Yi tuvo lugar con un jabalí gigante, devorador de hombres, que vagaba por un bosque de moreras. Era grande como un buey y cada noche destruía los cultivos, se llevaba ganado y a veces atacaba incluso a los campesinos que eran lo suficientemente tontos como para salir de noche por el campo. Ni siquiera este terrible animal pudo con Yi y su arco y flechas mágicas. Le disparó a las patas y lo arrastró vivo ante los campesinos a los que tenía aterrorizados.

Se organizó una gran fiesta y se mató al jabalí en una ceremonia. Luego lo asaron y se lo comieron. Hasta el emperador estuvo celebrando la muerte del último monstruo y el comienzo de una nueva época de paz y seguridad. A Yi le dieron los mejores pedazos de carne para que se los llevara consigo al cielo como agradecimiento a Dijun, el dios que le había enviado para salvar la tierra.

# Chang'o y el elixir de la inmortalidad

Cuando Yi regresó al cielo con su esposa Chang'o, esperaba que le agradecieran y alabaran la empresa de salvación de los hombres que había llevado a cabo, pero no sería así. Cuando Yi se encontró cara a cara con Dijun, el dios frunció el ceño y dijo amargamente:

—Es cierto que has servido a los hombres muy bien, pero no esperes que te dé las gracias por ello. Has matado a mis hijos y no puedo pensar en ellos sin gran pesar, y cuando te veo no puedo dejar de recordar su pérdida: apártate, pues, de mi vista. Tú y tu mujer iréis a vivir a la tierra, donde tan bien has servido, y nunca volveréis al cielo.

En vano protestó Yi diciendo que no era responsable del desobediente comportamiento de los hijos del dios y que sólo había cumplido sus órdenes. Dijun se mostró inexorable. Yi no tuvo otra alternativa que llevarse a Chang'o a la tierra. Para mayor desgracia, Chang'o reaccionó muy mal ante la noticia del destierro. Estaba más decepcionada y dolida incluso que el mismo Yi.

—¿Qué he hecho *yo* para merecer esto? —decía—. Yo, una diosa de nacimiento, educada en el lujo del cielo, ¿tengo que sufrir por causa de la conducta de mi marido?

Y maldijo el destino que la había unido a semejante esposo. Sin embargo, al final, tuvo que obedecer las órdenes de Dijun y, de mala gana, los dos inmortales recogieron sus posesiones y se trasladaron a la tierra. Yi encontró un lugar en una montaña, se instalaron y, con su pericia de arquero, cazaba para comer.

La vida era dura para Yi. Se pasaba el día vagando por los bosques de la montaña en busca de presas y, por la noche, regresaba a su casa agotado y encontraba una mujer descontenta, pues Chang'o rehusó adaptarse a la nueva vida y nunca dejó de reprochárselo.

—Si no hubieras dado muerte a los soles, todavía seríamos dioses en el cielo —decía—. Ahora estamos desterrados a vivir en la tierra entre los hombres y, como hombres, tendremos que morir. Piensa sólo en lo que eso significa, Yi. Nosotros, que hemos sido inmortales, tendremos que descender a los infiernos y hacer compañía a los espectros.

Yi no podía hacer más que asentir tristemente y preguntarse si había algún remedio.

Un día, Chang'o sugirió la solución:

—He oído decir que existe una cosa llamada el elixir de la vida —dijo—, una droga que es tan poderosa que da la inmortalidad a aquel que la toma. Se dice que en el oeste, en la montaña de Kunlun, vive la reina madre del oeste, quien recoge y conserva el elixir.

También Yi había oído hablar de esta diosa, y tampoco deseaba vivir y morir como los seres humanos, así que accedió a ayudarla.

El nombre reina madre del oeste puede hacer pensar en una amable dama de cabello blanco, pero en realidad era una diosa monstruosa. Tenía rostro de mujer, pero dientes de tigre, y su larga y despeinada cabellera caía pesadamente sobre su cuerpo horrible que acababa en una cola de leopardo. Llevaba en la cabeza una corona de jade con forma de juncos. Sus servidores eran pájaros de tres cabezas que recorrían toda la región volando en busca de alimento que le gustara. Ella nunca se movía de su gruta, pero podía enviar plagas a la humanidad para castigar sus malas acciones.

La montaña de Kunlun está al oeste de China, más allá de las cordilleras del Tibet. Otros dioses vivían allí, además de la reina madre, así que era una extraordinaria fortaleza rodeada de un foso lleno de agua en la que nada flotaba: hasta una pluma de ave se hundía al momento. Por encima de ésta, un círculo de fuego ardía noche y día. Jamás un mortal había penetrado en la fortaleza salvando estas dos barreras, pero Yi conservaba aún algo de sus poderes divinos y atravesó a nado el foso, atravesó las llamas y llegó a la gruta de la mismísima reina madre.

Por suerte, la diosa se mostró compasiva y tras oír su historia le dio una cajita, diciendo:

—Este es el elixir de la inmortalidad. Guárdalo bien porque es muy precioso. Está hecho de un melocotón mágico que da la vida eterna. El árbol sólo florece cada tres mil años y da fruto cada seis mil. Incluso entonces la cosecha es muy pequeña y todo lo que he recogido está en esta cajita. Es suficiente para daros a ti y a tu mujer la vida eterna, pero siempre viviréis en el mundo de los hombres. Necesitaríais dos veces más para alcanzar la verdadera inmortalidad y la calidad de dioses. Mira, toma esto y guárdalo, porque no tiene precio.





Yi regresó a su casa por el mismo camino por el que había partido y dio el elixir a su esposa, repitiéndole todo lo que la reina madre le había dicho.

—Dentro de unos días —dijo— prepararemos un banquete y nos tomaremos el filtro. Entonces estaremos para siempre a salvo de la muerte.

Feliz como hacía mucho tiempo no se sentía, Yi partio al día siguiente a cazar, esperando hallar suficiente alimento como para preparar un gran festín.

En el hogar, sin embargo, quedaba su esposa bastante decepcionada. No podía aguantar la idea, habiendo sido diosa, de quedarse en la tierra y vivir como un mortal cualquiera. No era suficiente para ella evitar la muerte, quería volver a ser diosa y vivir en el cielo con sus iguales. El confiado Yi se lo había contado todo respecto al elixir, de modo que sabía que había suficiente como para que una persona se tornara plenamente inmortal, así que decidió beber hasta la última gota. Tomando cuidadosamente la caja del lugar donde estaba escondida, se bebió el contenido y se sentó a esperar sus efectos.

Estos se produjeron inmediatamente. Chang'o sintió que su cuerpo se elevaba flotando y lentamente, rebasando la ventana, ascendía por el aire.

—Tal vez no debería volar directamente al cielo —se dijo a sí misma contemplando la tierra cada vez más pequeña a sus pies—. Todos los dioses saben quién soy y, sin duda alguna, me acusarán de haber tomado todo el elixir sin dejar nada a mi marido, a pesar de que todo fue culpa suya.

Miró a su alrededor. Era de noche y brillaba la luna llena rodeada de fulgurantes estrellas.

—He oído decir que la luna está deshabitada —dijo—. Este será un buen lugar para vivir.

Lentamente subió más y más alto hasta alcanzar la fría y plateada luna. Tal como esperaba estaba desierta, si bien había allí un árbol de casia y un conejo: formas que todavía podemos ver en el rostro de la luna llena. Allí se hizo su casa.

No sabemos si Chang'o fue feliz con su inmortalidad. Probablemente su vida, allí, en la luna, fue muy solitaria. Según una versión del mito, la reina madre del oeste estaba tan enfadada con ella por su avidez y su egoísmo que la convirtió en una rana que vivió prisionera en la luna. Pero es más grato imaginarla viviendo allí en su gloria solitaria, mirando para siempre la tierra que había escogido abandonar.

Cuando Yi regresó a su casa y vio que su esposa no estaba y que también faltaba el elixir adivinó inmediatamente lo que había sucedido. Sin esperar ya librarse de la muerte, se volvió un hombre amargado y decepcionado. Ahora bien, entre los sirvientes de su casa había un hombre llamado Fengmen, que era muy inteligente. Yi lo destacó de los demás llevándoselo a cazar, hizo de él su compañero y le enseñó incluso a disparar con su arco.

Fengmen se convirtió en un gran arquero, pero por más que lo intentara nunca podía igualar a su maestro. Una vez, cuando estaban cazando juntos, dispararon ambos a una hilera de patos en vuelo. Cada uno lanzó tres flechas y todas dieron en el blanco. Las flechas de Yi atravesaron los ojos de las aves y las de Fengmen diferentes partes del cuerpo. Cuando las aves se dispersaron violentamente, Yi lanzó otras tres flechas y de nuevo cayeron los patos con los ojos atravesados por las flechas. Fengmen supo entonces que nunca podría igualar a Yi y empezó a sentir envidia.

Fengmen se volvió cada vez más envidioso con el transcurrir del tiempo, y el respeto que tuviera por su amo se trocó en odio. Yi, a su vez, se hacía cada vez un amo más exigente, malhumorado y despectivo. No fue difícil para Fengmen poner a los demás servidores en contra de Yi y planear su asesinato.

Un hermoso día de primavera, mientras Yi estaba cazando, los sirvientes le prepararon una emboscada. Sabían que pasaría por un estrecho sendero y le esperaron en lo alto de un árbol. Cuando pasó, lanzaron sobre él un pesado y agudo poste de madera que fue a dar en su cabeza. Yi, el gran arquero, murió instantáneamente.

Aunque su espíritu fue a los infiernos a reunirse con los fantasmas humanos, nunca fue olvidado. Se le honró por sus anteriores hazañas y como uno de los jefes del mundo de los espectros, encargado de controlar a los espíritus malignos para evitar en lo posible que causaran daños a la raza humana, por cuya salvación había hecho tanto.

# Yü controla la inundación

Yao fue el primer emperador humano que gobernó China y fue el gobernante más sabio y compasivo que jamás haya existido. Llevaba una vida muy sencilla, sin ninguna clase de lujos y ponía todo su esfuerzo en ocuparse de su pueblo. Sin embargo era el más desdichado de los emperadores. Su reino había quedado arrasado cuando los diez soles brillaron simultáneamente en el cielo. Luego, cuando la tierra se estaba recobrando, una terrible inundación estuvo de nuevo a punto de destruirlo.

Tiandi, el gran dios del cielo, contemplaba a los hombres y sus perversas acciones y, sin tener en cuenta el sufrimiento de los inocentes, había enviado al dios del agua para que inundara sus campos y sus casas. Muchos dioses se apiadaron de la humanidad, entre ellos un blanco caballo celestial llamado Gun. Gun, más afectado que los demás, suplicó en vano a Tiandi, y al no conseguir nada, empezó a vagar por los cielos sumido en la tristeza.

Un día encontró a dos amigos, una lechuza y una tortuga. Estos, al verle tan desolado, le preguntaron cuál era su pena.

—La tierra está inundada —replicó Gun—, y yo no puedo hacer nada para salvarla.

—Detener una inundación en la tierra no es tan difícil —dijo la lechuza—. Necesitas simplemente una sustancia preciosa que se llama *Shirang*. Parece un simple pedazo de tierra, pero es mágica. Si logras conseguir aunque sea un poquito, podrás dominar cualquier inundación. El *Shirang,* al entrar en contacto con el agua, aumenta de tamaño, se hincha y se hincha y se hace impenetrable. Claro que, por supuesto, está escondida y bien custodiada.

Después de numerosas pesquisas, Gun consiguió averiguar dónde estaba escondida la arcilla mágica. Robó unos cuantos puñados, los llevó cuidadosamente a la tierra y sin pérdida de tiempo construyó un enorme dique que retuvo la inundación. La alegría y la gratitud de la gente fue suficiente para recompensarle, pero el gran dios Tiandi no estaba tan contento. En realidad estaba terriblemente airado contra él y envió al dios del fuego a matar a Gun y llevarse la arcilla mágica, de modo que la tierra quedó otra vez sumergida bajo la corriente.

Pero como Gun no había llevado a término su trabajo, su espíritu no murió. Al contrario, en su interior se engendró un hijo que llevaría a cabo la empresa de su padre. Durante tres años, los hombres observaron el cuerpo de Gun hasta que su hijo, llamado Yü, estuvo a punto de emerger. Tiandi se enfureció de nuevo y envió a un dios para matarle. El dios golpeó el cuerpo de Gun con su espada, pero en lugar de darle muerte liberó al hijo de Gun, quien entró en el mundo con el aspecto de un inmenso dragón.

La fiera apariencia del dragón y la determinación que lo había formado aplacaron a Tiandi y le permitió detener la inundación.

La labor de Yü no fue fácil, pues el dios del agua, Gonggong, que andaba libre por la tierra, no quería retirarse sin luchar e ignoraba los designios de Yü. Este le desafió y lo derrotó. Luego dio a los hombres pedacitos de la arcilla mágica para que construyeran un nuevo dique para retener las aguas. Pero sabía que esto no era una solución definitiva, así que a continuación ordenó a los hombres que cavaran canales para que el agua pudiera ir a dar al mar sin causar daños. Volviendo a adoptar su forma de dragón enseñó, cavando con la cola, cómo había de hacerse, y las aguas que por este procedimiento se dirigieron hacia el mar constituyen hoy los grandes ríos de China.

Yü llegó a los treinta años sin haber tenido ni un minuto para pensar en su matrimonio. Sin saber cómo elegir esposa esperó una señal, que pronto apareció en forma de zorra blanca con nueve colas. La zorra le condujo hasta una muchacha que vivía cerca del monte Tu. Allí mismo se casaron y empezaron una feliz vida juntos.

La mujer de Yü, sin embargo, no sabía que su esposo era dios, y unos meses después su ignorancia causó un terrible accidente. Se hallaba ella esperando su primer hijo mientras su marido continuaba ocupado en las obras de canalización del agua. Para poder cavar un túnel, Yü se transformó en oso. Ella lo vio y echó a correr aterrada. El la siguió para explicárselo, pero ella corrió más y más hasta que cayó exhausta y se transformó en una piedra. Horrorizado, Yü levantó la piedra y la golpeó diciendo:

—¡Dame mi hijo!

La piedra se abrió y nació el hijo de Yü, Chi.

Con la ayuda de su hijo, Yü continuó su obra de dominar las aguas y matar los monstruos que habían aparecido durante las inundaciones. En su vejez fue elegido emperador, sucediendo en el trono al hijo de Yao y reinó sabiamente en el país hasta su muerte.

## El niño abandonado en el hielo

Durante el reino de Yao, la tierra de China se había recuperado poco a poco de las inundaciones y demás catástrofes, y la gente empezaba a vivir normalmente. Fue en este momento cuando nació Houji, uno de los fundadores del estilo de vida chino.

La madre de Houji se llamaba Jiangyuan, pero nadie sabe quién había sido su padre. Un día Jiangyuan regresaba a su casa por un sendero de la orilla del río, cuando vio unas huellas gigantes que la intrigaron y a la vez la asustaron. Colocó su pequeño pie en la primera huella y caminó un trecho, saltando de huella en huella. Poco imaginaba que al hacer esto concebía un niño, pero llegado el momento Houji nació.

Como Houji no tenía padre, la familia de Jiangyuan temía el escándalo, y en cuanto nació se lo arrebataron de sus brazos, y fueron a dejarlo en un caminito donde solían pacer ovejas y otro ganado, seguros de que no tardaría en morir pisoteado. Los animales, sin embargo, no sólo caminaron a su alrededor con mucho cuidado, sino que lo alimentaron con su leche, de modo que crecía vigoroso. Cuando la familia vio esto tomó al niño y lo abandonó en un oscuro bosque. Los leñadores, al descubrirlo, pensaron que se había perdido y lo devolvieron a su hogar. Desesperados los padres de Jiangyuan lo dejaron entonces en un río helado, pero los pájaros descendieron y cubriéndolo con sus plumas le dieron calor.

Seguros ahora de que no se trataba de un niño corriente, la familia lo rescató y lo devolvió a su madre.

Houji era un niño extraordinario. Siendo aún muy pequeño recogía y clasificaba los granos silvestres y comestibles de todas clases, sembrándolos alrededor de su casa, de modo que crecían altos y suculentos, y con ellos alimentaba bien a los suyos. También hacía herramientas para el campo, como azadas. Hasta tal punto se habló de él que enterado el emperador le nombró ministro para que transmitiera al pueblo de China sus conocimientos sobre granos y agricultura.



Incluso después de su muerte siguió protegiendo las cosechas. La tierra donde le enterraron se volvió enormemente fértil y los granos que en ella se sembraban daban más frutos que en cualquier otra parte de China.

## Shun, el emperador sabio

Cuando Houji se hizo mayor y se ocupaba del desarrollo de la agricultura de China, nació otro niño llamado Shun. Poco después de su nacimiento, su madre murió, y su padre, que era ciego, se casó de nuevo. De este matrimonio nacieron un niño, llamado Shiang, y una niña, llamada Shi.

La familia de Shun no era feliz. Su padre no sólo tenía ciegos los ojos, sino también el corazón y la cabeza, pues lo entregaba todo a su mujer y a los hijos que con ésta tuviera, ignorando por completo a su primogénito. La madrastra de Shun, una mujer mezquina y avara, le odiaba, y hacía todo lo posible para que su vida fuera dura. Shiang, cuyo rostro estaba desfigurado por una gigantesca nariz, actuaba de igual modo, así que la única persona que se ocupaba de él era su hermanastra Shi.

La vida de Shun se hizo cada vez más insoportable, de modo que un día decidió abandonar el hogar. Aunque sus parientes no le valoraban, Shun tenía una virtud especial que se ponía en evidencia en su trato con los demás: dondequiera que fuera era bien recibido, y bajo su influencia la gente olvidaba sus querellas y se ponía a trabajar pacíficamente. Pronto llegó esto a oídos del emperador Yao y lo llamó a la corte. Hasta tal punto le impresionó Shun, que decidió que un día sería su heredero, y para que esto no ocasionara problemas le dio a sus dos hijas en matrimonio.

Cuando la familia de Shun se enteró de su buena suerte le odió más que nunca. La envidia se apoderó sobre todo del corazón de Shiang, que deseaba a las dos hermosas hijas del emperador. Con su padre, el ciego anciano, tramó la muerte de Shun.

Shiang llegó un día a la casa de Shun y le suplicó que le ayudara a reparar el granero familiar. Shun, desde luego, accedió sin sospechar nada, pero las esposas de Shun, que



temían por su vida, le suplicaron que no se marchara. Incapaces de persuadirle, le dieron un vestido donde había pintado un enorme pájaro.

—Lleva este traje sin quitártelo mientras estés con tu familia —le dijeron—. Así, tramen lo que tramen, nada te sucederá.

Llegado a casa de su padre, Shun subió al tejado del granero para examinarlo, pero una vez que se halló en lo alto, Shiang quitó la escalera. Shun se asomó un instante para decir que nada veía, cuando se dio cuenta de que su padre y hermano habían prendido fuego a la paja y el edificio ardía, las llamas saltaban hacia él, la vieja madera crepitaba.

—¡Socorro! —gritó.

Pero las diminutas figuras que veía abajo se limitaron a alejarse para ver mejor lo que sucedía. En aquel momento el pájaro pintado en el traje cobró vida, extendió con fuerza sus inmensas alas y voló hacia lo alto del cielo, llevándose a Shun.

Pocas semanas después, el perverso Shiang se presentó en la corte deshaciéndose en halagos y explicaciones ante su hermano y suplicándole que le acompañara, esta vez para

limpiar el fondo de un pozo. De nuevo las esposas de Shun intentaron disuadirle, y de nuevo, ante la negativa de éste, le entregaron una prenda de vestir, una hermosa túnica con un dragón pintado en ella.

—Ponte esto debajo de tu traje corriente —le advirtieron—, y déjalo a la vista sólo en caso de peligro extremo.

Shun llegó a casa de su padre, y aunque todos le miraron detenidamente no pudieron advertir otra vestidura que la habitual.

—Ahora lo conseguiremos —murmuraron.

El pozo era profundo y Shiang hizo bajar a Shun atado a una larga cuerda. Cuando éste se hallaba a mitad del camino notó en ésta una súbita sacudida y se encontró bajando y bajando cada vez más rápido, acompañado de una lluvia de piedras. Su perverso hermano había cortado la cuerda, y, para asegurarse de que Shun no escaparía, lanzaba roca tras roca en el pozo.

Shun evitó las piedras y en el momento mismo en que iba a caer en el agua, logró quitarse el primer traje y dejar al descubierto el dragón. Inmediatamente se transformó él mismo en un dragón, se deslizó por el agua y nadó a lo largo de la corriente subterránea que nutría el pozo, hasta ponerse a salvo en tierra, en un lugar distante.

Pero Shiang seguía decidido a matarle y, después de pensarlo largamente, decidió intentarlo de nuevo. Planeó un gran festín familiar al que invitó a Shun con la intención de emborracharle con vino que habría preparado especialmente para la ocasión. Una vez profundamente dormido, lo mataría. Por fortuna la hermana de Shun, Shi, le advirtió de lo que se tramaba contra él y éste recurrió una vez más a sus esposas, quienes le entregaron unos polvos.

—Disuélvelos en el agua del baño —le dijeron— y báñate antes de ir a la fiesta con mucha atención y cuidado.

Empezó el banquete y toda la familia lo trató con gran respeto, sirviéndole plato tras plato, y llenando incesantemente su copa de vino. Por más que bebió en ningún momento se sintió ebrio, de modo que finalmente se levantó y abandonó la mesa dejando a todos los demás totalmente embriagados.

El emperador Yao estaba muy contento de su yerno por su carácter y su comportamiento, así que decidió entregarle el trono de inmediato para poder disfrutar una vejez sin preocupaciones. Sin embargo, Shun debía superar aún una prueba más para demostrar que merecía el trono, y era una prueba de valor.

Yao mandó a Shun a un bosque montañoso, un lugar oscuro y siniestro, siempre abatido por las tormentas, donde no cesaban rayos ni relámpagos, ni truenos y lluvias abundantes que causaban imprevisibles inundaciones y avalanchas. Monstruos oscuros acechaban entre los troncos esperando atacar a toda criatura viva que se atreviera a entrar en sus dominios. Shun se adentró en la espesura sin temor alguno, haciendo caso omiso de los terribles monstruos, abriéndose paso entre la tupida maleza con gran calma. Había superado la prueba final y fue nombrado emperador.

Aunque su familia se había portado tan mal con él, él no la olvidó, dando una pensión a su padre y enviando a Shiang a gobernar unas tierras muy lejanas, donde no pudieran tentarle los sentimientos de envidia. A ambos los perdonó, pues estaban arrepentidos.

Shun gobernó durante muchos años, y ya era viejo cuando murió durante un viaje realizado al sur de su reino. Cuando sus esposas se enteraron de su muerte, se pusieron en camino para asistir a su funeral, llorando desconsoladamente. Al llegar al sur de China, atravesaron un bosquecillo de bambúes y sus lágrimas dejaron oscuras manchas sobre las cañas. Todavía hoy, en el sur, se puede ver esta clase de bambúes moteados, que llevan la señal de sus lágrimas.

Las dos esposas no llegaron nunca a la tumba de su marido. Al intentar cruzar el río Shiang en un pequeño bote, se levantó una tormenta y perecieron ahogadas. Los dioses se apiadaron de ellas y transformaron sus espíritus en diosas guardianas del río Shiang.

Algunos meses después del solemne entierro de Shun, un hombre de piel oscura empezó a hacer sacrificios en su tumba. Era su hermano Shiang, moreno por el sol tropical y casi irreconocible excepto por su enorme nariz. Mientras la gente lo miraba, ante el asombro de todos, se convirtió en elefante y empezó a arar las tierras cercanas, que pertenecían a la tumba. Los dioses habían decidido que debía expiar su perversidad en vida, y a causa de su gran nariz lo habían transformado en elefante.



# Cuando dioses y hombres convivían

En el antiguo reino de Shu, actualmente llamado Sichuan, hubo una vez un gobernante llamado Li Bing. La parte alta del río Yang-Tse atravesaba el país, y el dios de aquella zona del río era cruel, y con frecuencia inundaba la tierra. Además, cada año, el dios del río exigía de los habitantes de Shu dos doncellas, de modo que la gente vivía en el terror, pues sabía que si no accedía a sus deseos las tierras se inundarían. Cada año, pues, se echaba a suertes la familia que debería entregar las dos doncellas con su correspondiente dote. Ataban a las muchachas a una pequeña balsa que abandonaban en medio del río con las riquezas, y dejaban que se hundieran.

Cuando Li Bing llegó a ser gobernador de Shu, estaba decidido a acabar con la tiranía del dios.

—Este año seré yo quien dé el tributo al dios —dijo a su pueblo—. Escogeré a las doncellas en mi propia familia y entregaré tesoros de mi propiedad.

Al llegar el momento de la ofrenda, Lin Bing hizo vestir a dos de sus hijas con hermosos trajes, y llenó el altar del sacrificio situado a la orilla del río, de comida, vino e incienso. Ordenó a los músicos que empezaran a tocar y ante la imagen del dios del río escanció vino en una copa y la colocó en el altar diciendo:

—Me alegra ser yo el que ofrezca este año el sacrificio y confío en que mi señor me honrará bebiendo una copa de vino.

Li Bing bebió entonces una copa, pero el vino del dios permaneció intacto.

—¡Me insultas! —gritó el gobernador airado—. ¡Cómo te atreves a no aceptar mi vino! ¡No descansaré hasta vengar este insulto!

Y diciendo estas palabras desenvainó su brillante espada y desapareció de la vista.

La música se detuvo y la gente permaneció asustada y desconcertada. De pronto vieron que el río crecía y se hinchaba y que en lo alto aparecía un inmenso buey gris que luchaba con una serpiente gigante. Seguían luchando cuando se hundieron en las olas. En aquel momento salió del agua Li Bing, jadeante y bañado de sudor.

—Necesito vuestra ayuda —dijo a las gentes que se hallaban a la orilla del río—. El dios del río casi me ha vencido, pero ahora que se ha detenido a descansar tengo que reunir mis fuerzas.

Seleccionó entonces entre los suyos a los mejores arqueros y los armó.

—Hace un momento tomé la forma de un buey para combatir al dios y él tomó la forma de serpiente. Ahora, sin duda, tomará también la forma de buey. Cuando lo haga tenéis que disparar contra él. Para que podáis diferenciarnos yo me ataré una banda blanca alrededor del cuerpo —dijo Li Bing y se sumergió de nuevo en el río.

Se levantó viento, las olas se alzaron y por encima de ellas aparecieron dos inmensos bueyes enzarzados en una lucha a muerte. Uno de ellos llevaba la banda blanca, así que los arqueros apuntaron con certeza y dispararon contra el otro.

El animal herido, jadeante, se desplomó en el agua tiñéndola de sangre, y mientras luchaba por seguir viviendo se transformó de nuevo en serpiente y bajo esta forma, medio muerto y medio vivo, flotaba en el agua. Li Bing, sano y salvo, saltó a la orilla con gran contento de su gente. Pero como aún temía que el dios escapara con vida cazó a la enorme serpiente y la encadenó.

Una vez hecho esto, la gente de Shu excavó grandes túneles por debajo de las montañas, para que las aguas del río pudieran seguir otro curso, y lagunas donde recogerlas. En estos colocaron a la serpiente encadenada y por ello durante muchos siglos se les llamó «Lagunas de la Serpiente Encadenada». A partir de entonces, la población de Shu ya no tuvo que entregar al dios del río sus doncellas y sus riquezas.



## Panhu, el perro maravilloso

En la corte de un pequeño reino de China hubo una vez una reina que tenía las orejas extraordinariamente largas. Un día le dio un fuerte dolor de oídos y para mayor desconsuelo no se le quitó en tres años. Toda suerte de doctores probaron todos los remedios imaginables, pero ninguno tuvo éxito. Un día, sin embargo, un gusanito de oro cayó de uno de los oídos de la reina y su dolor cesó inmediatamente.

La reina, enormemente intrigada por aquel gusano, decidió conservarlo y alimentarlo ella misma. Lo colocó en una calabaza vacía y

cubrió ésta con un plato. Cuando poco después miró hacia el interior de la calabaza vio que el gusanito se había transformado en un perrito con el pelaje más bello que nunca se ha visto. Como había nacido en una calabaza, la reina lo llamó «Plato-calabaza», que en chino es Panhu. Y el perro creció tanto que con las patas alzadas era más alto que un hombre y se convirtió en el favorito del rey y no se separaba de su lado.

En aquel entonces, el rey estaba en lucha con un reino vecino y la batalla no le era muy favorable. De hecho, los soldados enemigos habían puesto sitio a su palacio. El rey reunió a sus consejeros y les dijo:

—Si alguno de vosotros es capaz de traerme la cabeza de mi enemigo, le daré la mano de mi hija, la princesa, en matrimonio.

Los consejeros se miraron unos a otros, pero conocían la fuerza del enemigo del rey y ninguno se ofreció a aceptar el reto.

Aquel mismo día el perro Panhu desapareció y nadie en el palacio fue capaz de encontrarlo. No sabían que se había ido al reino vecino y abierto camino hasta hallarse en presencia del enemigo del rey. Este, al ver el perro, lo tomó como buen augurio y dijo a sus cortesanos:

—Pronto tomaremos la ciudad; hasta el perro de mi enemigo lo ha abandonado para venir a mí.

Y después de estas palabras ordenó que se preparara un gran festín para celebrar la futura victoria.

Durante el banquete se bebió en abundancia e incluso los cortesanos y los guardias se quedaron profundamente dormidos. Cuando Panhu vio esto, se levantó y de un solo mordisco arrancó con sus dientes la cabeza del rey. Al despertar, los guardias se quedaron aterrados al ver el cuerpo sin cabeza del soberano y con temor y confusión ordenaron que se pusiera fin al sitio.

Panhu regresó al palacio con la cabeza del enemigo del rey y todo el mundo se alegró y armaron un gran alboroto, pero aunque le ofrecieron las mejores comidas, él se fue hacia un rincón muy entristecido. El rey, que recordaba la promesa que había hecho, fue hacia Panhu y le dijo:

—¿No quieres gozar de la fiesta y ser de nuevo mi favorito? No creerás que te voy dar a una de mis hijas como esposa; al fin y al cabo eres un perro y aquí no puede llevarse a cabo la boda entre un animal y una mujer.

Ante la sorpresa de todos, el perro abrió la boca y replicó:

—Si ése es todo el problema, por favor haz lo que te pida. Colócame bajo una campana dorada y no dejes que nadie me mire durante siete días y siete noches. Entonces me convertiré en hombre.

El rey hizo lo que Panhu le pedía y lo colocó debajo de una gran campana de oro. Durante cinco días nadie se acercó a ella ni la tocó, pero al sexto día la princesa, temiendo que Panhu se muriera de hambre, se acercó a la campana y miró por debajo. Vio que Panhu el perro se había transformado completamente en hombre excepto la cabeza. Ahora, como había levantado la campana y roto el hechizo, la cabeza de Panhu no podía cobrar forma humana. A pesar de ello salió de allí y se vistió de hombre. La princesa se puso un gorro de piel que la hacía parecer un perro y ambos se casaron.

Después de la boda abandonaron el palacio y partieron lejos para vivir sencillamente. Panhu mantenía a su mujer gracias a la caza, y ella no se quejaba, a pesar de llevar una vida muy dura. Tuvieron muchos hijos, y sus hijos crearon nuevas familias hasta que llegaron a ser un gran clan que pudo enorgullecerse de tener a Panhu como su remoto antepasado.

## La muchacha grulla

En los tiempos antiguos, cuando dioses y hombres convivían, las hijas de los dioses solían descender a la tierra, y, en ocasiones, incluso casarse con un mortal.

Había una vez un campesino llamado Tian Kunlun, que todavía estaba soltero. Cerca de su casa se hallaba un estanque de aguas transparentes y profundas, y tan verdes como el jade, donde se reflejaban hermosos árboles. Un día pasando por allí, Tian vio a tres hermosas muchachas bañándose en el estanque. Lleno de curiosidad se acercó con sigilo para poderlas ver mejor, pero al punto las muchachas se transformaron en grullas blancas y salieron del agua con toda ligereza. Dos de las grullas recogieron su lío de ropas de la orilla, y desaparecieron volando, pero la

tercera no era tan rápida y a Tian le dio tiempo a alcanzar su ropa. La grulla blanca revoloteó en torno a él y luego volvió al estanque, donde de nuevo tomó forma de mujer y suplicó a Tian que le devolviera su ropa.

—Te la devolveré si me dices quién eres —repuso Tian.

—Soy una de las hijas del gran dios —dijo la muchacha—; mi padre nos dio esos vestidos para que pudiéramos ir y venir libremente del cielo a la tierra. Mis hermanas han regresado al cielo y yo no puedo seguirlas sin mi ropa. Por favor, devuélvemelas. Si lo haces seré tu esposa.

A Tian le alegraron mucho aquellas palabras, pero imaginando que si le devolvía sus vestiduras ella echaría a volar como sus hermanas y no volvería a verla, le contestó:

—Nada en el mundo me gustaría más que tenerte como esposa. Te daré mi propia ropa para que puedas salir del estanque e ir a casa conmigo. No puedo devolverte la tuya porque tal vez te echarías a volar y me abandonarías.

La muchacha se puso triste, pero comprendió que no tenía otra salida, de modo que accedió. Tian se quitó su quimono y se lo dio a la muchacha, que se vistió y salió del estanque.

Tian llevó a la joven a la casa de su madre, que se sintió muy feliz al pensar que tendría una nuera tan hermosa, e inmediatamente preparó una fiesta, invitando a todos los amigos y vecinos para celebrar el acontecimiento. Después de la boda, Tian y su mujer vivieron felices y al poco tiempo tuvieron un hijo al que llamaron Zhang.

Pasados algunos años, Tian tuvo que partir lejos a servir como guerrero. Antes de abandonar la casa llamó a su madre aparte y, enseñándole los ropajes celestiales de su esposa, que había conservado bien escondidos, le dijo que en ningún caso permitiera que los encontrara, pues podría ponérsela y partir volando hacia el cielo.

Juntos buscaron un nuevo escondite entre las cajas de su madre, y Tian partió. Una vez estuvo fuera, la muchacha grulla preguntó cada día a su suegra si sabía dónde estaban



sus vestidos celestiales, suplicándole que le permitiera al menos mirarlos un momento.

—Si me dejara solamente verlos un segundo, sería feliz —le decía.

Apiadada la anciana mujer, buscó los ropajes celestiales de su nuera y se los enseñó. La muchacha lloró al verlos y los tomó en sus brazos. Antes de que la anciana pudiera detenerla, ya se los había puesto y al instante salía volando por la ventana. Cuando su suegra se asomó a ella, la muchacha grulla era sólo una motita en el cielo.

Tian regresó y, al contarle su madre lo sucedido, ambos lloraron amargamente, pero nada podía hacer regresar a la muchacha grulla. El pequeño Zhang la echaba mucho de menos y la buscaba por los campos llamándola y llorando. Un sabio anciano oyó sus lamentos y, conociendo la causa y que su madre no le habría olvidado, le aconsejó:

—Vete al estanque que hay cerca de tu casa y espera a que aparezcan tres hermosas mujeres vestidas de seda blanca. Dos de ellas te mirarán con curiosidad, la tercera fingirá no reconocerte. Esa es tu madre.

Zhang hizo cuanto el anciano le había dicho y esperó junto al estanque.

Mientras tanto, la muchacha grulla se sentía muy desgraciada. Había creído que sería feliz de regreso al cielo, pero todo le hacía pensar en su hijito abandonado, y lloraba sin cesar. Sus hermanas se reían de ella por ser tan tonta, pero al final se apiadaron de ella y le prometieron descender a la tierra para ver si su hijo estaba bien.

Cuando las tres hermanas descendieron al estanque donde antaño se bañaran, Zhang estaba allí como el anciano le había aconsejado. Vio a tres mujeres vestidas de blanco que se dirigían directamente a él. Dos de ellas le miraron y sonrieron, diciendo:

—Hermana, hermana, aquí está tu hijo.

Pero la tercera joven fingió no verlo. Cuando Zhang se dio cuenta, corrió hacia ella diciendo:

—¡Madre, madre!

Ella no pudo evitar tomarlo en sus brazos y llorar de alegría. Se acariciaron y abrazaron durante largo rato, hasta que una de las hermanas dijo:

—Tenemos que regresar. Si no puedes soportarlo sería mejor que nos lleváramos a tu hijo al cielo.

De este modo, entre todas levantaron al niño y se lo llevaron volando hasta la casa del gran dios. Este se puso muy contento al conocerle y se ocupó personalmente de él, dándole libros y haciéndole partícipe de toda su sabiduría. El muchacho aprendió muy deprisa y después de cuatro o cinco días el gran dios le dio ocho libros para que se los llevase a la tierra, y le dijo:

—Es hora de que te vayas. Llévate estos libros y estúdialos bien, porque de ellos sacarás gran provecho.

Zhang dejó a su madre y regresó a la tierra con los libros de su abuelo. Aunque en el cielo habían pasado solamente cuatro o cinco días, había estado ausente de la tierra unos veinte años. Su abuela había muerto y a su padre no lo pudo encontrar, pero los conocimientos que había adquirido le hicieron independiente y alcanzó un alto rango en la corte imperial. Siempre que el emperador le pedía consejo, Zhang consultaba sus libros celestiales y todo cuanto dijo demostró ser cierto. Y de este modo se hizo muy famoso.

# El pastorcillo y la tejedora

Cuando el mundo era joven y en la tierra vivían los primeros hombres, había poca cosecha, de modo que el alimento no llegaba para todos. Viendo esto, el gran dios envió a la tierra a la estrella Buey para que dijese a los hombres que debían comer solamente una vez cada tres días, y entremedias algún pequeño refrigerio. Por desgracia, el Buey era poco inteligente y dijo a los hombres que podían tomar tres comidas al día además de algún tentempié. Cuando el gran dios se dio cuenta de que su mensajero había cumplido tan mal su misión y que a causa de ello aún había menos comida que repartir, montó en cólera.

—Ya que has dado a los hombres un mal consejo —dijo al buey—, será mejor que te vayas a la tierra y les ayudes a solucionar las cosas. Te convertirás en el sirviente de los hombres y les ayudarás a cultivar el campo, de modo que sus cosechas produzcan lo suficiente para poder comer tres veces al día y algún tentempié también.

Tristemente la estrella Buey descendió a la tierra, y ella y sus descendientes fueron desde





aquel momento servidores del hombre. No sabemos si la estrella Buey tuvo que quedarse para siempre en la tierra, pero lo que sí sabemos es que, gracias a ella, el pastorcito conoció a la tejedora, otra de las muchachas celestiales.

El pastorcito era un joven trabajador y honesto, y por ello todo el mundo le quería. Al morir sus padres, sus dos hermanos mayores decidieron repartir la propiedad y seguir cada uno su camino. Como eran mayores y más astutos no les costó nada quedarse con las mejores tierras y los mejores animales, de modo que dejaron al pastorcito solamente un viejo buey y las tierras más pobres. El muchacho se llevó al buey a su tierra, construyó una cabaña y se puso a trabajar la tierra logrando vivir modestamente. Como era honesto y diligente, nunca sintió resentimiento hacia nadie.

Una tarde, agotado de tanto trabajar la tierra, se sentó junto a su buey. Se sentía triste y solitario porque, aunque había logrado vivir razonablemente bien de su trabajo, no tenía nadie con quien compartir sus días, excepto su buey. Pero de pronto el buey se puso a hablar:

—Por favor, amo mío, no estés tan triste, porque yo puedo ayudarte.

El pastorcito se quedó asombrado al ver que su buey podía hablar.

—¿Quién eres tú, y cómo puedes ayudarme? —le preguntó.

—Yo soy la estrella Buey y realmente pertenezco al cielo —replicó el buey—. Me enviaron a la tierra como castigo, pero tú has sido un amo tan bueno que te ayudaré a buscar una esposa que te haga feliz. No muy lejos de aquí hay un estanque rodeado de árboles y plantas. Ve mañana allí y espera a que las muchachas celestiales bajen a bañarse en sus aguas. Mientras se estén bañando roba las vestiduras de una de ellas de modo que no pueda volar de nuevo hasta el cielo. Entonces se convertirá en tu esposa.

El pastorcito hizo lo que el buey le había dicho, y esperó junto al estanque. Pronto un grupo de muchachas bellísimas descendió del cielo. Las jóvenes se quitaron sus trajes que parecían plumas y los dejaron en la orilla antes de entrar en el agua. El pastorcito aguardó y, cuando ellas salieron del agua, salió de su escondite de un brinco y tomó las ropas de una de ellas. Las muchachas, asustadas, se pusieron sus vestidos y partieron volando hacia el cielo. Sólo quedó una, y el pastorcito, acercándose al límite del estanque le habló dulcemente y le suplicó que se casase con él. Sus tiernas palabras convencieron a la joven y aceptó. El, quitándose el quimono, la cubrió y se la llevó a su casa.

Cuando se hubieron casado, la muchacha dijo al pastorcito que ella era la tejedora del cielo. Desde luego era la diosa tejedora y su habilidad era tan grande que pronto se vieron los resultados, de modo que llevaron una vida muy confortable. Eran muy felices y tuvieron un niño y una niña. Pero los dioses no dejaban de lamentarse por la pérdida de su diosa tejedora y querían volver a tenerla en el cielo. Cuando el gran dios descubrió que estaba viviendo con el pastorcito, pensó que era demasiado para él y envió a sus guardias a la tierra para que se la llevasen por la fuerza a sus dominios celestiales.

El pastorcito y sus hijos nada podían hacer contra los guardias, y vieron llorando cómo se la llevaban y desaparecían cielo arriba. De pronto se oyó un mugido en el establo.

—Pastorcito —dijo el buey—, te haré un último favor. Me moriré aquí antes de regresar al cielo. En cuanto me haya muerto, quítame el pellejo, envuélvete en él y encontrarás a tu esposa.

Apenas hubo terminado de hablar, el buey cayó muerto. El pastorcito, tristísimo de haber perdido a su amigo y consejero, hizo cuanto él le había dicho. Se envolvió en su piel, y con un bastón en los hombros que sostenía un cesto a cada lado, colocó en uno a su hijo y en el otro a su hija, y para equilibrar el peso, como la niña era más pequeña, metió también un cazo. Una vez hecho esto salió de su casa y se dio cuenta de que empezaba a volar por los aires exactamente como había hecho su esposa. Pronto pudo vislumbrar la imagen de la joven tejedora a lo lejos.

El gran dios se alegró mucho de ver regresar a la muchacha, pero palideció de horror al ver que la seguía su esposo tan de cerca. Entonces trazó con su mano una línea a través del cielo. La línea se convirtió en la Vía Láctea y formó un amplio río que el pastorcito no pudo atravesar. Así que se detuvo un momento, impotente, hasta que su hija dijo:

—Papá, podemos vaciar el río con el cazo y así podremos atravesarlo.

El pastorcito se puso a trabajar y sus hijos le ayudaban intentando recoger el agua con sus manos, pero no lograban vaciar el río.

Cuando los dioses vieron que el pastorcito y sus hijos persistían, a pesar de lo difícil de la empresa, se conmovieron y el gran dios decidió que marido y mujer podrían verse una vez al año. Decretó que durante el séptimo día del séptimo mes, todos los años, todas las urracas de la tierra volarían al cielo y harían un puente sobre el agua de modo que el pastorcito podría cruzarlo. Y cuando la joven tejedora se encontraba con su esposo se sentía tan feliz que a veces lloraba, y aquella noche la tierra recibía una lluvia benéfica. Entonces todas las madres de la tierra decían a sus hijos:

—Pobre tejedora: ya está llorando otra vez.

El pastorcito y la tejedora permanecieron tanto tiempo en el cielo que al final se convirtieron en estrellas. Cuando miramos al cielo, a un lado de la Vía Láctea vemos una estrella brillante en la constelación de Vespa: es la joven tejedora. Al otro lado vemos otra estrella brillante (en el Aguila) con dos estrellitas al lado: son el pastorcito y sus dos hijos. Junto a la tejedora hay otras tres estrellas y se dice que son el bastón con que el pastorcito guardaba el ganado, que luego se lo tiró a su mujer. Junto a él hay cuatro estrellas más pequeñas y la gente dice que es la lanzadera que su esposa le tiró. Se cuenta que durante muchos días y noches están separados y se envían mensajes por medio del bastón y la lanzadera por encima del río. Mirando estas estrellas distantes, todos los enamorados que no están juntos recuerdan al pastorcito y la tejedora y cobran valor ante su ejemplo de amor y fidelidad.

## El gusano de seda

Un hombre que vivía con su esposa y su hija tuvo que partir a la guerra, dejando a su familia muy triste. Como él se fue muy lejos, a los mismos límites de China, su esposa e hija hicieron todo lo posible por llevar una vida normal. Sin embargo, les pesaba la soledad, y la muchacha se consolaba cuidando esmeradamente del caballo de la familia. Cepillaba y alimentaba al animal y procuraba que se sintiera bien, pensando siempre en su padre. Un día, mientras le cepillaba, la joven dijo como soñando:

—Si tú pudieras correr hasta la frontera y traerme a mi padre... Si alguien pudiera hacerlo, con gusto me casaría con él y le serviría, aunque fueras tú.

Apenas oyó el caballo estas palabras, relinchó, se levantó sobre sus patas traseras y arrancando la cuerda que le amarraba al establo salió galopando. Antes de que la muchacha pudiera reaccionar se había perdido de vista entre los campos. Se dirigió hacia la frontera y en unos días consiguió encontrar al padre de la joven, quien se quedó atónito al ver al animal y supuso que le llevaba un mensaje de parte de su familia. Cuando al cabo de un rato se dio cuenta de que no era así, se preocupó seriamente pensando que algo había sucedido en su ausencia. El caballo parecía invitarle a montar y él, sin pensarlo dos veces, saltó sobre su lomo y, evitando cuidadosamente a los guardias, galopó hacia su casa.

Su mujer y su hija se alegraron muchísimo de verle de nuevo, pero se sorprendió de que no sucediera nada malo, excepto la gran añoranza de las dos mujeres. Finalmente pensó que el caballo había sido tan inteligente como para darse cuenta de la gran melancolía en que su esposa e hija vivían y en agradecimiento buscó la mejor avena y el mejor heno para alimentarle, haciendo todo lo posible para que estuviera contento. El caballo, sin embargo, se negaba a comer y permanecía triste en un rincón del establo. Sólo se animaba cuando la hija de la casa se acercaba a él y entonces empezaba a relinchar, dar saltos elevando las patas traseras, y ponerse en un estado casi incontrolable. La muchacha evitaba acercarse al establo, ya que se sentía culpable cada vez que veía al animal.

Su padre se dio cuenta de ello y no salía de su asombro. Un día habló con la muchacha y le preguntó si podía explicar el extraño comportamiento del caballo. Al principio ella aseguró que le sorprendía tanto como a él, pero acabó confesando que había prometido casarse con él si le traía a su padre.

—Fue inmodesto por tu parte pensar siquiera una cosa semejante —dijo él, indigna-



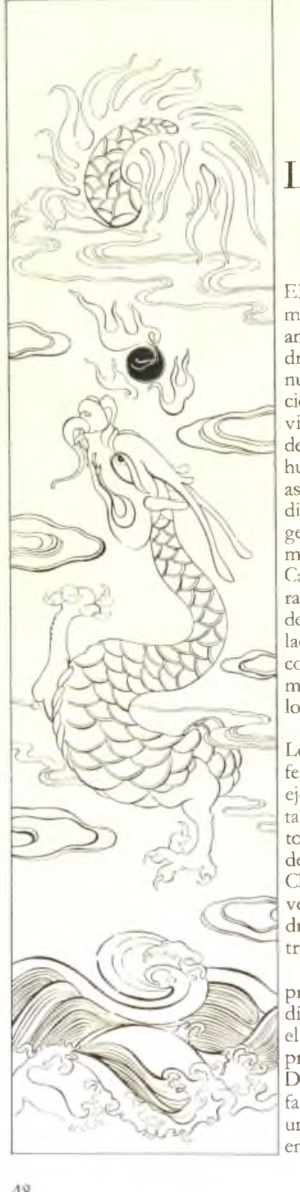
do y lleno de ira—. Desde ahora te prohíbo salir de casa.

Aunque el hombre quería mucho a su caballo sentía que no podía consentir que se casase con su hija, y aunque la hija permanecía en el interior de la casa, el animal continuaba comportándose de aquella manera extraña. Al final, el hombre no pudo soportarlo y tomando un arco y una flecha disparó contra el caballo. Pensando que había acabado con el problema, tomó la piel del animal y la puso al sol en el patio, sin volver a ocuparse del asunto. La muchacha se sintió aliviada al saber que el caballo había muerto y salió corriendo al soleado patio, pero cuando pasó junto a la piel, una enorme ráfaga de viento llegó misteriosamente, le cubrió los hombros con ésta y se la llevó por los aires muy lejos, hacia el interior del bosque.

Sus padres se quedaron consternados y el padre salió corriendo tras el viento, que era un auténtico torbellino. Lo siguió durante varios días a través de la espesura, hasta que al final su velocidad empezó a disminuir poco a poco y se hizo la calma al reposar el viento en una morera. El padre trepó por el árbol en busca de su hija y encontró solamente un gusano de seda que se deslizaba por una hoja, y al punto comprendió que era ella.

Con tristeza se llevó el gusano a casa y lo alimentó día a día con hojas de morera. Con el tiempo observó que el gusano segregaba una hebra fina y resistente y muy suave, y cuando crió más gusanos con las hebras que todos ellos producían, él y su mujer pudieron tejer una tela maravillosa. La tela era delicada y muy agradable al tacto, y le llamaron seda. Y criaron cada vez más y más gusanos y la gente de China pudo producir grandes cantidades de seda, y por su causa el país se hizo famoso. Durante siglos y siglos los tejedores de seda rinden culto a la muchacha-gusano, que ofreciera un presente tan hermoso a los hombres.





# Los dragones chinos

El dragón es el animal más extraordinario y singular de la mitología china, y aparece con mucha frecuencia en los cuentos antiguos. El dragón chino, llamado *long,* era muy diferente de los dragones europeos. No lanzaba llamas por la nariz y boca, sino nubes, y se le ha descrito con cabeza de camello, cuernos de ciervo, ojos de demonio, orejas de vaca, cuello de serpiente, vientre de molusco, escamas de carpa, garras de águila y zarpas de tigre. Con mucha frecuencia, sin embargo, aparecía bajo forma humana. Su elemento natural era el agua y controlaba la lluvia, así como las aguas de los ríos, los lagos y las corrientes. A diferencia del dragón de la mitología europea, el chino era generalmente un ser benéfico, si bien a veces se entregaba a momentos de ira, y causaba las tempestades y las inundaciones. Cada mar, río o lago tiene su dragón guardián, generalmente de rango real: viven en palacios de cristal bajo las aguas, rodeados de incalculables tesoros. Los guardaban celosamente de los ladrones, pero a veces daban parte a algún mortal que les hubiera complacido. Como espíritus guardianes, los dragones eran inmortales, y se unían libremente con dioses y diosas, que a veces los utilizaban para cabalgar por el cielo.

El dragón era también un símbolo importante y poderoso. Los chinos creían que existe un principio masculino *(yang)* y uno femenino *(yin)* en todas las cosas del universo. El sol, por ejemplo, era masculino; la luna femenina. Los dragones representaban el principio masculino y se utilizaban como símbolo de todas las cosas masculinas. También el ave fénix *(feng)* era símbolo de todo lo femenino. El dragón representaba al emperador de China, del que se decía que se sentaba en el trono del dragón, a veces acompañado de un ave fénix, símbolo de la emperatriz. El dragón imperial se representa con cinco garras en vez de las cuatro habituales, para diferenciarlo de todos los animales inferiores.

Personaje familiar de la vida cotidiana china, el dragón era el protagonista de dos festividades populares muy importantes. El día quince del primer mes lunar, que cae a finales de febrero, era el día de fin de año chino y se celebraba la llegada de la primavera. Con este motivo se bailaba en público la Danza del Dragón. Cierto número de hombres, cada uno provisto de un farolito colocado en lo alto de un palo, de modo que pareciera un segmento de dragón, formaban una línea recta, situándose en cabeza el que llevaba el farolito que representaba la cabeza

del dragón; y a continuación se iban colocando el resto de los hombres, de mayor a menor, de modo que el último pareciera la cola. Para representar la danza, los hombres vestían de blanco y se movían y giraban en hilera, y, en la oscuridad, sus farolitos parecían la bestia encendida que avanzaba. Otro bailarín sostenía un farolito separado y de color rojo, en forma de bola. Este representaba una perla, y los danzantes se movían de modo que pareciera que el dragón intentaba alcanzar la perla. La gente veía el baile como un espectáculo, pero su origen es sin duda un rito religioso que simboliza el despertar de la tierra preparándose para la siembra.

La segunda fiesta es la llamada el Barco del Dragón, que era también un festival de origen sacro y tenía lugar en el quinto día del quinto mes, según el calendario lunar, es decir, a mediados de junio. Botes en forma de dragón competían para ganar un importante premio. Se cree que era una fiesta para atraer la lluvia, que en ese momento del año es muy importante para la cosecha de arroz. Pero hay también otra explicación para esta fiesta.

Alrededor del siglo IV a.C. había en el reino de Chu un ministro llamado Chü Yüan. Era un hombre sabio y honrado, y el pueblo lo quería mucho, pero el rey estaba tan loco que no hacía caso de sus consejos y acabó por desterrarlo. Chü Yüan vagabundeó por la comarca escribiendo poemas que han llegado hasta nuestros días; pero al final, su destierro le pesó terriblemente, llevándole a la desesperación y se echó al río para perecer ahogado. Después de su muerte, se apareció en sueños a aquellos que le habían amado, pidiéndoles que hicieran sacrificios a su espíritu echando al río alimentos envueltos en hojas de bambú, y añadió que ahuyentarían a los espíritus si organizaban competiciones de botes con la proa en forma de dragón. Sus amigos hicieron cuanto les había pedido y durante muchos años se lanzaron al río alimentos envueltos en hojas de bambú. En cuanto a las carreras de botes todavía hoy se llevan a cabo.

Se ha dicho que los dragones chinos se pueden identificar con los demonios-serpientes indios, ya que las leyendas de la India llegaron a este país con los misioneros budistas. Pero, a pesar de las semejanzas, el aspecto bondadoso y protector de los dragones chinos los hace totalmente diferentes y únicos.

# El puente de Gaoliang

Según la superstición popular china, los dragones son responsables de líneas invisibles que atraviesan la tierra, algo parecido a las líneas de hierba de los antiguos bretones. Esas líneas trazadas por los dragones eran las venas de la tierra, a través de las cuales fluían las fuerzas naturales, y cuando estaban obstruidas, en el área afectada se producían enormes desastres. En estas ideas se basaba la geomancia, arte adivinatoria que estudiaba la superficie de la tierra, del mismo modo que la quiromancia lee en la palma de la mano. En realidad, las líneas de los dragones suelen seguir estructuras geológicas naturales, y se extienden a lo largo de montañas, valles y ríos. Pero la gente creía que nadie debía interferir el recorrido de dichas líneas, pues se corría el peligro de provocar la ira del dragón. La historia siguiente narra cómo se ofendió un dragón porque la gente se puso a construir en su territorio, y cómo el pueblo, a pesar de la potencia del dragón, y sobre todo gracias a un poco de ayuda sobrenatural, logró triunfar.

Hace muchos siglos, el lugar donde ahora se levanta la ciudad de Pekín era un área malsana, invadida por los pantanos salinos de Youzhou. La gente de la comarca vivía en las orillas del pantano o en las colinas, y el pantano mismo estaba habitado por un dragón y su familia. Debido a que muchas líneas de dragón se cruzaban en aquel punto, siguiendo el camino de los ríos a los pies de las colinas, el dragón ejercía sobre la zona un dominio supremo. Sucedió, sin embargo, que el emperador de Ming eligió precisamente este lugar para establecer su nueva capital, y le apoyó en esto un poderoso dios taoísta llamado Nocha. Era éste un dios guerrero muy fuerte, con ocho brazos, pero frecuentemente aparecía bajo el aspecto de niño pequeño vistiendo pantalones rojos. Sabía que el dragón vivía allí y había animado al arquitecto a que construyera la ciudad precisamente sobre la morada del dragón. El dios y el dragón estaban decididos a luchar por aquel sitio.

Cuando las obras empezaron a verse, y se levantaron muros y torres, el dragón sintió que le estaban quitando su reino y decidió



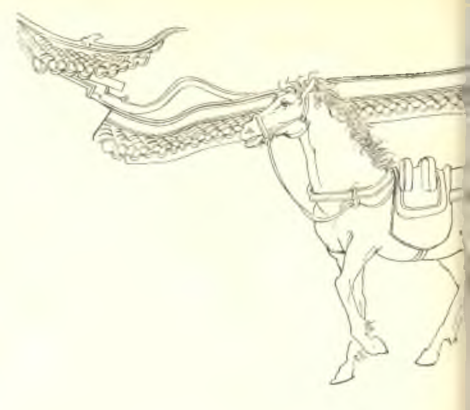


impedirlo, convirtiendo la ciudad en un lugar eternamente inhabitable. Se apareció ante el emperador en un sueño, bajo la forma de un inocente anciano que acompañado de su esposa tiraba de un carro de mano con dos grandes tinajas de agua. Pidió permiso al emperador para sacar las dos tinajas fuera de la ciudad y éste se lo otorgó inmediatamente. No se daba cuenta el emperador de que el anciano le engañaba, pues aquellas dos tinajas contenían toda el agua de la nueva ciudad de Pekín. Tan pronto como se despertó de su sueño, el soberano oyó terribles gritos que llegaban de todas partes de la ciudad a medio construir: todas las fuentes y pozos se habían secado de repente y no quedaba allí ni una gota de agua.

Aunque el dios Nocha llegó demasiado tarde para impedir que el dragón dejara sin agua a la ciudad, pronto encontró un medio para recuperarla. Envió un sueño al arquitecto jefe Liu Bowen, quien al despertarse fue capaz de reaccionar rápidamente ante la noticia de la falta total de agua en la ciudad. En primer lugar envió mensajeros a todas las puertas de la ciudad para averiguar quién había partido aquel día, y luego reunió el ejército del emperador para hallar un voluntario dispuesto a llevar a cabo una acción muy peligrosa. Pronto estuvieron de vuelta los mensajeros con la noticia de que por la puerta oriental habían salido un anciano y su mujer empujando un carro que contenía dos tinajas de agua. Así supo Liu Bowen que el dragón había partido por la puerta oriental. Sabía, por otra parte, que el mar se hallaba a cien leguas de distancia, en línea recta a través de la montaña, y que si el dragón lograba vaciar en él las tinajas sería imposible que las fuentes de Pekín volvieran a manar agua.

Liu Bowen se dirigió al ejército explicando la situación y pidiendo un soldado valiente para que cabalgara tras el dragón, y le impidiera verter el agua en el mar. Después de alcanzarle, debería atravesar con su lanza las tinajas y regresar a ciudad sin volver la mirada atrás. Sería una misión peligrosa, pues el dragón podría darse cuenta de la pretensión del soldado. Cuando oyeron esto, los soldados se miraron unos a otros sin decir palabra. Finalmente se adelantó un soldado y dijo:

—Me llamo Gaoliang y estoy dispuesto a



ir. Antes de entrar en el ejército yo era carpintero. Soy buen jinete y salvaré la ciudad del emperador.

Liu Bowen entregó al soldado una fuerte lanza y replicó:

—Tienes que seguir con exactitud estas órdenes: cabalgar hacia el oeste y, cuando alcances al anciano y su mujer, atravesar las tinajas sin decir una palabra. Luego dar la vuelta y cabalgar de regreso a Pekín tan rápido como puedas. Bajo ningún concepto debes volverte a mirar hacia atrás hasta que estés a salvo dentro de los muros de la ciudad.

Tras recibir las órdenes, Gaoliang partió. Pronto distinguió las huellas del carro de mano y al poco alcanzó al anciano y su mujer, e inmediatamente hizo pedazos una de las tinajas. Pero cuando tiraba de la lanza para poder golpear la otra tinaja, el agua se derramó con tal fuerza que estuvo a punto de dar con él en tierra y hacerlo perecer ahogado. Al mismo tiempo se oyó el estampido de un trueno y el anciano recobró su forma de dragón y le miró amenazante. A pesar del ruido y la confusión Gaoliang se dio cuenta de que, aunque no había roto la segunda tinaja, no tenía otra solución que darse la vuelta y cabalgar a toda velocidad de regreso a Pekín.



Durante todo el camino escuchaba el sonido del agua que corría tras él, como si intentara volver a las fuentes y pozos de la ciudad.

Recordando las órdenes, Gaoliang no se volvió, a pesar del ensordecedor ruido que se oía a sus espaldas, sino que galopó directamente hacia la ciudad. Al final pudo ver las murallas y la figura de Liu Bowen en lo alto del muro oriental. Sintiéndose a salvo, Gaoliang no pudo resistir y miró hacia atrás. En cuanto lo hizo, una enorme ola se levantó hacia él y se lo llevó en su seno.

Años después el pueblo de Pekín levantó un puente en las afueras de la ciudad para conmemorar la acción heroica de aquel joven que había salvado la ciudad, y le dio su nombre, Gaoliang.

La tinaja que Gaoliang no logró partir contenía toda el agua dulce de las fuentes, y permaneció en la colina donde él alcanzó al dragón. Este lugar se llama todavía Colina de las Fuentes de Jade, porque allí el agua es clara y dulce. El agua que regresó a la ciudad era el agua amarga de los pozos, y aunque Pekín no carece de agua para beber, incluso hoy, el agua de sus pozos es amarga. Por ello, cuando la gente quiere agua dulce para hacer el té, va siempre a recogerla más allá de las murallas, en la Colina de las Fuentes de Jade.

# Liu Yi y el rey dragón

En tiempos de la dinastía Tang vivía un estudiante llamado Liu Yi, que fue a la capital, Chang'an, para examinarse. Después de pasar la prueba con éxito, regresaba a su hogar cerca de los lagos de China central, cuando se cruzó con una mujer que cuidaba un rebaño de ovejas. Era una joven hermosa, pero parecía muy triste y sin duda alguna había llorado. Liu se detuvo, bajó del caballo, y le preguntó si podía ayudarla en algo. Ella le dio las gracias por su amabilidad, y con lágrimas en los ojos le contó su historia.

—Soy la más desgraciada de las mujeres. Soy la hija menor del dragón rey del lago Dongting, y mis padres me casaron con el hijo del río Jing, que es un inútil y me tiene completamente abandonada. Pero no puedo quejarme a mis suegros porque aman y admiran a mi esposo.

La joven se detuvo sin poder contener las lágrimas. Luego prosiguió:

—Sé que mi padre me ayudaría, pero no puedo contarle mi infortunio porque el lago Dongting está muy lejos, pero si tú vas en dirección a él, te ruego que le lleves un mensaje secreto.

—Lo haré con mucho gusto —dijo Liu—, pero ¿cómo, siendo yo mortal, podré llegar hasta tu padre que vive en las profundidades del lago Dongting? ¿Cómo le encontraré?

—Te será muy fácil si verdaderamente quieres hacerlo. En la orilla norte del lago hay un gran mandarino que la gente del lugar considera sagrado. Cuando llegues a él, ata tu cinturón a su alrededor y da unos golpecitos en su tronco. Llama tres veces. Entonces alguien aparecerá y te conducirá a tu destino.

Diciendo esto la joven entregó a Liu una carta. Tomando la carta Liu dijo:

—No sabía que los inmortales dragones cuidaran rebaños de ovejas. ¿También vosotros coméis animales?

—Esto no son ovejas —replicó la muchacha—: son trabajadores de la lluvia.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Liu.

—Quiere decir que hacen truenos y relámpagos —contestó ella.

Liu se acercó a los animales para verlos mejor; pero, aparte de su aspecto algo altivo, apenas se distinguían de las ovejas ordinarias.





—Con gusto seré tu mensajero —dijo Liu—, y espero que cuando regreses a Dongting nos volvamos a encontrar.

Dicho esto prosiguió su camino, y cuando un poco más adelante se volvió, no pudo ver ni la mujer ni las ovejas.

Después de pasar por su casa, Liu fue inmediatamente al lago Dongting. Tal como la muchacha le había dicho, encontró el mandarino, se quitó el cinturón, lo colocó dónde le había indicado y dio tres golpecitos en la corteza. Poco tiempo después vio un hombre que emergía de las olas del lago. El hombre le saludó cortésmente y le preguntó de dónde venía; pero Liu haciendo caso omiso de la pregunta dijo firmemente:

—Quiero ver a tu rey.

Al punto el hombre abrió las aguas y condujo a Liu al interior del lago.

—Debes cerrar los ojos durante unos minutos —dijo el hombre.

Liu lo hizo así y cuando los volvió a abrir se hallaba ya en el interior del palacio del dragón. Había allí lujosas salas y altas torres con muchas puertas, rodeadas de hermosos árboles y plantas, y vio que todo estaba cubierto de perlas y piedras preciosas.

Mientras Liu admiraba el palacio, las grandes puertas se abrieron, y una real figura apareció entre un torbellino de nubes. Era el rey dragón en persona y Liu se arrodilló ante él. El rey le saludó cortésmente:

—Nuestra morada es profunda y difícil de alcanzar. ¿Qué negocios te han hecho emprender este viaje?

Liu contó al rey cómo había encontrado a la muchacha y ésta le había confiado la carta. El rey la tomó y la leyó enseguida. Llorando y cubriéndose el rostro con la manga, dijo:

—La culpa es mía. No quise escuchar los buenos consejos. He estado aquí sentado sin hacer nada mientras mi querida hija menor está sufriendo tan lejos. Tú eres un extranjero y, sin embargo, has ayudado a mi hija, cuando yo no lo he hecho. Nunca olvidaré tu amabilidad.

Lloraba el rey y lloraban todos sus servidores. Uno tomó la carta y se la llevó a las mujeres, que estaban en los aposentos posteriores, y pronto se oyeron sus llantos. El rey se alarmó y dijo a uno de sus criados:

—Corre, ve y diles que no armen tanto ruido, si no Chiantang las oirá.

—¿Quién es Chiantang? —preguntó Liu.

—Es mi hermano menor —dijo el rey—. Era señor del estanque de Chiantang pero ahora tenemos que tenerlo aquí. Es excesivamente impetuoso y su carácter ha causado ya terribles inundaciones. Incluso se ha querellado con los generales celestes y ha intentado inundar las Sagradas Cumbres de China. Por fortuna, el gran dios le ha perdonado por mi intercesión, mientras yo garantice su conducta.

En el mismo momento en que el rey acababa de hablar, se oyó un terrible rugido, como si el mundo entero se partiera, el palacio se tambaleó y un inmenso dragón rojo se precipitó en la sala acompañado de truenos, relámpagos, granizo y cellisca. Con otro estallido de luz desapareció y Liu se echó al suelo lleno de pánico. El rey dragón le ayudó a levantarse.

—No hay por qué tener miedo, no te hará nada —dijo.

Preso como estaba del miedo, Liu no podía contestar. Por fin dijo:

—Por favor, llevadme a la orilla; quisiera estar fuera de aquí antes de que tu hermano vuelva.

El rey intentó tranquilizarlo como pudo:

—Cuando vuelva, su mal humor habrá desaparecido. Por favor, quédate un momento y permite que te agasajemos.

El rey pidió que trajeran vino y Liu habló de la tierra en el mundo de los mortales.

Un poco más tarde sopló una brisa suave por la sala y se oyó la melodía de tímpanos y flautas. Entró un grupo de mujeres sonriendo y hablando entre sí. Liu se dio cuenta de que la última de ellas era la más hermosa y la que vestía de modo más regio. Cuando ella se acercó, Liu reconoció a la muchacha que le había dado la carta.

—Aquí está la prisionera del río Jing —dijo el Rey Dragón abrazando a la joven cariñosamente.

Luego ella y sus compañeras partieron de nuevo hacia las habitaciones interiores y entró un hombre alto y solemne. Llevaba traje real y el rey lo presentó a Liu como Chiantang. Con mucha cortesía, Chiantang agradeció al forastero todo lo que había hecho por ayudar a rescatar a su sobrina, y volviéndose hacia su hermano dijo:

—Llegué al río Jing hacia el mediodía y al punto luchamos. Después visité la morada



del gran dios y le expliqué mis actos. Fue muy comprensivo y me perdonó por esto y todo lo anterior. Ahora quisiera que tú aceptaras mis excusas, hermano. Partí sin despedirme adecuadamente de ti y causé una terrible conmoción en el palacio, y lo que es peor, asusté enormemente a nuestro huésped. Estoy muy avergonzado.

Pero el rey quería saber cómo había tenido lugar el combate:

—¿Mataste a mucha gente? —preguntó.

—Unos seiscientos.

—¿Dañaste las cosechas?

—Unas trescientas hectáreas.

—¿Y qué fue de ese yerno mío?

—Me lo comí.

El rey parecía apenado.

—Este inútil era desde luego insoportable, pero tú te has precipitado. Tienes mucha suerte de que el gran dios te perdonara, si no, ¿qué hubiera podido hacer yo? No debes volver a comportarte así.

Al partir, Chiantang parecía compungido.

Al día siguiente se celebró una fiesta en palacio, y Liu pudo comer la mejor comida y beber el mejor vino que jamás hubiera probado. Escuchó también una hermosísima música y contempló las jóvenes más bellas que se pueda imaginar. Luego el rey dragón le entregó un regalo que consistía en perlas y piedras preciosas, todas dentro de cofres de jade. Chiantang sentía también gran afecto por Liu y al día siguiente fue él quien organizó una fiesta en su honor. Chiantang bebió una copa tras otra y al final se acercó a Liu y con aire altanero le dijo:

—La hija del señor del Dongting es hermosa y dulce pero tuvo la desgracia de caer entre rufianes. Ahora, por suerte, todo ha pasado ya y me gustaría dártela en matrimonio y así estaríamos unidos para siempre. Ella es consciente de la deuda que tiene contigo y tú la amas, así que ésta es la solución perfecta.

Liu se sintió pequeño e impotente junto al potente e impetuoso dragón que había bebido demasiado vino. ¿Qué diría cuando estuviera sobrio? Por otra parte, el matrimonio era una cosa muy seria, especialmente el matrimonio con una inmortal. Era, desde luego, algo que no había que decidir bajo los efectos del vino. Como era un joven precavido, Liu supo hablar con cuidado y seriamente a Chiantang y disuadirle de la idea de la boda, quedando con él en los mejores términos.

Al día siguiente los anfitriones de Liu se despidieron de él de mala gana, y él, cuando volvió a ver a la princesa dragón, sintió mucha pena a pesar de su frialdad de la noche anterior. Una veintena de sirvientes acompañaron a Liu a su casa llevando todos los obsequios. Liu se enriqueció y se casó, pero al poco tiempo perdió a su esposa. Volvió a casarse, pero murió también su segunda mujer. Entonces se casó con una joven de una de las familias más nobles y ricas de la comarca. Al pasar los meses, Liu empezó a pensar que su esposa se parecía cada vez más a la hija del rey dragón, a la que no había podido olvidar. Después de haberle dado un hijo, ésta admitió que en efecto era la hija del rey, y le explicó que había estado muy triste cuando él rechazó la oferta de su tío y podía sólo recordar lo que le había dicho tras su primer encuentro: «Espero que cuando regreses a Dongting volvamos a encontrarnos.» Liu se llenó de alegría.

La pareja visitaba con frecuencia al rey dragón en su palacio del lago Dongting y la gente se dio cuenta de que aunque pasaban los años, Liu no envejecía nunca. Finalmente él y su familia se fueron a vivir para siempre al palacio del rey dragón, y desde entonces, alguna vez, se le ve aparecer sobre las olas.

# La perla del dragón

Entre los tesoros más valiosos de un dragón guardián figuraba una perla mágica. Esta era tan preciosa que la guardaba siempre muy cerca, en su estanque, a veces en la boca, otras bajo el mentón. La perla tenía muchos poderes mágicos: despedía una luz radiante que nunca se empañaba y hacía que las cosas entre las que se hallaba, crecieran y se multiplicaran. Esta historia cuenta lo que sucedió cuando una perla perteneciente a un dragón cayó en manos humanas.

Hace muchos siglos, a orillas del río Min, en la provincia de Sichuan, vivían una mujer y su hijo. Eran gente muy pobre, y la madre era anciana y estaba enferma y casi ciega. Pasaba la mayor parte del tiempo en su casa mientras su hijo, que contaba catorce años, vagaba por las colinas de la comarca cortando hierba que luego vendía como alimento para el ganado o como combustible. De este modo se las arreglaban para vivir.

Un verano hubo una terrible sequía y la vida para ellos se hizo todavía más difícil. El muchacho recorría las colinas como siempre, pero apenas si lograba recoger un poquito de hierba para comprar algo de comida para su madre y para sí mismo. Una vez, en lo alto de la colina, junto a un arroyo que estaba casi seco, encontró un gran prado recubierto de hierba abundante y verde como nunca la había visto. La hierba era alta y vigorosa, mejor incluso que la que se daba en los años buenos, y él, rápidamente, cortó toda la del prado, cargó con ella a la espalda y la llevó al pueblo. Allí pudo vender la hierba por más dinero que el que solía recibir por todo un día de trabajo.

Al día siguiente su andadura le llevó de nuevo al mismo lugar de las colinas, donde ante su asombro vio que la hierba había crecido de nuevo, y tan fuerte y tan alta como el día anterior. Rápidamente la cortó toda y se la llevó al pueblo. Al día siguiente volvió a suceder lo mismo, y el muchacho se sintió muy feliz por haber descubierto aquel maravilloso prado.

Lo único que no le gustaba, sin embargo, era que estaba muy lejos de su casa, lo que suponía diariamente una larga caminata. Entonces pensó que si el prado era mágico crecería sin duda igualmente junto a su casa, y decidió averiguarlo. Al día siguiente hizo varios viajes a las colinas, transportando la tierra y las raíces hasta su casa. Mientras estaba excavando las raíces encontró entre la hierba una gran perla brillante con tonalidades rosadas. Recogió aquel tesoro y lo llevó a su casa para enseñárselo a su madre, y ambos admiraron su belleza y su brillo y decidieron guardarla unos días antes de ir a venderla en la ciudad más próxima. Estaban seguros de que les darían por ella la mayor cantidad de dinero que jamás habían conseguido.

La anciana colocó la perla en el bote donde guardaba el arroz. Como de costumbre había muy poco, lo justo para una comida. El chico siguió plantando la tierra y las raíces y se olvidó por completo de la perla. Tuvo un día muy duro, así que cuando acabó su trabajo estaba muy cansado y se fue directamente a la cama. A la mañana siguiente saltó del lecho y corrió afuera a ver si la hierba había crecido, pero no había sido así, sino que se había secado y estaba casi a punto de morir. Lloró el muchacho desesperadamente acusándose a sí mismo pór haber transportado la hierba desde las colinas y preguntándose dónde encontraría ahora hierba.

De pronto recordó la perla y empezó a preguntarse si no tendría alguna relación con el crecimiento del prado. Entró en casa y fue directamente a la cocina para ver el bote de arroz en el que su madre había dejado la



perla. Ante su asombro vio que el jarro estaba lleno. La perla estaba en lo alto reluciente, como si sonriera. El chico llamó a su madre y ambos se alegraron de lo sucedido. Decidieron entonces volver a probar la perla, así que vaciaron casi todo el bote dejando sólo un puñado de arroz y colocaron encima la perla. A la mañana siguiente encontraron que el bote rebosaba de arroz. Dándose cuenta de que era una perla mágica, decidieron guardar el secreto entre ellos dos y hacer buen uso de ella. Aquella noche colocaron la perla donde tenían guardado el dinero y así a la mañana siguiente la caja rebosaba de monedas. Luego la colocaron en la tinaja de aceite y al día siguiente estaba llena de aceite de la mejor calidad. Utilizando la perla con cuidado, madre e hijo se enriquecieron y el chico ya no tuvo que ir a cortar hierba nunca más.

Naturalmente, su buena suerte no pasó desapercibida por sus vecinos, pues ya no les veían pedir, ni tomar nada prestado. Ahora eran muy generosos con aquellos que habían sido amables con ellos. Al principio todos se preguntaban de dónde provenía su riqueza, pero con el tiempo se descubrió el secreto. Desgraciadamente no todos los vecinos eran honrados, y algunos hombres fueron a su casa y les suplicaron y amenazaron para que les enseñaran la perla. Y como eran gente sencilla, no supieron resistir sus intimidaciones y al final el chico sacó la perla de su escondite y se la enseñó en la palma de su mano. Cuando



los hombres se acercaron para mirarla, el chico se dio cuenta de que no pretendían nada bueno, y, sin pensarlo, se metió rápidamente la perla en la boca. Uno de los hombres le sacudió por los hombros y lo hizo tan fuerte, gritándole que escupiera la perla, que tuvo el efecto contrario y el muchacho se la tragó.

Cuando la perla descendió al estómago del muchacho éste sintió una terrible sensación de ardor, como si se hubiera tragado una bola de fuego. La más terrible sed le consumía, y agarrando la tetera la vació de un trago. Luego se lanzó sobre el gran jarro de agua, echó de veinte a treinta cazos de agua en su garganta y vació el jarro. Pero todavía tenía sed, incluso tenía aún más sed que antes. Corrió hacia el río como un poseso, se tiró en su orilla y empezó a beber tan deprisa como pudo.

Su madre le miraba desolada y le instaba a que dejase de beber. Ella y los vecinos se quedaron consternados al darse cuenta de que se había bebido el río entero. Cuando el río quedó seco, se oyó el enorme estallido de un trueno y se desencadenó un viento cargado de lluvia y de relámpagos. La tierra empezó a temblar y la gente caía al suelo aterrada. El muchacho tenía grandes convulsiones y su madre le retenía por las piernas cuando éstas empezaron a crecer. Se le cubrió la espalda de escamas le aparecieron cuernos en la frente, y se le quedó la vista fija, mientras cada vez se hacía más grande. La mujer vio que su hijo se transformaba en un dragón ante sus propios ojos y sabía que era debido a la perla.

La desdichada mujer se aferraba a las piernas de su hijo desesperadamente, y el dragón intentaba sacudírsela sin emplear demasiada violencia mientras la lluvia seguía cayendo. El río se llenaba y el dragón logró deshacerse de su madre y lanzarla a la orilla. Cuando entró en el río oía sus gritos desesperados y no pudo evitar mirar a su alrededor. Cada vez que ella gritaba, él se volvía y, con los potentes golpes de su cuerpo, creaba amplios bancos de barro en el lecho del río.

Estos bancos de barro se encuentran todavía allí, como testigos del último adiós del dragón a su madre antes de desaparecer en el río para siempre. Como recuerdo de este acontecimiento todavía se llama al lugar «Bancos de la mirada hacia la madre».



# Cuentos budistas

La religión budista llegó a China desde India aproximadamente durante el siglo I a.C., pero no se estableció en el país hasta pasados algunos siglos. El budismo llevó consigo a China muchas cosas, nuevas formas de pensar y nuevos dioses, incluyendo a Buda y la popular diosa de la misericordia, Guanyin. Los chinos adaptaron esta religión a su forma de vida, uniéndola a sus antiguas creencias de modo que dieron origen a una serie de mitos e historias donde se mezclan elementos nativos y extranjeros.

El budismo supuso un gran cambio en el pensamiento chino. Una de sus ideas principales era el concepto de una vida cíclica en la cual los seres humanos se reencarnan en diferentes formas según el comportamiento que han llevado; así, una persona que ha pecado puede reencarnarse como un animal o un insecto. El budismo llevó también consigo el respeto por todos los elementos vivientes, y fomentó el vegetarianismo haciendo que la gente rehusara matar animales para comer. Tan profundamente afectó al pueblo la nueva religión que muchas personas se hicieron monjes y monjas, dedicando su vida a la oración, al culto y a las buenas obras.

Guanyin, o Kwanyin, la diosa china de la misericordia, era en su origen una deidad indiobudista cuyo nombre es Avalokitesvara. Cuando los misioneros budistas viajaron hacia el este desde la India camino del Tibet y China, se tradujo el nombre de la deidad por Guanyin, que quiere decir «la que ahora deja caer su vista sobre el mundo y escucha sus lamentos», y simbolizaba la misericordia. Hasta el siglo XII, Guanyin se consideraba una deidad masculina, como lo fuera en India, pero gradualmente, tal vez porque la cualidad de la misericordia se asociaba en China más con el carácter femenino que con el masculino, la deidad terminó siendo representada por una diosa.

A Guanyin se la adoraba como salvadora, especialmente de los peligros del mar, y como otorgadora de hijos. Es muy probable que su poderosa imagen absorbiera antiguos dioses y diosas chinos responsables de estos aspectos de la vida humana. Esta diosa ocupaba el primer lugar en la devoción popular, y por todas partes, en las casas y los templos, se adoraba su imagen, de modo que llegó a eclipsar hasta al supremo Buda. El culto de Guanyin se centra en Putuo, en la isla de Zhoushan en la costa de Zhejiang, en China central. Y aunque la evidencia indica que se

trata de una diosa importada, mucha gente cree que era en un principio una princesa china de los tiempos remotos, llamada Miaoshan. La historia empieza con su padre.

Hace muchos, muchos años, vivía un rey llamado Miaozhuang, que gobernaba sobre muchas regiones del oeste de China. Su esposa y él tenían dos hijas, pero el rey estaba ansioso por tener un varón que pudiera sucederle en el trono. Ofreció oraciones y sacrificios a los dioses con la esperanza de tener un heredero, pero aunque tuvo un tercer hijo fue de nuevo una niña. A la pequeña le dieron el nombre de Miaoshan.

Desde el momento en que nació, Miaoshan dio pruebas de ser una buena budista, negándose a comer carne. Cuando creció se hizo muy hermosa y todo el mundo la quería porque era modesta, amable y estaba siempre alegre. Su única aspiración en la vida era convertirse en monja budista y dedicar su vida a la religión, pero como era princesa no le estaba permitido hacerlo. Sus dos hermanas estaban casadas con príncipes, y antes de que ella pudiera darse cuenta, su padre le había encontrado ya un partido adecuado. Cuando Miaoshan se negó a casarse, su padre montó en cólera, y ordenó a su madre que le quitaran sus ricas vestiduras y la encerraran en el patio sin darle de comer. La reina así lo hizo, pero ella no cedió. De hecho estaba a gusto en aquel encarcelamiento: estaba en paz para poder rezar, su cuerpo se habituó al frío, y podía beber rocío y comer plantas.

Cuando el rey y la reina vieron que el castigo no producía efecto, le suplicaron que recordara que era su deber obedecerles. Pero ella estaba decidida a no casarse y pidió que en lugar de ello se le permitiera entrar en un convento próximo, donde vivían quinientas monjas que llevaban una vida de devoción. Viendo que no tenía otra alternativa, el rey dio finalmente su consentimiento; pero secretamente ordenó a la abadesa que confiara a su hija las labores más duras y desagradables, para que pronto se cansara de ser monja. Las órdenes se cumplieron, pero otra vez sin efecto ninguno sobre Miaoshan. Su decisión era tan fuerte que los dioses del cielo, particularmente el poderoso dios conocido como Emperador de Jade envió espíritus a la tierra para que la ayudaran en sus labores, de modo que con poco esfuerzo por su parte podía llevar a cabo todo aquello que se le pedía. Cuando la abadesa llevó la noticia al rey, éste se enfureció de tal modo que dio orden a sus soldados de que fueran a quemar el convento con su hija dentro. Cuando las llamas se elevaron en torno a las asustadas monjas, Miaoshan rezó a Buda y éste envió una potente tormenta que apagó el fuego y las salvó a todas.

La cólera del rey no tuvo entonces medida y dio la orden de que mataran a su hija Miaoshan. La princesa se sintió feliz pensando que pronto iría al cielo y, cuando los soldados llevaban a cabo la ejecución, el Emperador de Jade envió a la tierra un dios en forma de tigre que se llevó su cuerpo a una oscura selva. Su alma descendió a los infiernos como otras almas humanas, pero su santidad convirtió aquel lugar en un paraíso y todas las almas que allí se hallaban fueron absueltas. Esto molestó tanto a los dioses del infierno que suplicaron a Buda que se la llevara, y él la llevó a Putuo, donde reunió su alma con su cuerpo. Allí ella descansó y meditó, y por medio de sus oraciones se tornó sublime y perfecta. Podía flotar fuera de su propio cuerpo y ver cosas que los demás no podían ver. De este modo salvó a mucha gente que se hallaba en peligro.

Una vez pudo salvar al hijo del rey dragón del mar del Sur, que había caído en la red de un pescador y éste lo había confundido con una carpa y lo había puesto en venta. Miaoshan mandó a sus sirvientes para que lo compraran y lo devolvieran al mar. El rey dragón se lo agradeció tanto que le entregó una hermosa perla, gracias a la cual podía ver en la oscuridad.

Mientras tanto el padre de Miaoshan había caído enfermo y tenía el cuerpo lleno de pústulas terribles en castigo por lo que había hecho con su hija. Sufría terriblemente y los médicos no hallaban remedio que pudiera curarle. Cuando Miaoshan se enteró, fue hasta donde se hallaba su padre disfrazada de monje budista. Le dijo que sólo se podía curar con un ojo y una mano de un ser vivo.

—Pero esta persona debe ser de una santidad perfecta —dijo—, y tú la encontrarás en Putuo, en la isla de Zhoushan.

El rey le agradeció el consejo, e inmediatamente envió a sus servidores camino de Putuo. Mientras esperaba que sus servidores





regresaran, sus dos yernos tramaron darle muerte, pues no querían que se curase. Miaoshan lo vio e informó al rey, quien mandó matar a sus yernos inmediatamente.

Miaoshan habló con los servidores del rey cuando llegaron a Putuo:

—Sacadme un ojo y cortadme una mano y llevádselos al rey.

Hicieron esto, pero al rey sólo se le curó la mitad del cuerpo, y los servidores fueron a buscar el otro ojo y la otra mano. Una vez más, Miaoshan los entregó, y cuando los servidores regresaron, el rey se hallaba completamente curado. Al preguntar el rey por la persona santa que había hecho semejante sacrificio le dijeron que se parecía mucho a su hija Miaoshan. El rey se dio cuenta enseguida de que era ella y prometió hacer una peregrinación a Putuo con toda su familia.

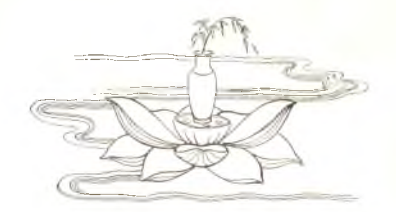
Tres años después hicieron la peregrinación, y cuando el rey vio el cuerpo mutilado de su hija cayó a sus pies. Su mujer y sus hijas lloraban y él preguntó qué podía hacerse para que su cuerpo volviera a estar entero.

—Si rindes culto al cielo, padre —dijo Miaoshan—, y admites tu culpa y te arrepientes y prometes llevar una vida pura y santa, volveré a tener mi cuerpo de antaño.

A esto replicó el rey:

—Cometí un crimen monstruoso contra mi propia hija y ella, sin embargo, se ha sacrificado a sí misma para devolverme la salud. Juro que a partir de hoy llevaré una vida pura y santa.

Con estas palabras el cuerpo de Miaoshan recuperó las partes que le faltaban y ella se precipitó a abrazar a su padre y a su madre. Desde entonces el rey, la reina y las princesas llevaron una vida pura y sin mancha, y por orden del Emperador de Jade desde aquel día se conoció a Miaoshan por el nombre de Guanyin, la misericordiosa, compasiva, protectora de los mortales y reina de los mares.



# Mulien libera a su madre

El concepto budista del mundo subterráneo está estrechamente unido a la idea del paso del alma a través de diversos estadios. El mundo subterráneo representa la fase durante la cual el alma recibe castigo por sus pecados, se purifica, y se prepara para la siguiente etapa de su viaje hacia el paraíso del oeste. El señor del mundo subterráneo era un dios, Yama, cuyo nombre chino era Yenlo Wang, y el mundo subterráneo —los infiernos— se hallaba a mucha distancia de la superficie de la tierra; según algunos, debajo de la provincia de Sichuan.

La gente tenía una idea del mundo subterráneo basada en el sistema chino de justicia y castigos, así que lo dividían del mismo modo. Había diez cortes de jueces y gran número de infiernos particulares, hasta un centenar, con castigos adecuados para los pecadores allí sentenciados. Los guardias que recogían a los hombres de la tierra, servían a los jueces y administraban los castigos eran seres terribles. Había espectros que tenían brazos y piernas humanas pero cabeza de caballo o de buey; había diablos de varias clases con cabezas monstruosas y cabello rojo, que era desconocido entre los chinos.

Todo el mundo tenía que pasar por el mundo subterráneo, pero había modos de hacer que el recorrido fuera menos duro. Los parientes del difunto repararían alguna de sus culpas con oraciones y buenos actos, tales como donaciones al templo. Así aliviarían el sufrimiento del alma del difunto. La siguiente historia cuenta cómo un hombre salvó a su madre gracias a la oración y a la santidad.

Había una vez un hombre rico que, siendo ferviente discípulo de Buda, vivía pura y santamente, era amable con los hombres y los animales y rehusaba comer carne. Su mujer y su hijo seguían la misma línea de conducta, y la familia era feliz y próspera. El hombre murió a edad muy avanzada, y cuando murió fue transportado por grullas al paraíso del oeste, donde pasaría el resto de su tiempo viviendo en beatitud, a la manera budista. Tras la muerte de su padre, su hijo, Lobu, tuvo que partir al extranjero para solucionar unos negocios, pero antes de hacerlo dio parte de su herencia a su madre, diciéndole



que la utilizara para alimentar a los monjes necesitados que llegaron a su puerta.

Sin el ejemplo de su marido y su hijo, la mujer, que se llamaba Chingti, empezó a faltar a la estricta disciplina de la vida budista. Disfrutaba comiendo carne y mató toda suerte de animales para sus guisos, incluido un perro, y no se mostraba hospitalaria con los monjes que llegaban a su puerta, dando a uno de ellos, que estaba muriendo de hambre, los restos de su comida llena de carne, con lo que el monje sin saberlo, cometía un terrible pecado. En general, despachaba a los monjes que llegaban a su casa y gastaba a su capricho el dinero que le dejara su hijo. Cuando Lobu regresó y le preguntó qué uso había hecho de aquel dinero, ella, añadiendo a sus pecados uno más, mintió y le dijo que había hecho lo que él le había pedido. Pero al poco tiempo Chingti murió y descendió a los infiernos, donde recibió el peor de los castigos en el infierno llamado Avici.

Tras haberle hecho un funeral adecuado, Lobu abandonó su casa y se hizo monje, cosa que hasta entonces no había hecho porque el deber le retenía junto a sus padres. Ahora que ambos habían muerto pensó que era el momento de entregarse a su vocación. Le rasuraron el cabello, le vistieron con una túnica y le dieron un nuevo nombre: Mulien. Pronto se puso de manifiesto su sabiduría y su gran piedad, convirtiéndose en uno de los discípulos más amados de Buda. Como tal, alcanzó pronto el don de moverse en todos los niveles de la existencia, en la tierra, en el cielo, en los paraísos budistas y en los infiernos. Visitó así el paraíso del oeste para hablar con su padre, que se alegró muchísimo al verle, pero no pudo encontrar a su madre en el cielo. Tristemente se fue a preguntar al mismo Buda dónde estaba su madre.

—Mulien —dijo Buda—, tu madre ha caído en el Avici y está purgando los pecados que cometió en la tierra. Aunque tú has alcanzado un alto grado de santidad y puedes hacer milagros, nada puedes hacer para salvarla, a menos que todos los monjes de la tierra canten oraciones por ella juntamente y obtengan así su descanso.

La noticia fue un golpe terrible para Mu-





lien; sin embargo decidió rescatar a su madre de los infiernos. Utilizó sus poderes especiales para descender al lugar y antes que nada vio a un grupo de hombres vagando lúgubremente y sin hacer nada. Mulien les preguntó si habían visto a Chingti, su madre. Los hombres respondieron que no, y entonces uno de ellos contó su propia historia:

—Somos las desgraciadas víctimas de un error. Estábamos en la tierra y no debíamos morir, pero como nuestros nombres son iguales a algunos que figuran en el Libro de los Muertos, nos trajeron aquí, si bien ni siquiera podemos entrar en el mundo subterráneo. Nuestros cuerpos mortales han sido enterrados, por esto andamos aquí como almas perdidas. Nuestros parientes llevan a cabo costosos sacrificios que no nos sirven de nada. Lo único que podría ayudarnos sería que hicieran buenas acciones en nuestro nombre.

Así siguieron lamentándose las almas perdidas y aconsejaron a Mulien que visitase al rey Yama.

Cruzó la triple puerta y entró en el reino de Yama, que se hallaba repleto de gente. Buscó incansablemente por todas partes, pero al ser incapaz de encontrar a su madre derramó amargas lágrimas. Al ver eso los servidores del rey lo llevaron ante su presencia. Yama se levantó y le dio la bienvenida.

—Su santidad, ¿qué trae a un hombre piadoso como vos a un lugar de sufrimiento? ¿Cuál es vuestro deseo?

—Busco a mi madre —replicó Mulien—. En vano la he buscado en el cielo, y ahora debo buscarla aquí. ¿La habéis visto vos?

El rey no sabía dónde se hallaba, pero llamó a uno de sus subordinados para preguntárselo. Este dijo que su madre había cometido un gran pecado en la tierra y que la habían enviado al «general de los Cinco Caminos».

Mulien partió de nuevo. No había andado mucho cuando llegó al río Sin Esperanza, donde gran cantidad de almas esperaban que demonios con cabeza de animal y rostros terribles les acompañaran a cruzarlo. Algunos se habían quitado sus vestiduras y se disponían a nadar, pero esto no les estaba permitido. El llanto y las lamentaciones llenaron a Mulien de terror y de piedad, y pasó corriendo por allí con lágrimas en los ojos. Finalmente llegó al despacho del general de los Cinco Caminos, el más cruel de todos los jueces del más allá, quien para responder a las preguntas de Mulien envió a buscar a uno de sus subordinados. Este dijo:

—Hubo una mujer que responde a esta descripción hace tres años. Fue reclamada por las autoridades del Avici. Supongo que se encuentra allí.

Mulien preguntó:

—¿Cómo es posible que el rey Yama desconozca el destino de mi madre, si antes de llevarse a cabo ninguna acción debe comunicársele a él?

—Esto no es así —replicó el general—. Todos los que mueren se dividen de inmediato en buenos y malos. Los buenos van directamente al cielo, los malos reciben su castigo adecuado en los infiernos. Solamente aquellos de los que no se puede decir que son buenos o malos pasan ante el rey Yama, que decide qué forma de castigo merecen y bajo qué aspecto se deben reencarnar, según la conducta que hayan tenido.

Entonces Mulien dejó al general y se dirigió al terrible Avici. En su camino cruzó numerosos infiernos, cada uno perteneciente



a un pecado diferente; en algunos había hombres, en otros mujeres y en otros hombres y mujeres. En todos ellos se detuvo para preguntar por su madre. Al acercarse al Avici pudo ver cuadrillas de demonios caminando en todas direcciones.

—No entres, monje —le aconsejaron—. Del corazón de ese infierno se levanta una niebla inmunda que te reduciría a cenizas.

Ante esto Mulien se elevó y dejando atrás los infiernos regresó a la presencia de Buda suplicándole que le prestara su bastón para que le protegiera del mal. Provisto de él regresó de nuevo al Avici, donde las llamas se esparcían por todos lados, y las flechas corrían en todas direcciones, de modo que desgarraban la carne de la gente.

Con el bastón de Buda, Mulien golpeó la puerta y ésta se abrió inmediatamente. El guardián de la entrada le preguntó qué deseaba, y cuando Mulien habló una vez más de su madre, el guardián subió a una torre, izó una bandera blanca e hizo retumbar un tambor de hierro, gritando:

—¿Hay aquí una mujer llamada Chingti?

Al no haber respuesta se dirigió a otra torre, izó una bandera negra, golpeó el tambor de hierro y preguntó de nuevo. Repitió esto siete veces pasando por siete recintos, hasta que al final alcanzó uno en el que izó una bandera verde y, preguntó:



—¿Hay aquí una mujer llamada Chingti?

Allí estaba, sobre un lecho de clavos, pero no se atrevía a contestar; mas cuando el guardián tocó de nuevo el tambor y preguntó otra vez, ella dijo:

—Soy yo.

—¿Por qué no contestaste antes? —le preguntó el guardia.

—Tenía miedo —replicó Chingti—; pensé que querías llevarme a un tormento peor.

—En la puerta espera un joven monje de cabeza rasurada que dice que es tu hijo.

Durante largo rato Chingti permaneció callada, pero al final dijo:

—No tengo ningún hijo que sea monje, así que debe ser una equivocación.

El guardián regresó junto a Mulien y le dijo:

—Monje, ¿por qué dices que esta mujer es tu madre y me mientes así?

—Deja que te explique —dijo Mulien—. Mi nombre anterior era Lobu y no me convertí en monje hasta después de la muerte de mis padres. Entonces me dieron el nombre de Mulien.

Cuando Chingti oyó esto supo que aquél era su hijo. La llevaron junto a la puerta. Mulien, al verla, se quedó consternado. Estaba llena de heridas sangrantes y las llamas lamían su cuerpo e incluso salían de su boca y parecía muerta de hambre. Lo primero que se le ocurrió fue preguntarle si no había recibido los alimentos que él había ofrecido en sacrificio para ella. A lo que ella replicó:

—¿Cómo podían llegarme hallándome en esta tortura? Tal vez hayas ganado reputación de piedad al hacer esas ofrendas, pero a mí no me han servido de nada. Tal vez me hubiera ayudado el que copiaras algunos sutras en mi nombre.

El guardián llegó para llevársela y, aunque él ofreció sufrir en su lugar allí, en el Avici, esto no estaba permitido, así que tuvo que abandonarla a su tormento. Mulien regresó entonces una vez más a la presencia de Buda y éste, debido al respeto que por él tenía, descendió a los infiernos, donde su resplandor dispersó las tinieblas y el horror y los tormentos desaparecieron. Las almas de los

condenados se vieron libres y ascendieron al cielo, pero desgraciadamente era demasiado tarde para la madre de Mulien: había sido condenada ya a volver a la tierra y vagar como un espíritu hambriento y que toda comida o bebida se tornara ceniza al contacto de sus labios. Pidió alimento a Mulien, porque las reglas de los espíritus hambrientos no se aplican al alimento dado como limosna a los monjes. Mulien corrió a pedir con su cuenco y regresó con limosna, pero incluso este alimento se convirtió en cenizas cuando su madre intentó comerlo. Al ver esto, él se sintió obligado a regresar una vez más ante Buda y suplicarle nuevamente.

Buda repitió a Mulien lo que ya le había dicho:

—Todos los monjes deben cantar juntos sus oraciones por ella.

Entonces Mulien organizó el festival de Yülanpen. El día quince de la séptima luna, los sacerdotes y monjes de todas partes unieron sus oraciones en todos los templos. Esta unión fue muy benéfica para las almas de los muertos y ese día todos los espectros hambrientos pudieron finalmente comer. Desde entonces, dondequiera que haya creyentes budistas, se celebra esta fiesta.

Después de haber comido, Chingti desapareció una vez más. Entonces Buda fue hacia Mulien y le dijo:

—Gracias a tu piedad y santidad, y por haber organizado el festival de Yülanpen, tu madre ha dejado de ser un espíritu hambriento. Ha vuelto a reencarnarse, pero sus méritos no permitían que lo hiciera en una forma superior a un perro. Si quieres verla ve a la ciudad de Wangshe y pasa por delante de las puertas de hombres ricos y piadosos. Un perro negro tirará de tu túnica y te hablará con voz humana: es tu madre Chingti.

Mulien fue a Wangshe y todo sucedió exactamente como Buda le había dicho. El perro negro salió de una casa y tiró de su túnica.

—Hijo mío —dijo—, me has salvado de los tormentos del infierno, ¿no querrías liberarme también de mi vida de perro?

—Querida madre —replicó él—. Fue mi falta de piedad la que hizo que cayeras en tales tormentos. Pero comparada con tus anteriores sufrimientos ¿no eres más feliz como perro?

—Es cierto —contestó Chingti—. Oír a mis dueños recitando las escrituras y diciendo oraciones cada mañana, y no oír la palabra «infierno» me ayuda a liberarme de las impurezas de la vida de perro.

Entonces Mulien la condujo a la pagoda que estaba delante del templo de la ciudad, y durante siete días y siete noches recitó sin cesar las escrituras. Como consecuencia de esto, Chingti pudo abandonar la forma de perro, y colgando la piel de perro en un árbol, adoptó la forma de mujer. Cuando Mulien la vio se puso muy contento y le suplicó:

—Ahora que vuelves a tener forma humana, te suplico, madre, que te comportes devotamente de modo que merezcas esta reencarnación.

Poco tiempos después, Mulien llevó a su madre ante Buda, y después de dar tres vueltas completas al bosque de los árboles sagrados dijo:

—Señor, por favor, examina el destino de mi madre para ver si aún queda algún pecado por expiar.

Buda lo hizo así y halló que todos los pecados de Chingti habían sido expiados por los monjes en el festival de Yülanpen. Finalmente, pues, con gran regocijo, la madre de Mulien fue recibida en el paraíso del oeste.

## El monje Huiyuan

Son muchas las historias que tratan de los hechos de antiguos budistas famosos por su piedad, su conocimiento y enseñanza de las escrituras budistas, los sutras. Uno de ellos fue el monje budista Huiyuan, que vivió desde el año 334 al 416 d.C. y fundó la secta del loto blanco, que enseñaba que para los creyentes existe un paraíso en el oeste.

Tras haber pasado muchos años estudiando los sutras, Huiyuan dejó a su maestro para predicar y difundir el mensaje de los sutras por todo el país. Durante el viaje llegó a la montaña de Lushan, una de las cumbres más altas de China, en la provincia de Hubei, en el centro del país. Encantado con el paisaje montañoso, sintió que aumentaban sus poderes de concentración y que todo su ser se aproximaba a Buda. Decidió quedarse a vivir



en Lushan y se construyó una pequeña cabaña donde pasaba los días meditando y recitando los sutras. El resonante tono de su voz llegaba muy lejos y los espíritus de la montaña y de los árboles le escuchaban, quedando tan impresionados que en un día y una noche de truenos y relámpagos construyeron para él un hermoso templo.

Huiyuan se quedó atónito al ver aparecer un templo tan bello de la nada; pero atribuyéndolo al poder de los sutras dio gracias a Buda y entró en él para verlo por dentro. Todo parecía perfecto excepto por la falta de agua. Cuando salía del santuario vio una roca lisa y la golpeó con su bastón de estaño. Inmediatamente brotó allí una fuente y todavía hoy da agua al monasterio y se la llama fuente del Bastón de Estaño. Su agua es muy clara y se dirige al estanque llamado del Loto Blanco.

Huiyuan se trasladó a vivir en el monasterio y reunió muchos discípulos. La gente venía desde muy lejos para oírle predicar; incluso acudían los espíritus, que cobraban forma humana para escucharle, desvaneciéndose en el aire cuando el sermón acababa.

Pero un día, un grupo de bandidos asaltó el monasterio al mando de un hombre llamado Bo Zhuang. Todos los monjes huyeron excepto Huiyuan que fue hecho prisionero y esclavo, y durante varios años tuvo que servir al jefe de los bandidos sin tener tiempo para leer los sutras ni meditar. Un día, sin embargo, Buda se le apareció en sueños en toda su gloria y le exhortó a volver a aquello para lo que había nacido: explicar los sutras y convertir a los incrédulos. También le hizo saber que pronto lo venderían a un nuevo dueño y que todos sus sufrimientos estaban destinados a expiar una deuda contraída en una vida anterior. Su nuevo amo era aquel hombre con quien estuvo en deuda.

Todo sucedió como Buda le había dicho. La vida de Huiyuan cambió una vez más, pues su nuevo dueño era ministro del gobierno. De nuevo Huiyuan pudo asistir a las ceremonias budistas y escuchar los sermones.

Un día su amo lo llevó a escuchar a un predicador muy famoso llamado Dao An. La interpretación de los sutras de Dao An pareció a Huiyuan equivocada y superficial, y no pudo evitar unas lágrimas. Su señor, al darse cuenta de ello, le preguntó la causa y Huiyuan le contó entonces quién era, mostrándole una señal de nacimiento que tenía en el brazo y que probaba que él era, en efecto, el maestro que los bandidos habían secuestrado hacía varios años. El ministro era un hombre bueno y consiguió que Huiyuan volviera a ocupar su antiguo puesto en Lushan, donde dirigió una gran comunidad de monjes y seguidores hasta el momento de su muerte.

## El mundo en una almohada

Una de las ideas que llegó a China con el budismo fue la conciencia de que la vida en la tierra es solamente una breve fase en la vida del alma, un fugaz momento, comparada con los lentos cambios del universo. Con esta conciencia cambió también el valor de la riqueza y del poder: por rico o famoso que sea un ser humano, todo se desvanece cuando muere, de modo que el más pobre mendigo y el rey más rico tienen lo mismo en la hora de la muerte. La historia siguiente es un claro ejemplo de este modo de sentir.

Durante la dinastía Tang, en la localidad de Handan, situada al noroeste de China, había una posada a la que un día llegó un joven llamado Lu. Vestía un abrigo corto y burdo y montaba una yegua negra. En la posada, Lu compartió la mesa con un anciano que había hecho un largo viaje, y al poco rato se pusieron a hablar. Hablando y riendo, Lu tuvo la sensación de haber conocido al anciano de toda la vida, y mirándose la gastada ropa que llevaba no pudo evitar esta exclamación:

—¡Qué vida tan miserable la mía!

El anciano le miró sorprendido y dijo:

—No veo nada malo en ti, ni en tu cuerpo ni en tu espíritu.

El joven suspiró y replicó:

—¿Cómo puede un hombre ser feliz con tanta pobreza?

—Si lo que tienes no es suficiente —dijo el anciano—, dime qué es lo que te haría feliz.

Lu contestó sin vacilar:

—En este mundo un hombre debería hacerse un nombre, obtener riquezas y gozar de honor, haciendo a su familia rica y poderosa. Yo ya soy un hombre y, aunque soy diestro con las armas, no he hecho otra cosa que ocuparme de los campos y no sé hacer nada más.

Mientras hablaba sus párpados empezaron a pesarle y se los frotó como si se sintiera fatigado. Miró a su alrededor y vio que el patrón estaba preparando unas gachas de mijo para alguno de los huéspedes. El anciano le hizo sitio en el banco donde estaba sentado y le dijo:

—Acércate, veo que estás cansado. ¿Por qué no duermes un poco? Utiliza mi almohada: te hará rico y famoso como deseas.

La almohada era de cerámica verde, como era corriente en China por aquellos días, y tenía un pequeño agujero en cada uno de sus extremos. Lu apoyó en ella la cabeza para dormir.

Mientras yacía de este modo, le pareció que uno de los agujeros de la almohada crecía enormemente dejando entrar la luz por el otro lado. Tan grande se hizo que Lu pudo entrar en el interior de la almohada y salir por el otro agujero, y cuando hizo esto se halló caminando en dirección a su casa, dejando atrás la fonda.

Pocos meses después Lu se casaba con una hermosa joven de rica familia del vecindario, y su vida empezó a mejorar. Obtuvo un buen trabajo y pronto le ascendieron hasta que llegó a gobernador provincial. En pocos años ascendió varias veces pasando por varias provincias hasta llegar a obtener un alto cargo en la capital. Por entonces los tibetanos atacaron China y el ejército chino fue derrotado y muerto su general, pero Lu, a la cabeza del ejército, consiguió que los enemigos se retiraran y liberó la frontera. La fama del vencedor se extendió por todas partes y el pueblo erigió una lápida conmemorativa. Hasta el mismo emperador le colmó de favores.

Pasados diez años Lu había alcanzado las posiciones más altas y se había convertido en uno de los hombres más poderosos del país. Estaba, sin embargo, rodeado de envidias, hasta el punto de ser falsamente acusado de ser espía de un país extranjero. El emperador le mandó encarcelar, y cuando los guardias llegaron con esta misión, él se volvió a su esposa con lágrimas en los ojos y le dijo:

—Mi familia tenía sólo un poco de tierra en la provincia y yo tenía que trabajar duramente para comer y vestirme. ¿Por qué fui tan ambicioso? Ahora lo daría todo por ser de nuevo un hombre sencillo que cabalga en su yegua negra y viste abrigo corto y de paño burdo.

Y sin dejar de llorar tomó un cuchillo dispuesto a quitarse la vida, pero su esposa le detuvo. Más tarde el emperador le liberó de la cárcel pero lo envió al exilio.

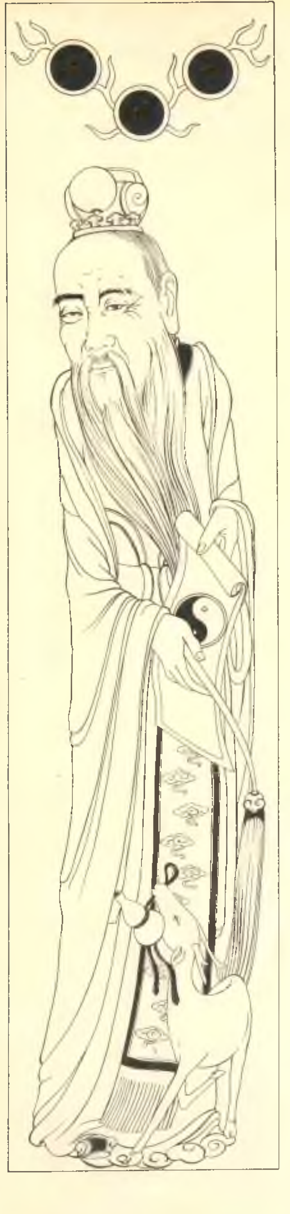
Con el tiempo los acusadores de Lu murieron y el emperador supo finalmente la verdad y le mandó llamar de nuevo a la capital, llenándole de honores una vez más. Lu se convirtió en el jefe de una gran familia grande y poderosa. Tuvo cinco hijos, que se casaron con jóvenes nobles y desempeñaron altos cargos. Y así, en el lujo y la opulencia vivió Lu aún cincuenta años, hasta que su salud empezó a debilitarse sin que ni siquiera los médicos del emperador pudieran hacer nada por evitar su muerte.

En ese momento, Lu se despertó bostezando y se dio cuenta de que aún se hallaba en la fonda del camino, echado en el banco junto a aquel anciano que le había prestado su almohada. Los huéspedes esperaban aún su plato de gachas y todo parecía exactamente igual que cuando se había quedado dormido.

—¿Es posible que haya soñado todo esto? —preguntó al anciano.

—La vida del hombre es así: pasa en un soplo —dijo él.

Lu se quedó largo rato silencioso y al final dio las gracias a su compañero de mesa por haberle permitido vivir la experiencia del poder y las riquezas, la pobreza y la degradación, la vida y la muerte y el cumplimiento de sus deseos. Después lo saludó, y abandonó la posada.



# Cuentos taoístas de magia y fantasía

El taoísmo es la religión más antigua de China, y algunos de los dioses y diosas taoístas se remontan a los mismos orígenes de la mitología china. Entre ellos figura la reina madre del Oeste, la terrible diosa con rostro de mujer, dientes de tigre y cola de leopardo que custodiaba el melocotonero sagrado del monte Kunlun y dio el elixir de la inmortalidad al arquero Yi. Aunque luego se les consideró dioses, en sus orígenes estos eran seres más sencillos. En tiempos muy remotos, los chinos reflexionaron sobre las fuerzas de la naturaleza y cómo los elementos, e incluso los objetos inanimados, parecían tener vida propia. Intentando hallar una explicación, los chinos llegaron a la conclusión de que todo, hasta los objetos inanimados, tiene un espíritu guardián, unas veces bueno y otras veces malévolo con los seres humanos. De esa creencia nació un sistema de culto encaminado a hacer propicios a los espíritus guardianes, para impedir que actuaran de un modo perjudicial para los hombres con los que entraran en contacto. Estos espíritus se convirtieron en dioses y diosas, y en torno a ellos se tejieron muchas historias.

La religión taoísta explicaba, pues, el mundo, por medio de seres sobrenaturales, pero se creó también una escuela filosófica taoísta que intentaba explicar las leyes de la naturaleza sin la intervención de los espíritus. Los filósofos taoístas creían en un orden natural que gobernaba los movimientos y comportamiento de todas las cosas del mundo, ya fueran hombres, pájaros, trozos de madera, piedras o vientos. La aspiración taoísta era estudiar las leyes naturales y hacer que la existencia individual se acoplase a ellas. Una de las máximas expresiones de esta unión y comunicación del sentimiento y la naturaleza se da en la pintura china de paisajes, donde los maestros taoístas aparecen en perfecta comunión con ella, lejos de la influencia humana que a menudo rompe la armonía y el orden natural del mundo.

Entre los primeros documentos escritos de los taoístas figura un libro llamado *Tao Te Ching,* que en un principio debió de ser una colección de dichos, y con el correr del tiempo el texto fue cambiando a medida que pasaba de copista en copista. Algunas de sus partes se han perdido totalmente, otras están incompletas y el libro resulta a veces incomprensible. Esto carecía de importancia para los seguidores de la religión taoísta; por el contrario, el libro ganaba así en misterio y llegó a utilizarse como si se tratara de fórmulas mágicas. El hombre a quien se atribuye

la redacción de este libro se llamó Laozi, y fue venerado como un dios y se le supone dotado de toda suerte de poderes mágicos.

La religión taoísta se apropió de dioses locales chinos e incluso de algunos procedentes de otras religiones, como el budismo, que no eran oriundas de China. Pasados los años, las nuevas ideas y los nuevos dioses eran ya tan chinos como las antiguas figuras taoístas, y a medida que se les iban añadiendo nuevos detalles, los dioses resultaban más fantásticos y llenos de color, y los cuentos que en torno a ellos se crearon están llenos de sus poderes extraordinarios: son capaces de volar, de desvanecerse en el aire, de luchar utilizando los elementos de la naturaleza, de mandar ejércitos de papel. En estas historias los dioses parecen más bien grandes magos o hechiceros, si bien con frecuencia los temas tratados tienen un significado serio y tocan importantes aspectos de las relaciones humanas. La historia del príncipe Nocha es una de ellas. El argumento está lleno de espíritus y magia, pero a un nivel más profundo trata de la actitud china básica en las relaciones entre padre e hijo. Aunque la leyenda se remonta a tiempos prehistóricos, se escribió durante el siglo XVI, momento en que las creencias taoístas se veían impregnadas de magia y fantasía.

## El príncipe Nocha

Durante la antigua época Shang vivía un general llamado Li Ching, cuya esposa esperaba un niño; pero hacía tres años y medio que estaba embarazada sin poder dar a luz. Una noche ella soñó que un monje taoísta entraba en su habitación y le echaba algo en el pecho. El sueño era tan real que se despertó y llamó inmediatamente a su marido para contárselo, y después de hacerlo sintió que se iniciaban los dolores del parto.

Li abandonó la habitación muy preocupado y pronto pudo oír unos gritos que procedían del interior: su mujer había dado a luz a un monstruo. Precipitándose en la habitación vio una extraña masa de carne que se agitaba por la estancia despidiendo reflejos de luz roja y brillante. Sin pensarlo un segundo tomó su espada y le propinó un golpe liberando así a un niñito de piel suave que llevaba una banda de seda roja alrededor de la cintura.

Colocaron al niño en la cama, y al día siguiente el dios taoísta Taiyi, espíritu de la Estrella Polar, se presentó y adoptó al recién nacido como discípulo, porque de hecho era la encarnación de una perla celestial. El niño quedó al cuidado de sus padres terrenales, que le llamaron Nocha, y a pesar de su misterioso nacimiento intentaron tratarle como a un niño normal.

Nocha, sin embargo, no lo era, y a los siete años medía casi dos metros de altura y era fortísimo. Un día de verano paseaba cerca de un estanque de aguas claras; el sol era muy fuerte y el muchacho se quitó la ropa y hundió en el agua su banda roja para refrescarse un poco. Las propiedades mágicas de la banda de seda tuvieron un terrible efecto: una suerte de terremoto agitó el estanque haciendo temblar el palacio del rey dragón que vivía en el fondo.

Por supuesto el rey dragón envió a uno de sus guardias para que averiguase qué sucedía, pero Nocha lo mató al verlo. Al ver que el guardia no regresaba, el dragón envió a su propio hijo, que murió igualmente de un golpe a manos de Nocha. Finalmente, el rey dragón adoptó la forma humana y fue a visitar a Li Ching para quejarse de lo que había sucedido en el estanque.

—¿Es eso cierto, Nocha? —preguntó Li severamente—. ¿Mataste al hijo del rey dragón?

—Sí —contestó Nocha tan tranquilo—. En realidad maté a dos, pero el primero tenía aspecto de ser un criado. ¿Por qué, pasa algo? ¿No debí haberlos matado?

Li y su esposa no podían decir una palabra: estaban consternados. Y el rey dragón juró vengarse de aquellas muertes.

Confuso, Nocha fue a pedir consejo a su maestro Taiyi.

—El mal ya está hecho —le dijo éste—, y tiene que ser vengado. Regresa inmediatamente a casa de tus padres porque el rey dragón planea matarlos en pago de las vidas que tú, descuidadamente, has segado.

Nocha regresó a su casa y para salvar a sus padres ofreció pagar con su propia vida. El dragón aceptó y el joven se suicidó.

El espíritu de Nocha acudió una vez más a su maestro Taiyi.

—Y ahora, ¿cómo puedo regresar, maestro? —preguntó.

—Tu madre tiene que erigir un templo para ti —replicó Taiyi— y tú vivirás allí tres años. Después podrás reencarnarte.

Nocha se apareció a su madre en sueños y le contó lo que le había dicho Taiyi, pero cuando ella se lo contó a su esposo éste le prohibió hacer tal cosa. El quería olvidar cómo había sido aquel hijo monstruoso que tantos problemas les había acarreado.

Pero Nocha no cedió y noche tras noche se aparecía en sueños a su madre, de modo que ella ya no podía cerrar los ojos sin ver su rostro familiar y oír su suplicante voz, hasta que finalmente erigió un templo dedicado a él, en secreto.

El templo se hizo muy popular y muchos peregrinos acudían allí a hacer oración. En él moraba el espíritu de Nocha preparándose para la reencarnación.

Un día Li pasó por allí y preguntó a uno de los peregrinos si podía decirle a quién pertenecía aquel templo.

—Es de Nocha —le contestó—. Nocha, la perla celestial que se suicidó para salvar a sus padres del Rey Dragón. Volverá al mundo en cuanto su espíritu se haya purificado.

—¡Qué nunca llegue ese día! —exclamó Li. Y poseído por la cólera entró en el templo y destruyó todas las imágenes que contenía, y, finalmente, le prendió fuego.

Nocha, furioso por lo que su padre había hecho con el templo y considerando que con su suicidio había pagado ya por su crimen, decidió a su vez castigar a Li. Su espíritu adoptó entonces una nueva forma: medía cincuenta metros y tenía ocho brazos, y en cada una de las manos llevaba un arma distinta. Bajo sus pies había ruedas de fuego y un intenso viento le transportaba por el cielo adondequiera que deseara ir. Con tan terrible aspecto descendió ante la presencia de su padre, decidido a matarle. Los dioses taoístas, sin embargo, no podían consentir aquel comportamiento, aunque se tratase de uno de sus discípulos, y enviaron a un dios para salvar a Li. Al principio el dios intentó hacer entrar en razón a Nocha, pero éste estaba demasiado enojado para escuchar. No quedaba otra salida que derrotar a aquel monstruo giratorio y para ello el dios entregó a Li una pagoda en miniatura que tenía en su interior un talismán con el poder mágico de alejar a Nocha dando tumbos y vueltas sobre sí mismo cada vez que intentara acercarse. Nocha no tuvo más



remedio que regresar hasta su maestro, para que le enseñase cómo controlar su fiero temperamento y utilizar sus poderes de una manera menos destructiva.

Li se salvó y más adelante se convirtió también en inmortal. Fue uno de los dioses guerreros taoístas y se reconcilió con Nocha. Ambos ayudaron al nuevo rey de la dinastía Chou a fundar el imperio chino. A pesar de todo, Li no las tenía todas consigo y, aunque había vuelto a hacer amistad con Nocha, siempre llevaba consigo la pagoda provista del mágico talismán. Por ello se le conoce con el nombre de Li, el portador de la pagoda.

## Zhang Daoling

Muchas de las creencias taoístas se asociaban con la magia, y a un taoísta no se le consideraba perfecto si no alcanzaba a dominar las fuerzas de la naturaleza de modo que pudiera, por ejemplo, volar, conjurar objetos para que aparecieran o se tornaran invisibles, y otras cosas parecidas. Estos misterios pasaban de maestros a discípulos y la historia que sigue narra cómo un hombre abandonó su hogar y su familia para seguir a un maestro taoísta de esta índole.

Después de servir a su maestro durante varios años, el hombre, fatigado de servicios tan humildes, que le parecían ser ajenos al taoísmo, decidió regresar a su casa. Su maestro, que no estaba contento del discípulo, se alegraba de librarse de él. Pero el discípulo, antes de partir, le suplicó que le enseñara alguna de sus artes, algo para poder dar fe de tantos años de aprendizaje.

—¿No podrías, por lo menos, enseñarme a atravesar las paredes, sin tener necesidad de utilizar las puertas? ¡Te he envidiado tanto el don de pasar de una habitación a otra con toda facilidad! —dijo.

Después de pensarlo un poco, el maestro le dijo que sí, aconsejándole que no lo hiciera nunca sin el corazón puro, ni con malas intenciones. El discípulo le aseguró que así lo haría y el maestro le enseñó lo que quería aprender.

Cuando aquél regresó a su casa, su mujer no observó en él ningún cambio.

—Me parece que no has aprendido gran cosa —dijo—; hubiera sido igual y hasta mejor si te hubieras quedado aquí ayudándome, en vez de ir rondando por el mundo.

—Pero ahora tengo poderes mágicos.

—Lo creeré cuando lo vea —replicó ella—. Vamos a ver, hazme una demostración, ¿qué puedes hacer?

—Puedo atravesar los muros —dijo el marido, pensando que ésta sería una buena oportunidad para echar un vistazo a los ricos vecinos que se habían mudado a la casa de al lado durante su ausencia.

Eligiendo con cuidado la pared y concentrándose fuertemente, caminó directamente hacia ella. Desgraciadamente se dio un terrible golpe en la cabeza contra el muro y su mujer se echó a reír deshaciéndose en carcajadas mientras le ayudaba a ponerse en pie y observaba cómo le emergía un bulto enorme en la frente. La risa de ella le resonaba en los oídos y él se sentía confuso y avergonzado, pues sabía que había fallado debido a que sus intenciones no eran puras del todo.

Este tipo de taoístas tan superficiales pretendían también hallar la forma de prolongar su vida y, dentro de lo posible, de alcanzar la inmortalidad. Creían que su vida podía durar más gracias a ciertas drogas, cuya búsqueda ponía en movimiento a muchos hombres, y de cuya codicia no se libraban ni los emperadores, ya que tenían dinero y poder suficiente para pagar los ingredientes más costosos. Dispuestos a gastar una fortuna por conseguir el elixir de la vida eterna, muchos emperadores eran engañados por deshonestos maestros taoístas que no sabían nada realmente de pociones. Irónicamente, muchos de los que se dedicaban a esta suerte de investigación perecían envenenados con sustancias como el cinabrio, que contiene el venenoso mercurio, sufriendo enormemente. Una leyenda cuenta cómo el primer emperador de China, en el siglo III a. C., envió una nave llena de jóvenes de ambos sexos al este, con un maestro taoísta, a buscar una hierba mágica que proporciona la inmortalidad. No encontraron la hierba, pero tampoco regresaron a China, prefiriendo colonizar una isla que luego se convirtió en el reino de Japón.

Uno de los fundadores del taoísmo mágico se llamaba Zhang Daoling y fue jefe del grupo de taoístas rebeldes llamado Turbantes



Amarillos, que se levantó contra el gobierno en el siglo segundo de nuestra era. Zhang Daoling logró reunir muchos seguidores en la tierra de Shu, la actual provincia de Sichuan, donde convirtió a la gente a su propia versión del taoísmo. Aunque es un personaje histórico, el folklore chino lo ha envuelto en leyendas llenas de color y fantasía.

Según estas leyendas, Zhang Daoling dedicó largos estudios al modo de obtener la inmortalidad y logró aprender la fórmula del elixir de la vida, pero como era muy costoso el fabricarlo porque sus ingredientes eran muy caros, buscó el modo de ganar dinero. En primer lugar hizo labores de granjero, pero se dio cuenta de que de aquel modo nunca llegaría a ganar lo suficiente. Luego, habiendo oído decir que los hombres de Shu eran muy honrados y trabajadores, y conocedor de que las montañas vecinas eran muy altas, de modo que podría comunicarse más fácilmente con los dioses, se trasladó allí con sus discípulos. Escribió por entonces un libro sobre el Camino taoísta, donde expuso muchos de los misterios de dicha religión, así como los medios para alcanzar la inmortalidad.

En una ocasión, cientos de inmortales descendieron del cielo y le enseñaron aún otros muchos misterios del Camino, incluida la forma de curar gran número enfermedades. La gente acudía a él de todas partes y pronto fueron tantos miles que fue necesario hacer algo para poder cuidarlos a todos. Zhang demostró entonces que era tan buen administrador como maestro del Tao y organizó una espléndida comunidad. Cada persona contribuía con arroz u otros alimentos que eran repartidos entre todos, si bien Zhang se quedaba algo para su propio uso. Zhang organizó también la construcción de caminos y alcantarillas, y elevó enormemente el nivel de vida de toda el área, y gracias a sus poderes mágicos podía hacer que enfermasen los que evadían el pago de la contribución y los que no llevaran a cabo el trabajo que se les había asignado. Gracias a ello nadie se atrevía a desviarse de su ruta.

La comunidad estaba tan bien gobernada que la gente creía que sus leyes venían directamente del cielo y esto les hacía obedecerlas aún con más fervor. De este modo Zhang amasó una enorme fortuna y finalmente pudo pagar los ingredientes para hacer el elixir. Consiguió realmente fabricarlo pero tomó solamente la mitad, pues quería permanecer entre los hombres para convertir aún a un mayor número de ellos al taoísmo. La mitad de aquel elixir, sin embargo, le dio el poder de realizar grandes hechos de magia, como dividirse en muchas partes a la vez y, mientras una de ellas se encontraba ocupada con sus discípulos, la comunidad, o los huéspedes, la otra podía disfrutar tranquilamente de la calma de un lado en una barca.







Uno de los discípulos favoritos de Zhang era un joven llamado Zhao Sheng. Le habían admitido en el círculo de los más íntimos seguidores del maestro tras someterle a duras pruebas, tanto respecto a su virtud como a sus conocimientos del taoísmo. La primera de ellas tuvo lugar en el mismo momento de su llegada pues, en lugar de recibirlo bien, intentaron humillarlo con risas y burlas; pero él se mantuvo impasible, decidido a convertirse en discípulo de Zhang. Pasó luego una prueba de castidad. Se le ordenó vigilar la cosecha por la noche y mientras lo estaba haciendo una hermosa muchacha se le acercó y le pidió que le dejara compartir su lecho. Zhao se lo permitió pero no le tocó ni un cabello. Luego descubrió al borde del camino cofrecillos llenos de oro, pero no tomó nada de lo que no le pertenecía. La última prueba era muy arriesgada. Zhang llevó a sus discípulos a lo alto de un risco y señaló un melocotonero que crecía a mitad de camino. Entonces les dijo:

—Aquel de vosotros que coja los melocotones de este árbol alcanzará la inmortalidad.

El risco era tan alto y empinado que ninguno de ellos se atrevió a hacerlo, pero Zhao no se asustó. «Si el maestro inmortal me protege, ¿qué tengo que temer?», pensó; e inmediatamente saltó por el borde de la roca y llegó sin ningún percance al árbol. Lanzó a su maestro los melocotones uno a uno y éste los repartió entre sus discípulos guardando uno para Zhao. Volver a trepar hasta lo alto del risco era más difícil, y el joven no se atrevía a moverse en ninguna dirección. Entonces Zhang le tendió la mano por encima de la roca y sus discípulos vieron cómo su brazo se alargaba y alargaba hasta alcanzar a Zhao, tiraba de él y lo ponía a salvo.

Cuando hubieron comido los melocotones, Zhang dijo que descendería él mismo a por más y de un gran salto se precipitó no a medio camino sino a la misma base del risco. Sus discípulos, tumbados boca abajo, contemplaban la diminuta figura. Sólo Zhao y otro compañero siguieron al maestro lanzándose a su vez desde lo alto. Llegaron sin novedad junto a Zhang, que los esperaba con una sonrisa en los labios por todo comentario a la vacilación de los demás. Finalmente los tres ascendieron al cielo para unirse a los inmortales, y nunca más se les volvió a ver.

# Los ocho inmortales

En el siglo XIII, durante la dinastía Yüan, apareció en el folklore popular un grupo de ocho deidades taoístas al que se conoció como «los ocho inmortales». Estos pertenecían en parte a la realidad, pues algunos eran figuras históricas, y en parte al mundo de la imaginación. Por lo menos uno de ellos, Lü Dongbin, había aparecido ya en los antiguos cuentos taoístas. Ahora se los presentaba en grupo, tal vez porque el número ocho figura entre los favoritos de los chinos, y sus diferentes personalidades representaban distintos tipos humanos, el joven y el anciano, el rico y el pobre, el noble y el mendigo, hombres y mujeres. Con frecuencia aparecen en las pinturas chinas, ya en grupo, ya separadamente, y adquieren la forma de estatuillas de porcelana pintadas o laqueadas y utilizadas para la decoración de toda suerte de utensilios. Cada uno de estos inmortales tiene su propio emblema por medio del cual se le puede identificar. Son seres amables y excéntricos.

El primero de los ocho inmortales es Li Tieguai, y es también uno de los más famosos del grupo. Su nombre significa Li Muleta de Hierro, y su emblema era una muleta y una calabaza llena de medicinas milagrosas. Li era un perfecto taoísta cuyo espíritu podía abandonar el cuerpo y vagar por todo el universo. Una vez, antes de emprender uno de estos viajes, Li dio instrucciones a uno de sus discípulos para que le guardara el cuerpo durante al menos siete días. Si para entonces no había regresado debía quemar el cuerpo. Llegado el sexto día, llamaron al guardián a la cabecera de su madre que agonizaba. El, que había cuidado del cuerpo del maestro con mucha atención, se encontró en la duda: o bien lo quemaba antes de partir, o lo dejaba sin más. Optó por la primera solución, ya que el cuerpo parecía completamente muerto, y corrió a la vera de su madre.

Al séptimo día, Li regresó y al encontrar su cuerpo reducido a cenizas su desconsolado espíritu se vio obligado a seguir errante sin tener donde descansar. Sucedió entonces que un mendigo cojo murió cerca de los bosques aquel mismo día, y aun a pesar suyo, Li no



tuvo más remedio que entrar en aquel cuerpo. Los dioses le dieron una muleta para sostenerse y una cinta de oro para el pelo. Entonces Li fue a buscar al discípulo que había quemado su cuerpo y en lugar de reñirle devolvió a la vida a su madre con una medicina de las que llevaba en su calabaza.

Li pasó el resto de su vida vagando de un lado a otro y convirtiendo a la gente al taoísmo. Por las noches colgaba su calabaza y encogiéndose entraba en su interior y la utilizaba como refugio. Una vez encontró a un hombre que pensó sería un buen taoísta. Como prueba invitó al hombre a seguirle al interior de un horno encendido, pero aquél no tenía suficiente fe como para hacerlo. Entonces Li echó una hoja a un estanque y le pidió que se subiera en ella, pero el hombre aún tenía demasiado miedo y se negó. Li, suspirando, se subió a la hoja y desapareció.

El segundo de los ocho inmortales es Han Zhongli, que se presenta como un anciano con un abanico de plumas. Se dice que en tiempos fue mariscal del Imperio y posteriormente eremita, y que aprendió el camino de la inmortalidad. Otros dicen que era monje taoísta que cambiaba en oro y plata los demás metales sirviéndose de la alquimia, y después utilizaba aquellas riquezas para salvar a la gente en períodos de hambre.

Uno de los hombres convertidos por Han Zhongli se llamaba Lü Dongbin y llegó a ser uno de los ocho inmortales. Su personaje se basa en un hombre del siglo IX que pasó sus exámenes de funcionario público a la edad de sesenta y cuatro años. Después de convertirse al taoísmo viajó por todo el país llevando a cabo milagros menores y ayudando a quien lo necesitaba. Una vez llegó a un lugar donde ciertos albañiles estaban levantando un edificio y se habían quedado sin comida; creó entonces un estanque lleno de peces para que pudieran comer los trabajadores hambrientos. En otra ocasión encontró a una mujer escrupulosamente honrada en todos sus tratos y como recompensa convirtió en vino finísimo el agua de su pozo. A Lü se le representa siempre con una espada en la mano con la que ahuyentaba a los demonios, y un espantamoscas en forma de cola de caballo.

El cuarto y quinto de los inmortales eran Zhang Goulao y Tsao Guojiu, ambos también ancianos. Zhang aparece siempre montado en un asno blanco que es capaz de doblar y guardar en su hatillo como si fuera un pedazo de papel, cuando no lo necesita. Este personaje se basa en un hombre santo que vivió en el siglo VIII, Tsao Guojiu, cuyo nombre significa «Tío del emperador» y fue, en efecto, tío de una emperatriz del siglo XI. Tsao tenía un hermano de justificada mala fama, que mató a un ciudadano honrado y sedujo a su mujer. El espíritu del asesinado se apareció a un juez incorruptible llamado Bao, quien inmediatamente hizo arrestar al hermano de Tsao. Para proteger a su hermano, éste intentó matar a la esposa; pero un taoísta la salvó y fue a su vez a quejarse ante el juez, el cual hizo meter en la cárcel a ambos hermanos.

La emperatriz suplicó a su esposo que liberara a sus tíos y de hecho éste proclamó una amnistía en todo el territorio y ambos quedaron en libertad. El agradecimiento de Tsao llegó a tal nivel que, renunciando a su vida mundana, se entregó en cuerpo y alma al taoísmo. Se le representa siempre con vestiduras de corte llevando consigo la tablilla de madera que se utiliza durante las audiencias del emperador.

Los inmortales sexto y séptimo son jóvenes. Uno de ellos, Han Shiangzi, era sobrino de un poeta del siglo IX y aparece siempre llevando flores o melocotones. Según la leyenda, murió al caer de un melocotonero, pero milagrosamente volvió a la vida. El otro joven inmortal es Lan Tasiho, actor y cantante que solía cantar en las calles sobre lo fútil de la vida en la tierra, amonestando a la gente para que se convirtiera al taoísmo.

El último de los ocho inmortales, y única mujer del grupo, es Ho Shiangu, y lleva siempre consigo una flor de loto. Se trata de una joven que se perdió en las montañas. Lü Dongbin la salvó y le entregó un melocotón a la vez que le enseñaba el camino de su casa. Al comer el melocotón recibió el don de profecía, y posteriormente el de la inmortalidad.

A los chinos les gustan sus ocho inmortales, pero no los veneran seriamente, sino más bien como nosotros a Papá Noel. Son figuras un tanto extravagantes que se supone vagan por el mundo, a veces solas, a veces en grupo, predicando la distanciación de la vida terrena y ayudando a los que se encuentran en dificultades.



# Espíritus y demonios

En la antigüedad, el pueblo chino creía que los animales podían adoptar forma humana y vivir entre la gente sin ser notados. Muchos de esos extraños animales utilizaban sus poderes mágicos para vivir muchos, muchísimos años, incluso siglos. Con frecuencia tenían malas intenciones respecto a los seres humanos, y aunque no fueran malos, por lo menos siempre eran considerados como seres antinaturales y mirados con recelo, sobre todo cuando adoptaban formas humanas. A veces, incluso los objetos inanimados contenían malos espíritus que podían adoptar formas distintas y causar la desgracia y la enfermedad en los hombres. Siempre que se descubrían animales u otros espíritus en su forma antinatural, se los exorcizaba como si fueran un espíritu o demonio.

Ser poseído por un espíritu o demonio era muy similar a tener relación con fantasmas. Como éstos, los espíritus generalmente evitaban la luz del día y aparecían y desaparecían de repente. En muchos casos el exorcismo obligaba al espíritu a regresar a su forma original y cuando aparentemente perdía sus poderes mágicos se le podía capturar y matar como a un miembro normal de la especie.

Muchas de las historias sobre espíritus y demonios eran variaciones populares sobre los temas de espectros y fantasmas, y solían asustar a los oyentes congregados en torno a una lámpara vacilante. Como las historias de espectros, y sobre todo en el campo y en el silencio de la noche, parecían medio reales, y a la gente no le costaba imaginarse a sí misma protagonizando historias como la siguiente:

Hubo una vez un hombre rico que vivía en Hejian, en el norte de China. En su patio se levantaba un enorme almiar del cual cada día los sirvientes tomaban lo que necesitaban para los usos domésticos. Acabó por hacerse allí un gran agujero y una zorra eligió el lugar para establecer su guarida. Un día, en forma de anciano, la zorra se presentó al dueño de la casa y le invitó a tomar una copa. Al principio, el hombre, amablemente, rechazó la invitación, pero tanto insistió el anciano que llegó a convencerle, y agachándose se dispuso a entrar en el agujero del almiar.

Ante su gran asombro vio como dentro de aquel agujero había una sucesión de estancias amuebladas con todo lujo, a cual más rica y confortable. La zorra y el hombre se sentaron y unos sirvientes les llevaron té y vino para beber. En el interior de la

habitación estaba tan oscuro que el hombre no podía distinguir si era de día o de noche y se quedó mucho rato charlando amistosamente con la zorra. Pasado un rato acabaron de beber y ante los atónitos ojos del hombre, tazas, vasos, botellas y tetera desaparecieron en la nada. Aunque no salía de su asombro, el hombre estaba a gusto en compañía de la zorra y decidió hacerle una pregunta que hacía mucho tiempo le inquietaba. La zorra llevaba bastante tiempo viviendo en el almiar, pero llegada la noche desaparecía y no se la volvía a ver hasta el alba. Nadie había podido seguirla nunca para saber dónde se metía, y ahora él no quería desaprovechar la ocasión de satisfacer su curiosidad, ya que su huésped era tan amable.

—Tengo amigos que me invitan a tomar una copa —explicó la zorra.

—¿Podría ir yo también? —preguntó el hombre.

Al principio la zorra dijo que era imposible, pero como el hombre se lo pidiera una y otra vez, acabó por ceder.

—Agárrate fuerte —dijo la zorra; y tomando al hombre del brazo tiró de él.

Empezaron a volar por el aire, como el viento, y al poco tiempo llegaron a una ciudad que el hombre no había visto nunca. La zorra se dirigió directamente a una taberna donde un grupo de gente celebraba una fiesta. Entraron tranquilamente, subieron unas escaleras y se situaron en un rellano desde donde podían contemplar todo lo que sucedía debajo, y particularmente las comidas que se servían. De pronto la zorra bajó, se sirvió comida y bebida y regresó junto al hombre. La gente de la taberna no se enteró de nada ni hizo el menor gesto para impedir aquello. El hombre, agradecido, aceptó la comida que le ofrecía su extraña compañera.

Mientras estaban comiendo y bebiendo el hombre se fijó en uno de los comensales que iba vestido de rojo y tenía delante un plato de *cumquats,* deliciosas naranjas en miniatura.

—¿Podrías ir a buscarme un poco de aquella fruta? —preguntó a la zorra.

—No, no puedo —le contestó ella—. Ese es un hombre irreprochable, no puedo acercarme a él.

El hombre se quedó silencioso y pensativo. «Si la zorra no puede acercarse a un hombre justo y bueno, ¿por qué se acerca a mí» —se



decía—. «No dudó en ningún momento en acercárseme; incluso hemos bebido y comido juntos. Eso quiere decir que no soy del todo bueno.» Y en aquel mismo momento decidió ser mejor y abandonar la compañía de espíritus alegres y cordiales pero peligrosos.

Apenas se había formulado la decisión en su mente cuando perdió el equilibrio y sintió que se precipitaba escaleras abajo, aterrizando de golpe entre los comensales de la fiesta.

La gente se quedó atónita al ver a un extranjero entre ellos, así, de pronto, y cuando el hombre miró hacia arriba se dio cuenta de que no había ni escaleras ni descansillo alguno. El y la zorra habían estado en una viga del techo y nadie los había visto.

Al principio los clientes de la taberna creyeron que estaban hechizados y estaban dispuestos a atacar al hombre como si se tratase de un espíritu maligno, pero él les contó lo que había sucedido y creyeron su extraña historia. Cuando les preguntó dónde se hallaba, le dijeron que en un lugar llamado Yütai, en la península de Shandong, a unos mil *li* (quinientos kilómetros) de su casa.

Entonces, entre todos los comensales de la fiesta hicieron una colecta para recoger dinero de modo que él pudiera regresar a su casa en Hejian. En cuanto a la zorra nadie la volvió a ver más, y desde luego no regresó para nada al almiar. Se había volatilizado.

# El pabellón encantado

En tiempos antiguos, cuando los viajeros solían pasar varios días y noches de camino, existía la costumbre de preparar pabellones a lo largo del camino, lugares de reposo donde se pudiera dormir y comprar comida en las casas vecinas, que se ocupaban a su vez de cuidar de dichos edificios. Durante el siglo III, al sur de la ciudad de Anyang había uno de esos pabellones, en el cual nadie se atrevía a detenerse porque estaba encantado: todo el que estaba tan loco como para pasar allí la noche aparecía muerto a la mañana siguiente, sin herida ninguna pero con grandes muestras de dolor en el rostro.

Una noche, un joven estudiante llegó a aquel pabellón decidido a pasar la noche allí antes de continuar su viaje al sur. La gente que cuidaba del lugar le hizo toda suerte de advertencias instándole a que no lo hiciera, pero el muchacho conocía bien las artes mágicas y decidió quedarse:

—Creo que sé cómo cuidar de mí mismo —dijo con firmeza—, y además ya va siendo hora de que alguien aclare de una vez el misterio de este pabellón.

Murmurando entre sí, la gente le dejó comida y bebida y se apresuró a regresar a su casa, tal era el miedo que tenían. Se hizo de noche y el estudiante se instaló en una de las habitaciones y empezó a leer en voz alta.

Continuó leyendo un largo rato hasta que, en el silencio profundo, oyó unas pisadas fuera y mirando hacia allá vio una figura vestida de negro que se acercaba por delante del pabellón. De pronto una voz gritó:

—¡Amo del pabellón!

Y otra voz respondió:

—Aquí estoy, ¿qué quieres?

El hombre vestido de negro dijo:

—Veo que hay alguien en el pabellón.

—Sí —replicó la voz—. Un estudiante que está leyendo sus libros, pero todavía no está dormido.

El hombre de negro suspiró y se fue.

El estudiante prosiguió su lectura y al cabo de un rato una figura con un sombrero rojo se le acercó.

—¡Amo del pabellón! —clamó una voz.

—Aquí estoy, ¿qué quieres? —respondió la voz del amo.

—Veo que hay alguien en el pabellón.

—Sí, un estudiante que está leyendo sus libros, pero todavía no está dormido.

Como el primer visitante, la figura de rojo suspiró y se fue. El estudiante esperó un rato y entonces él mismo salió fuera del pabellón y gritó:

—¡Amo del pabellón!

La voz le replicó:

—Aquí estoy, ¿qué quieres?

—Veo que hay alguien dentro del pabellón.

—Sí, un estudiante que está leyendo sus libros, pero todavía no está dormido.

El estudiante suspiró como habían hecho los demás, y luego preguntó:

—¿Quién era el hombre vestido de negro?

La voz le contestó:

—La cerda negra de la casa del norte.

—¿Y quién era el hombre con el sombrero rojo?

—El viejo gallo de la casa del oeste.

Y entonces el estudiante preguntó:

—¿Y tú quién eres?

—Yo soy un viejo escorpión —dijo la voz.

El estudiante entró de nuevo en el pabellón y siguió leyendo en voz alta sus libros sin osar quedarse dormido. Al amanecer, los que cuidaban del pabellón regresaron y se quedaron atónitos al verle sano y salvo.

—¿Cómo conseguiste salir vivo? —le preguntó uno de ellos.

El estudiante no respondió a su pregunta, pero le dijo sin vacilar:

—Tráeme una espada y os liberaré de vuestros demonios. Desde hoy ningún viajero volverá a morir en este pabellón.

Uno de los hombres corrió a buscar una espada y el estudiante los llevó al rincón del pabellón de donde había salido la voz del amo. Allí, escondido en una grieta del muro, encontró un inmenso escorpión dispuesto a atacar, con la cola venenosa curvada preparada para cumplir su cometido. El estudiante le dio con la espada un fuerte tajo y lo mató al instante. A continuación pidió que le llevaran a la casa del norte donde encontró una vieja cerda negra hocicando entre la hierba. Ante la sorpresa de la gente la mató también. Finalmente lo llevaron a la casa del oeste donde encontró un viejo gallo con una gran cresta roja. Sin decir una palabra le cortó la cabeza.

El estudiante explicó entonces cómo había

descubierto quiénes eran los demonios. Y como había prometido, a partir de aquel día los viajeros pudieron pasar la noche a salvo en aquel pabellón y proseguir al día siguiente su viaje después de un buen descanso.

## El pájaro nocturno

Erase una vez un hombre de la región de Chu, en China central, cuyo nombre era Li y tenía un magnífico carácter. Era cazador, y cada vez que salía de caza regresaba con abundantes piezas, de modo que su familia se las arreglaba para vivir bien. Cerca de su casa vivía un hombre muy rico llamado Dong, que tenía una casa con muchas habitaciones en torno a un patio. Desgraciadamente, la madre de Dong padecía una terrible enfermedad. Durante el día se sentía perfectamente bien, pero por las noches sufría tales dolores que no podía resistirlos. Sentía como si alguien, con un cuchillo, la apuñalara una y otra vez por la espalda y como si golpearan sus piernas y brazos hasta dejarlos negros y morados. Llevaba un año con aquellos sufrimientos y no había médicos ni acupuntura capaz de curarla.

Un día, un sabio y famoso adivino pasó por aquella zona y visitó a Dong, quedándose a dormir en su casa. Como de costumbre, la madre de Dong gritó de dolor por la noche y a la mañana siguiente el adivino preguntó:

—¿Qué enfermedad atormenta a tu madre que grita como si la estuvieran torturando?

Dong sólo pudo contestar:

—No sabemos cuál es la causa de sus sufrimientos y nada puede curarla. Hace ya un año que padece de este modo y temo que, si esto continúa, pronto no podrá resistirlo ya y no tendrá fuerzas para seguir viviendo.

Al oír esto, el hombre sabio utilizó sus poderes de adivinación para descubrir la causa de aquella enfermedad y dijo a Dong:

—Hoy encontrarás a un hombre con un arco en la orilla del camino. Prepara regalos y ropa e invítalo a pasar la noche en tu casa, porque él descubrirá la causa de la enfermedad de tu madre y podrá curarla.

Tras estas palabras el adivino siguió viaje.

Dong hizo lo que él le había dicho: preparó regalos y ropa y esperó a la orilla del camino. Al poco tiempo pasó Li, el cazador, con su arco y sus flechas. Dong le saludó y le suplicó que fuera a pasar la noche a su casa, pero Li le contestó:

—Soy un cazador y hoy todavía no he cazado nada. ¿Por qué me detienes? Aún es pronto y no puedo abandonar mi trabajo.

Dong le explicó cortésmente:

—Mi madre sufre terriblemente y casi ya no puede soportarlo, y un sabio adivino me dijo que si tú pasabas la noche en mi casa, ella se curaría. Por favor, sé mi huésped por esta noche y yo te daré comida y bebida para compensarte del tiempo que dejes de cazar.

Li asintió entonces y juntos se dirigieron a la casa de Dong, donde comieron y bebieron, y al llegar la noche pasaron a distintos aposentos para dormir.

La luna brillaba esplendorosa, y Li, que no podía dormir, empezó a dar vueltas por la casa y el patio y de pronto vio un inmenso pájaro descender del cielo y ponerse a picotear en la puerta del dormitorio de la madre de Dong. Al instante empezaron los lamentos y los gritos desde el interior. Li sospechó enseguida que el pájaro era el espíritu demoníaco que torturaba a la pobre mujer; regresó corriendo a su habitación, tomó el arco y las flechas y volvió al lugar donde estaba el pájaro y le disparó varias flechas. El ave desapareció y los gritos cesaron.

A la mañana siguiente Li dijo a Dong:

—Creo que he destruido la causa de la enfermedad de tu madre.

—¿Cómo lo hiciste?

—La noche pasada, a eso de medianoche, paseaba por el patio cuando de pronto vi un inmenso pájaro de color rojo con dos ojos como puntas de oro. Este se dirigió directamente a la habitación de tu madre y empezó a picotear la puerta. Oí que ella chillaba, fui a por mi arco y mis flechas y le disparé varias veces. Pregúntale a tu madre cómo ha pasado la noche, pues en cuanto el pájaro desapareció, ella quedó en silencio.

Dong, muy contento, salió a buscar las huellas del pájaro. Al principio no pudo encontrar nada, pero luego, en un rincón de la cocina, vio un gran mortero de madera con dos flechas clavadas y huellas de sangre en el mismo lugar donde las puntas de las flechas tocaban la madera.

—¡Aja! —exclamó Dong—, así que es tu

espíritu, mortero, el que ha causado a mi madre tales tormentos. Voy a acabar contigo.

Y tomó el mortero y lo lanzó al fuego, vigilándolo hasta que estuvo seguro de que había desaparecido convirtiéndose en cenizas para siempre, cenizas que lanzó al viento.

De aquel modo el espíritu del mortero quedó destruido y la madre de Dong quedó completamente curada.

## La dama Blanca

La ciudad de Hangzhou se levanta en las orillas del lago Occidental, el más hermoso de toda China. Aunque no es de dimensiones muy grandes, da una sensación de mucha amplitud debido a las bellísimas colinas bajas que lo rodean. Entre ellas se encuentran maravillosos pabellones y pagodas, y dondequiera que uno mire, la vista es muy hermosa. La ciudad en sí fue siempre un importante centro comercial y alcanzó gran renombre gracias a sus sedas, bordados y té. Por otra parte, la combinación de ciudad y lago atrajo siempre a muchos turistas y creadores a lo largo de los siglos, y ellos dieron pie a la leyenda que vamos a contar, una de las historias favoritas en toda China.

Había una vez un joven de unos veinte años llamado Shüshuan, que se había quedado huérfano durante su infancia, y vivía con su hermana y la familia de ella en la ciudad de Hangzhou. Shüshuan trabajaba en la tienda de su tío y un verano, durante la festividad de los difuntos, o festival de la caridad y la brillantez, acudió al templo situado en el otro extremo del lago a quemar incienso y ofrecer sacrificios por el alma de sus difuntos padres. Acabada la ceremonia, anduvo por las orillas del lago disfrutando del sol primaveral.

De pronto empezó a llover y Shüshuan buscó una barca que pudiera llevarle a la otra orilla, a la ciudad. Encontró una y, cuando empezaba a apartarse de la orilla, alguien gritó que le permitieran ir también hasta Hangzhou. Shüshuan se volvió para ver quién era y pudo contemplar a una hermosa dama toda vestida de blanco, es decir de luto, ya que el blanco es en China el color de duelo, y junto a ella una muchacha vestida de azul que parecía ser su criada.

El barquero regresó a la orilla y pronto las dos jóvenes estuvieron sentadas en la barca junto a Shüshuan. La dama de blanco era muy hermosa y él se sintió halagado por su gentileza y pronto empezaron a hablar.

—Mi nombre es Blanca —dijo ella—. Hace poco me quedé viuda y como hoy es la festividad de los difuntos he ido a atender la tumba de mi marido y a ofrecer sacrificios por su alma. Me fui de mi casa tan precipitadamente esta mañana que me olvidé de llevarme dinero y no tengo bastante para pagar la barca, ¿podría pagar por mí? Cuando tenga tiempo, pase por mi casa y le pagaré la deuda. Vivo cerca del Puente de la Flecha.

Shüshuan estaba deseando poderla ayudar y cuando llegaron a la otra orilla pagó al barquero. Como seguía lloviendo le ofreció a la dama acompañarla con el paraguas, y al final se lo prestó diciendo que al día siguiente pasaría por su casa a recogerlo.

Durante aquella noche no pudo dormir y por más que daba vueltas y vueltas en la oscuridad, no se podía quitar de la cabeza a aquella dama de blanco. Al día siguiente pidió la tarde libre y se dirigió directamente hacia el Puente de la Flecha. Preguntó a la gente que vivía por allí y nadie sabía nada de la joven viuda ni de donde vivía. Por suerte pasó por allí la muchacha vestida de azul que se dirigía a hacer un recado para su ama, y le acompañó a una gran casa no muy lejos de allí. La dama le recibió en una habitación magníficamente decorada y le ofreció vino y comida. Le habló tímidamente pero sin ocultar que sentía por él gran afecto.

—Nuestro encuentro en la barca fue una cosa del destino —dijo—. Espero que tenga por mí el mismo afecto que yo por usted y se quiera casar conmigo.

Shüshuan, al oír estas palabras, se sintió loco de felicidad; pero permaneció en silencio pues no podía casarse con ella, ya que no tenía dinero y ni siquiera vivía en casa propia, sino como huésped en casa de su hermana.

—¿No me contesta? —preguntó la dama Blanca.

Shüshuan confesó entonces su pobreza, a lo que ella replicó:

—Un problema así se resuelve fácilmente.

Y pidió a la muchacha que le trajera cincuenta monedas de plata y se las entregó envueltas en un paño blanco. Le aseguró que

tenía muchas más si él las necesitaba, y él las tomó y prometió regresar pronto.

En su camino de regreso compró un pollo asado y un pato, y muchos platos de acompañamiento, así como una gran botella de vino. Cuando llegó a casa de su hermana invitó a ésta y a su marido a comer con él. Ambos estaban sorprendidos al ver que había podido comprar tanta comida y esperaban una explicación. Poco después Shüshuan introdujo en la conversación el tema de su futuro matrimonio y les enseñó las monedas de plata que la dama Blanca le había dado. Su cuñado tomó las monedas y las examinó cuidadosamente. De pronto exclamó:

—¡Esto es terrible! ¡Estamos perdidos!

Y señalaba con mano temblorosa la marca impresa en las monedas.

—Es la señal de la tesorería real. Este dinero debe ser robado —dijo—. Hace unos días unos ladrones entraron en el tesoro, y hay orden de capturarlos. Se ofrece una recompensa por la información y cualquiera que les cobije será duramente castigado.

Rápidamente envolvió las monedas y se precipitó a casa del juez, quien inmediatamente envió unos hombres para que arrestaran a Shüshuan, acusado de robo.

Shüshuan, aterrado, contó al juez cómo había llegado a sus manos el dinero, y la policía se dirigió inmediatamente a la casa próxima al Puente de la Flecha, pero estaba cerrada y parecía abandonada. Los vecinos dijeron que estaba vacía pero hechizada. Los últimos inquilinos habían muerto misteriosamente, y por la noche, en la oscuridad, se habían visto en la casa extraños movimientos.

Después de oír estas historias los hombres temían entrar, pero haciendo acopio de valor abatieron la puerta y penetraron en el interior. Estaba oscuro y por un momento se quedaron cegados sin lograr ver nada. Luego, en lo alto de las escaleras, vieron una mujer en pie toda vestido de blanco. Uno de los hombres estuvo a punto de golpearla pero se oyó un tremendo ruido como un trueno y la dama desapareció. En su lugar quedó un montón de monedas de plata.

Fácilmente se identificó las monedas como las que habían sido robadas del tesoro y Shüshuan quedó en libertad, aunque, por haberse visto mezclado en aquel asunto, fue desterrado de la ciudad.

Gracias a la amabilidad de unos amigos, Shüshuan encontró trabajo en la vecina ciudad de Suzhou y se trasladó a vivir allí. Pasados seis meses, cuando ya se había reconciliado de nuevo con la vida, un día estaba sentado en su casa cuando llamaron a la puerta. Shüshuan abrió y ante su horror vio que había una silla de mano y en ella la dama Blanca y la criada.

—¡Demonio, ladrón! —gritó él al verla.

Pero ella le sonrió y le pidio hablar con él en privado.

—Todo fue un terrible error —dijo cuando se encontraron ya en el interior de la casa—. ¿Cómo pudiste pensar que yo fuera un ladrón? Ese dinero me lo dejó mi difunto marido y no tengo ni idea de su procedencia. Me asusté mucho cuando oí que te habían arrestado, así que persuadí a mis vecinos para que contaran la historia de la casa hechizada. Estaba precisamente recogiendo el dinero cuando la policía irrumpió en la casa y me vio. Me dio tanto miedo que huí. Y los hombres estaban tan asustados por las historias de fantasmas que les habían contado los vecinos que su imaginación hizo el resto. He tardado seis meses en averiguar tu paradero. He traído más dinero para que podamos casarnos y vivir juntos como esposos.

Hablaba de modo tan convincente que Shüshuan sintió que toda su hostilidad y recelo desaparecía. Ella hizo amistad con el patrón de Shüshuan y su esposa y entre todos le convencieron de que la perdonara, y así, al poco tiempo, se casaron.

Fueron muy felices, y la dama Blanca cuidaba muy bien de Shüshuan, y gracias a su dinero él podía hacer lo que quería y vivir con comodidad. Aproximadamente un año después de la boda hubo un gran festival religioso en un templo situado fuera de la ciudad y los amigos de Shüshuan le invitaron a asistir con ellos. Su mujer, recelosa, no quería permitirle ir, pero al final cedió con tres condiciones. Primera: no debía de hablar con ningún monje o sacerdote; segunda: no debía entrar en el templo sino participar solamente en las fiestas del exterior; tercera: no debía regresar tarde. El prometió las tres cosas y partió con sus amigos.

Durante un buen rato disfrutaron de las diversiones que había al aire libre, pero al poco los amigos de Shüshuan decidieron

entrar en el interior del templo a echar una ojeada.

—He prometido solemnemente a mi mujer que no entraría —dijo él.

—No te preocupes, nunca lo sabrá. No lo diremos a nadie —le aseguraron sus amigos.

Shüshuan cedió y los siguió hacia el interior del edificio. En el templo había muchos monjes y sacerdotes en oración y rindiendo culto y entre ellos un sacerdote excepcional llamado maestro Fahai. Este en cuanto vio a Shüshuan exclamó:

—¡Traedme a este hombre, tengo que hablar con él!

Pero Shüshuan había salido ya del templo y antes de que nadie pudiera alcanzarle regresaba a casa a toda prisa. Se acercaba ya a la orilla de un río cercano al templo cuando vio una barca que casi volaba hacia él y, ante su sorpresa, a su mujer, acompañada de su criada, que lo llamaba ansiosamente:

—¡Rápido, Shüshuan, salta con nosotras a la barca! —le decía.

Shüshuan volvió un momento la cabeza para ver si le seguían y en aquel momento el maestro Fahai le dio alcance. También él vio la barca con las dos mujeres y extendiendo su mano hacia ellas las maldijo:

—¡Partid, demonios, y no molestéis más a este joven! —gritó con una voz terrible.

Las dos mujeres se echaron hacia atrás aterradas y la barca se volcó, desapareciendo con ellas debajo de las aguas sin dejar rastro.

El maestro Fahai dijo a Shüshuan:

—En cuanto te vi supe que estabas bajo el hechizo de un poderoso demonio. Ahora la he hecho desaparecer, pero si vuelve a molestarte dímelo y me las veré con ella.

Shüshuan se quedó profundamente desalentado por los acontecimientos y cuando al poco tiempo el emperador proclamó una amnistía general, se apresuró a empaquetar todas sus cosas y a regresar a Hangzhou.

Cuando llegó a casa de su hermana, ella y su marido le recibieron con mucho cariño pero con un reproche:

—¿Por qué no nos dijiste que venías? Además hubieras tenido que comunicarnos que te habías casado. Nos hubiera gustado celebrar la boda. De todos modos tu mujer está aquí, así que la celebraremos esta noche.

Y allí estaba la dama Blanca, sentada junto a su hermana como un miembro más de la familia. Shüshuan iba a protestar pero la dama Blanca le miró como nunca hasta entonces había hecho y él permaneció en silencio. Cuando estuvieron solos ella le dijo:

—Aunque te traté con todo mi amor y respeto, y aunque fuimos felices juntos, tú preferiste dar crédito a las palabras de aquel entrometido sacerdote. ¡Desagradecido miserable! Ahora ya conoces mis poderes, así que ten cuidado. Una sola palabra desobediente y convertiré Hangzou en un baño de sangre.

Shüshuan se quedó aterrado y apenas si pudo murmurar que creía que se había ahogado en el río. Temiendo por su mujer y a la vez por su hermana y su familia, decidió que lo mejor era fingir que todo iba bien.

Al día siguiente salió de la casa sintiéndose demasiado desgraciado para hacer nada. Sólo le confortaba pensar en el maestro Fahai, pero estaba muy lejos, en Suzhou. Se acercó al lago y se quedó allí un rato pensativo, pensando que tal vez todos sus problemas acabarían si se tiraba al agua para morir en ella. Estaba en esto cuando oyó una voz a su espalda que le decía:

—¿Cómo puede un hombre tener en tan poco su vida? Si tienes problemas deja que te ayude.

Shüshuan se volvió y vio que estaba allí el maestro Fahai. Cuando éste oyó el relato de lo que había sucedido en Hangzhou dio a Shüshuan su cuenco de mendigo.

—No tengas miedo —dijo—, toma este cuenco y cuando tu mujer no mire colócaselo en la cabeza y presiona hacia abajo con fuerza. Sigue apretando hasta que el cuenco alcance el suelo. Yo estaré allí para ayudarte.

Con el cuenco escondido entre sus ropas, Shüshuan regresó a su casa y encontró a la dama Blanca sentada y temblando de rabia porque él había salido sin su permiso. El, despacio, se colocó a sus espaldas y, antes de que se diera cuenta, le colocó el cuenco en la cabeza y presionó con toda la fuerza de que fue capaz. Mientras apretaba sintió como ella cedía lentamente a la vez que le suplicaba:

—Marido, marido, no me hagas esto. Recuerda nuestro amor y nuestra vida juntos.

Pero Shüshuan, sordo a sus palabras, apretaba hacia abajo sin cesar hasta que llegó al suelo. En este momento apareció el maestro Fahai y colocando suavemente su mano sobre el cuenco dijo:





—Muestra tu auténtica forma, demonio. ¿Quién eres?

Desde debajo del cuenco una voz respondió:

—Soy una pitón blanca que tiene muchos siglos. El movimiento del viento y las mareas me llevó a vivir en el lago Occidental y allí me hice amiga de un pececillo azul que se convirtió en mi sirviente. Cuando vi a Shüshuan no pude evitar enamorarme de él. No le he hecho ningún daño, ¿no? ¡Por favor, ten piedad de mí!

El maestro Fahai cantó algunos ensalmos y luego dio la vuelta al cuenco. En su interior había una pequeña serpiente blanca enroscada y un diminuto pez azul. Cubrió el cuenco y se lo llevó fuera de la ciudad, donde ordenó a los habitantes que construyeran una alta pagoda y la llenaran de reliquias santas, colocando en sus cimientos el cuenco sellado.

—Mientras la pagoda siga en pie —dijo— los dos demonios seguirán apresados debajo.

Tras la construcción de la pagoda Shüshuan se hizo monje y siguió al maestro Fahai.

La pagoda siguió durante muchos años a las orillas del lago Occidental, pero en 1934 se derrumbó por abandono. Nadie vio entonces una pitón blanca y un pez azul salir de entre los cascotes y dirigirse al agua, tal vez porque en aquel momento nadie miraba.

## Historia de la dama llamada Ren

En tiempos de la dinastía Tang vivía un hombre llamado Zheng y era uno de tantos jóvenes brillantes que poblaban la rica cosmopolita capital de China, la ciudad de Chang'an, situada en la parte oriental del país.

Una tarde de verano, Zheng se dirigía montado en su asno hacia las afueras de la ciudad, más allá de la muralla, donde tenía una cita con unos amigos. Mientras se abría paso entre la multitud que se encaminaba hacia la puerta de la ciudad vio delante de él un grupo de mujeres, y entre ellas una de deslumbrante belleza. Fascinado por su hermosura, Zheng no pudo dejar de mirarla y la siguió durante un rato; y aunque a veces se adelantaba algo a ella, no podía quitarle los ojos de encima.

La muchacha se dio cuenta de la conducta de Zheng y le miró con simpatía, lo que hizo que el joven se atreviera a hablarle.

—¿Por qué una hermosa muchacha como tú va a pie y no va montada sobre la grupa de un animal? —le preguntó.

—Si el que va montado no se ofrece a llevarla a una ¿qué puede hacer una muchacha como yo? —le replicó ella rápidamente con una sonrisa.

—Mi asno no es digno de una belleza como la tuya —dijo Zheng—, pero con gusto te lo daría si me dejaras caminar a tu lado.

Y así siguieron hablando y bromeando hasta que dejaron la ciudad bastante lejos. Para entonces era ya oscuro y Zheng no podía ver dónde estaban, pero al poco rato llegaron ante la inmensa puerta de una casa. La muchacha invitó a Zheng a pasar y muchos criados les recibieron y les sirvieron. La joven dijo que se llamaba Ren y le instó a que pasara allí la noche, de modo que, tras comer y beber hasta saciarse, pasaron la noche juntos. Antes del alba, ella le despertó:

—Ahora tienes que marcharte —murmuró—, que mis hermanos se enfadarían mucho si te encontraran aquí.

Quedaron en volver a verse y Zheng emprendió su camino de regreso a la ciudad. Cuando llegó a las puertas, éstas estaban aún cerradas y se dispuso a esperar con todos los demás madrugadores. Compró comida y bebida en el puestecillo de un turco que acababa de encender su estufa y colgar algunos farolillos, y se puso a hablar con él. Zheng, indicando de dónde venía, le preguntó:

—Si desde aquí uno se dirije hacia el este hay una casa con una inmensa puerta, ¿sabe de quién es?

El turco le contestó que allí no había casa alguna, sino tierra abandonada.

—Hay casas —insistió Zheng—. Acabo de estar en una de ellas.

El tendero le miraba asombrado, pero de pronto vio claramente de qué se trataba y le dijo:

—Sí, ahora me acuerdo. Allí vive el espíritu de una zorra y con frecuencia invita a hombres a pasar la noche con ella. Ya he conocido a tres de sus víctimas, así que eres el cuarto.

—No, debe de ser un error —dijo Zheng, intentando ocultar su consternación.

Y como ya era de día volvió para echar una ojeada y vio que, en efecto, allí donde había estado la casa había solamente un pedazo de tierra abandonada detrás de las ruinas de una puerta. Tristemente regresó a la ciudad y pronto se dio cuenta de que por más que lo intentara no se podía quitar de la cabeza aquel encuentro con una muchacha llamada Ren.

Una semana después volvió a ver a Ren por la calle. Ella se dirigía a una tienda de ropas y él la llamó y se abrió paso entre la gente para acercársele, pero ella escondió su rostro detrás del abanico y no quería hablarle. Finalmente con mucha calma le dijo:

—Ahora que sabes la verdad, ¿por qué te acercas a mí?

—¿Y qué importa si lo sé? ¿Pasa algo?

—Estoy tan avergonzada —replicó Ren— que casi no puedo hablarte. Tenía miedo de que no quisieras saber nada de mí.

Zheng le aseguró que no era así y Ren continuó, cerrando el abanico:

—La gente nos odia porque cree que les hacemos daño, pero yo no soy así. Si no piensas mal de mí, con gusto me casaría contigo y te serviría el resto de mi vida.

A Zheng le ilusionó mucho su proposición y se puso a buscar una morada adecuada para ambos. Ren le daba instrucciones:

—Si vas en dirección al este encontrarás un gran árbol que crece por encima de un muro. Es una calle tranquila y en ella hay una casa que podemos alquilar. ¿Verdad que tu cuñado tiene algunos cacharros de cocina y algunos muebles que puede prestarnos? Si lo hace podremos ahorrar algo de dinero.

Zheng hizo lo que le decía y encontró la casa que Ren le había descrito. Luego fue a casa de su cuñado, que era además uno de sus mejores amigos, un joven rico y disoluto, que al oír hablar de la belleza de Ren se llenó de perversas intenciones. Secretamente siguió a su amigo hasta su nueva casa y esperó entre las sombras a que éste se marchara. Cuando Zheng hubo partido empujó la puerta y encontró a Ren que se ocultaba detrás de una cortina. Sacándola de su escondrijo intentó besarla. Ella se resistió:

—¿Qué intentas hacer? —dijo—. Tal vez Zheng no sea tan guapo ni tan rico como tú, pero es un hombre honrado y se supone que es tu mejor amigo. El sólo me tiene a mí en el mundo, mientras que tú además de tu aspecto tienes dinero e influencia. Puedes tener todas las mujeres que quieras, ¿vas a robar a tu amigo la única cosa que valora?

Ante las palabras de Ren, Wei se avergonzó profundamente de sí mismo y la dejó ir al momento. Después se hicieron muy buenos amigos y con frecuencia se hacían favores, él a ella con su dinero, ella a él con sus poderes sobrenaturales. Ren era una buena esposa y cuidaba de la casa a la perfección. Excepto de la costura, se ocupaba de todo.

—De todos modos los vestidos de las tiendas están mucho mejor de lo que yo podría hacerlos —solía decir.

Con la ayuda de Ren, Zheng prosperó y la pareja vivió feliz. Un día Ren pidió a su marido:

—¿Podrías reunir cinco mil monedas de cobre? Sé en qué se podrían emplear bien.

Como no era una suma muy grande, Zheng la pidió prestada a unos amigos. Con ella, siguiendo el consejo de su esposa, fue al día siguiente al mercado y compró un caballo que tenía una determinada marca en su costado izquierdo. Sus amigos se rieron diciendo que aquel caballo estaba desahuciado y que era tirar el dinero gastarlo en semejante animal. Sin hacerles caso Zheng se lo llevó a su esposa.

Pasados pocos días Ren le dijo:

—Ahora toma el caballo y llévalo al mercado. Véndelo por lo menos en treinta mil monedas.

En el mercado apareció un hombre y le ofreció a Zheng veinte mil monedas, pero él, como había dicho su esposa, no se lo vendió y al caer el día regresó al hogar con el caballo. El hombre, sin embargo, le siguió y finalmente le ofreció treinta mil. De este modo, después de pagar su deuda, aún le quedaron a Zheng veinticinco mil monedas. Todo el mundo estaba asombrado. Resultó que el hombre que lo había comprado había estado al cargo de un caballo con aquella determinada marca en el flanco izquierdo. El caballo había muerto hacía tres años pero él no lo había notificado, sino que había seguido pidiendo dinero para su alimentación y cuidado, lo que le había proporcionado sesenta mil monedas. Ahora el amo reclamaba el caballo, y el hombre estaba desesperado buscando uno que tuviera la misma marca, y no le importaba perder la mitad de sus ilícitas ganancias.

Unos años después encargaron a Zheng

una comisión muy lejos de la capital. El negocio le llevaría bastante tiempo, de modo que sabía que tendría que pasar varias semanas lejos de su casa. Estaba dispuesto a llevar a cabo dicha comisión, pero no quería dejar a Ren por tanto tiempo, así que le pidió que le acompañara. Pero ella prefería quedarse en



Chang'an, y Zheng, incapaz de convencerla, pidió ayuda a Wei. Tampoco eso le sirvió, pues ella parecía decidida. Pero cuando ya iban a dejar la discusión, Ren dijo:

—He oído decir que este año un viaje en esa dirección me traería desgracia. Este es el verdadero motivo por el cual no quiero ir. Tengo miedo de que pueda sucederme algo.

Los dos hombres se rieron.

—Precisamente tú no tienes nada que temer —dijo Zheng—. Tú entiendes a los espíritus mejor que la mayoría de la gente.

Y ambos se burlaron de ella, le dijeron que todo era una tontería y la presionaron para que fuera. Ella no supo encontrar argumentos más convincentes y al final cedió. Wei les prestó sus caballos y seguidos por la doncella de Ren abandonaron la ciudad.

El viaje transcurrió sin ningún problema hasta que alcanzaron las montañas. Entonces, mientras cabalgaban por un sendero estrecho, oyeron que un gran grupo de cazadores y perros se acercaba. De pronto aparecieron perros negros por todas partes y se dirigieron hacia ellos. Zheng miró a Ren y horrorizado vio como ella empezaba a encogerse hasta convertirse en una zorra. La zorra saltó del caballo y echó a correr tan aprisa como le fue posible, pero no logró ir muy lejos: los perros la atraparon. Zheng, que había llegado a aquel lugar, no pudo ver nada de su querida Ren, más que el cadáver de una zorra. Sus vestidos habían quedado sobre la silla de montar, como crisálidas abandonadas por una mariposa, sus zapatos estaban aún en los estribos, y sus joyas esparcidas por el suelo. Su doncella había desaparecido.

Zheng logró arrebatar el cadáver a los perros dando algún dinero a los cazadores y enterró a Ren de forma honorable. Cuando regresó a la capital fue a compartir su dolor con su amigo Wei. Wei estaba aterrado y le dijo:

—Los perros de caza son animales muy fieros, pero nunca había oído decir antes que fueran capaces de matar a una mujer.

—Ren no era una mujer —dijo Zheng.

Atónito, Wei exclamó:

—¿No era una mujer? ¿Pues qué era?

Y Zheng le contó toda la historia y juntos lloraron y lamentaron aquella muerte.

Poco tiempo después ambos llevaron a cabo una peregrinación a su tumba y al recordar su vida se decían que en nada había sido diferente a las demás mujeres excepto en que nunca había cosido. En todos los demás aspectos había sido una esposa perfecta y una mujer virtuosa. Después de todo esto, Zheng siguió prosperando y vivió hasta ser un anciano colmado de honores, pero nunca olvidó a su hermosa esposa-espíritu.

# El dios de detrás de la cortina

En Shandong vivía un hombre llamado Liang Wen que era un ferviente taoísta. En su casa hizo construir un templo taoísta de ciertas dimensiones y alrededor del altar colocó una cortina, ante la cual solía orar.

Pasados diez años estaba un día ofreciendo un sacrificio ante el altar, cuando oyó una voz que se dirigía a él desde detrás de la cortina. La voz decía pertenecer al dios Gaoshan y Liang se apresuró a colocar delante alimentos y vinos para el sacrificio. Pronto se hizo evidente que el dios tenía un apetito voraz, pues comió y bebió cuanto se puso ante él. En compensación parecía capaz de curar toda suerte de enfermedades y la gente empezó a visitar aquel templo que pronto se hizo popular.

Esto duró siete u ocho años y Liang se comportaba siempre con gran humildad y devoción en el templo, sin atreverse jamás a mirar detrás de la cortina que cercaba el altar. Un día, sin embargo, el dios parecía haber bebido en exceso, pues su voz sonaba ebria, pastosa y las palabras confusas. Liang pidió permiso entonces para hacer algo por él, quedando siempre del otro lado de la cortina.

—Puedes meter tu mano por la cortina —dijo el dio llanamente.

Liang lo hizo y se encontró tocando el rostro del dios que parecía tener una extraordinaria barba, y no pudo resistir la tentación de tirar un poco de ella. Ante su sorpresa se oyó un fuerte balido, igual que el de una cabra. La gente que estaba en el templo se quedó atónita y se precipitó junto a Liang para buscar detrás de la cortina.

Pues sí, el dios era una cabra que se había escapado del rebaño de un vecino siete u ocho años antes. Pronto la mataron y se la comieron y el dios no volvió a aparecer en el templo nunca más.



# El colgante en forma de campana

Erase una vez un hombre llamado Wang que tuvo que hacer un viaje muy lejos de su casa. Viajaba en barco y una noche que éste estaba anclado se dirigió a tierra firme en busca de una posada para pernoctar. A la orilla del río se encontró a una muchacha de unos dieciséis o diecisiete años, y al verla sola la saludó y se puso a hablar con ella, preguntándole al final si quería pasar la noche con él. Ella consintió. A la mañana siguiente, Wang se quitó del cuello un colgante de oro en forma de campana, y mientras la muchacha dormía, se lo colocó en la mano sin que ella se diera cuenta.

Cuando la joven se marchó, Weng mandó a su criado que la siguiera para averiguar dónde vivía. Así lo hizo, llegando hasta una casa. De pronto ella desapareció y le dijeron que allí no había ninguna mujer. Tampoco era posible que la muchacha se hubiera ido sin que el criado se hubiera dado cuenta.

Buscando y buscando entró en la pocilga y ante su asombro, el criado vio que una cerda llevaba el colgante en forma de campana en una de sus patas anteriores. Sin una palabra se marchó de la casa corriendo a contarle a su amo lo que había visto. Wang, aterrado, decidió partir inmediatamente de aquel lugar para no volver más.



# El espíritu del Mono

Hubo una vez una montaña que se llamaba la Montaña de las Flores y los Frutos y se elevaba en medio de los mares. En la cumbre de la montaña había una extraña piedra de dimensiones gigantescas, y dotada de poderes especiales, porque cuando Pangu creó el universo se encontraba allí y absorbió las esencias del sol, de la luna, del cielo y de la tierra. Un día, de pronto, la piedra estalló y dio a luz a un huevo también de piedra, que, nutrido por los elementos, poco a poco se transformó en un mono. Este mono, aunque tenía dimensiones normales, no era en absoluto un animal corriente.

Mono exploró los alrededores, saltando y trepando como cualquier mono, comiendo frutas silvestres y bebiendo en las fuentes. Sus compañeros eran los animales de la montaña y los bosques, y sobre todo le gustaba unirse a una tribu de monos, ir donde ellos iban y hacer lo que hacían. Finalmente se convirtió en su guía y los llevó a un refugio detrás de una cascada situada en lo alto de la Montaña de las Flores y los Frutos, y, con el consentimiento de todos, se convirtió en su rey.

Después de haber reinado sobre los monos durante trescientos años empezó a preocuparse por el futuro. Sus súbditos se reían y le preguntaban:

—¿Qué mejor vida podemos desear que la que tenemos? No nos falta comida, ni bebida, ni albergue.

—Hagamos lo que hagamos —contestó—, siempre tendremos que temer a la muerte, pues un día el señor Yama de los infiernos nos reclamará y no tendremos otra alternativa que acudir.

—Oh, rey —dijo un mono—. ¿No has oído hablar nunca de Buda y de los dioses inmortales que nunca mueren?

Mono se alegró mucho al oír estas palabras y dijo:

—Los buscaré para ver si puedo aprender de ellos el camino de la inmortalidad.

Al día siguiente, Mono descendió la montaña y cruzó el mar en una balsa dirigiéndose al mundo de los hombres. Tras pasar un largo período de tiempo perdido por el mundo fue a dar a una montaña donde un leñador le indicó el camino de una gruta que se hallaba en la cima, y donde vivía un hombre santo llamado maestro Subodhi, que enseñaba el camino de la vida eterna. Mono encontró la gruta, pero había una puerta de madera que cerraba la entrada. Mono era demasiado tímido para llamar a la

puerta, así que trepó a un pino y se sentó empezando a desgranar piñones. Al poco rato la puerta se abrió y se asomó un paje que dijo:

—¿Quién está ahí arriba haciendo ese ruido?

Mono bajó a toda prisa por el tronco del pino, hizo una reverencia al paje y le dijo:

—Señor paje, he venido para ser discípulo de tu maestro, no me atrevería a hacer ruido aquí.

—¿Eres uno de los que busca el Camino? —preguntó el paje.

—Sí —dijo Mono.

—¡Qué raro! —replicó el paje—. El Maestro estaba interpretando las escrituras cuando de pronto se volvió a mí y me dijo que debía ir a la puerta y dejar entrar a quien viniera en busca del Camino. Supongo que se refería a ti. Será mejor que entres.

Y condujo a Mono ante el Maestro.

—¿De dónde vienes? —le pregunto éste.

—De la Montaña de las Flores y los Frutos.

—¡Qué mentiroso! ¡Vete de aquí! —dijo el Maestro muy enojado—. ¿Cómo puedes venir de allá cuando hay que atravesar el mar, por no hablar de toda la tierra que hay que recorrer?

Mono protestó y le contó la verdad, la historia de su nacimiento del huevo de piedra. El Maestro, al darse cuenta de que no se trataba de un mono corriente, lo aceptó como discípulo y le dio un nuevo nombre como era costumbre hacer con aquellos que abandonaban su casa para ir en busca del Camino. El mono adoptó así el nombre de Sun el Iluminado, ya que *sun* es una de las palabras chinas que significa mono.

## Confusión en el cielo

Mono pasó veinte años con el maestro Subodhi aprendiendo el Camino de la vida eterna. El maestro le enseñó además muchas otras cosas, trucos como, por ejemplo, el «trapecio de nubes», que consistía en dar grandes saltos en el aire de modo que podía recorrer miles de *li* en una instante, y la capacidad de adoptar formas diversas.

Cuando regresó a la Montaña de las Flores y los Frutos descubrió que un monstruo diabólico había tomado posesión de la Gruta de la Cortina, que se hallaba detrás de la cascada, donde solían vivir los simios, y lo primero que tuvo que hacer fue luchar con él y derrotarlo para que los monos pudieran volver a vivir allí felices. Después de la lucha se dio cuenta de que necesitaba un arma y con este motivo visitó al rey dragón del mar Oriental, llevándose, contra su voluntad, un mágico pilar de hierro que había servido de poste para sostener el dique de Yü, el que controla las inundaciones. Este pilar tenía la virtud de cambiar de tamaño según la voluntad de su dueño, de modo que podía ser como una maza para pelear cuerpo a cuerpo o como una aguja de bordar que Mono llevaba detrás de la oreja.

Mono regresó a su montaña con el pilar. Un día, mientras estaba comiendo y bebiendo con su tribu, vio llegar a dos hombres de rostro tétrico con una orden que llevaba su nombre. Llegaban para echarle una cuerda alrededor del cuello y llevarse su alma a los infiernos. En vano protestó Mono diciendo que él había aprendido el Camino de la vida eterna; aquellos hombres no hicieron más que apretar más fuertemente la cuerda. Mono se retorció y retorció hasta lograr liberarse y entonces, echando mano del pilar del tamaño de una aguja que llevaba detrás de la oreja, sopló sobre él hasta que éste alcanzó el tamaño de un garrote y empezó a dar golpes hasta que los dos hombres estuvieron en el suelo fuera de combate. Después, haciendo girar la maza, se dirigió hacia los infiernos. Los guardas huyeron asustados, y los demás encargados se escondieron, mientras diez jueces de la corte de los infiernos, que habían salido al oír el alboroto, intentaban aplacar a Mono.

—Traedme el registro de los muertos —gruñó— o probaréis mi porra.

Rápidamente le llevaron el registro, que contenía muchos nombres de simios y vio el suyo: «Alma número 1735, Sun el Iluminado: 342 años, muerte pacífica.»

—No me importan los años. Yo no estoy en este registro —gritó. Y tomando un pincel de escribir borró de una pincelada su nombre, a la vez que tachaba los de todos los demás monos. Ahora ya no tendréis poder sobre mí —dijo.

Al regresar a casa tropezó con un montículo de hierba y se despertó de un sobresalto.

—Nuestro rey se ha echado un buen sueño —decían los otros monos.

Pero él sabía que no se trataba de un sueño y estaba contento de haber borrado su nombre y el de los monos de su tribu del registro de los muertos, y que el rey Yama no tuviera ya poder sobre ellos.

Mientras tanto, en el cielo, el dios taoísta más poderoso, el Emperador de Jade, recibía protestas de todas partes respecto a la conducta de Mono. El rey dragón del mar Oriental decía que él se había llevado el pilar de hierro de Yü; el rey de los infiernos se quejaba de que había interferido en su jurisdicción. El Emperador de Jade suspiró y preguntó cuál de los dioses estaba dispuesto a vérselas con el molesto mono. El dios de la Estrella de Oro (es decir del planeta Venus) se prestó a llevar a Mono al cielo y ofrecerle un puestecillo en la administración para poder tenerlo siempre bajo control.

Mono estuvo encantado de lo que pensó era un alto cargo celestial, pues lo nombraron mariscal de los Caballos Celestes. Aquel trabajo era muy adecuado para él, pues los escuderos se ocupaban de los caballos y él podía pasar el tiempo comiendo y bebiendo. Pasadas dos semanas, sus colegas le ofrecieron un banquete, y mientras se hallaban sentados a la mesa, Mono preguntó, como quien no quiere la cosa, cuál sería su salario y cuál era exactamente el grado de su puesto.

—¡Oh, no te van a pagar nada! —le dijeron—. Tu cargo no es tan alto como para pertenecer a ningún grado.

Mono se puso furioso: había creído que estaba a la altura de cualquier divinidad y sintió que le habían tomado el pelo ofreciéndole aquel puesto tan bajo. De una patada hizo volar la mesa y bramando de cólera regresó a su casa.

El Emperador de Jade, indignado por la conducta de Mono, envió unos guardias a la Gruta de la Cortina para que lo cogieran prisionero. Pero él los derrotó a todos, incluso al dios Nocha, con sus brazos giratorios como aspas, que huyó con la espalda quebrada. El Emperador de Jade se sintió perdido hasta que de nuevo el dios de la Estrella de Oro sugirió una solución: había que atraer a Mono hacia los cielos, esta vez con un título importante como «Gran Sabio, igual al Cielo» (sin responsabilidad alguna) y con promesas de una vida llena de placeres.

Por supuesto, Mono se dejó convencer y regresó al cielo triunfante. Esta vez todavía lo pasó mejor sin hacer nada más que comer, beber, dormir y andar de parranda con sus amigos. El Emperador de Jade, sin embargo, pronto estuvo harto de tanta ociosidad y futileza y le asignó el cargo de guardián del Jardín de los Melocotones Inmortales. Era este el huerto donde crecían los melocotoneros que daban fruto una vez cada seis mil años, y que conferían la inmortalidad a aquel que los comiese.

Mono estuvo encantado de tener semejante tarea y la llevó a cabo muy seriamente. Sucedió, sin embargo, que los melocotones empezaban a madurar y, aunque él sabía muy bien que no le estaba permitido probarlos, ansiaba ardientemente probar aquella hermosa fruta. Al final, echó a los jardineros del huerto, se quitó la ropa y trepó a uno de los árboles. Escondido entre las hojas comió algunos melocotones y los encontró tan deliciosos que siguió haciéndolo una y otra vez.

Mientras tanto, la reina madre del Oeste preparaba la fiesta de los melocotones para que los dioses pudieran renovar su inmortalidad, y envió a sus doncellas al huerto en busca de los frutos. Cuando las muchachas llegaron se quedaron asombradas al encontrar muy pocos melocotones maduros. Una de ellas, al final, encontró uno de color perfecto y tiró de la rama del árbol para arrancarlo, sin darse cuenta de que Mono estaba allí durmiendo. El movimiento de la rama lo despertó y se indignó enormemente de que le pescaran echando un sueñecito. Las muchachas le suplicaron de rodillas que las perdonara, ya que solamente estaban preparando el banquete de la reina madre del Oeste.

—Un banquete —dijo él—, ¿y se puede saber si he sido invitado?

Cuando las muchachas le dijeron que su nombre no estaba en la lista, se encolerizó de nuevo, pronunció un hechizo de modo que ellas se quedaran inmóviles durante unas horas, y fue a ver cómo estaban las cosas.

Por todas partes se hacían preparativos para la fiesta. Se hacía vino de jugo de jade y jaspe y olía tan bien que Mono, con unas palabras mágicas, hizo que los guardas se



quedaran dormidos y se bebió gran parte de las existencias, comiendo, además, muchos platos que estaban ya preparados. Medio borracho siguió su camino, encontrándose de pronto en el palacio de Laozi, el santo taoísta que escribió el *Tao Te Ching*. Laozi estaba en su laboratorio preparando con sus sirvientes el filtro de la inmortalidad, que era su contribución al banquete. Parte del filtro ya estaba terminado y se hallaba dentro de cinco calabazas que estaban en el suelo. Cuando el laboratorio se quedó vacío, Mono entró, y sin poder resistir la curiosidad, dio vuelta a las calabazas, las vació y probó el filtro.

Al poco rato los efectos del vino de jade y jaspe desaparecieron y Mono se dio cuenta de que se había portado muy mal, así que puso pies en polvorosa y se precipitó a regresar a la Gruta de la Cortina. Los ejércitos del cielo se lanzaron en su persecución y tuvo lugar una gran batalla, a pesar de lo cual nadie logró derrotar a Mono. Una de las deidades que visitó al Emperador de Jade para interesarse por el futuro banquete fue Bodhissatva Guanyin, la diosa de la misericordia. El Emperador de Jade le contó el desastre que el mono había causado, y ella le sugirió que enviara llamar a su sobrino Erlang, único dios suficientemente fuerte como para vencer a Mono. Y así fue: después de una larga lucha, Erlang se hizo con el animal, lo ató de pies y manos y se lo llevó al cielo.

Laozi propuso que lo mataran quemándolo en el crisol donde él preparaba los filtros. Los dioses lo encerraron allí, pero tras haber comido tantos melocotones y bebido los preparados del santo taoísta, Mono estaba más firme que nunca en el camino de la inmortalidad. De modo que, cuando los dioses abrieron la puerta para constatar su muerte, él, que apenas se había chamuscado algo de pelo y que por el contrario había redoblado sus fuerzas, saltó sobre ellos, garrote en mano, y prosiguió la lucha con más fiereza que antes.

Entonces, el mismo Buda acudió a ver cuál era el motivo de aquella conmoción y se rió de las bufonadas de Mono, y tomándolo en la inmensa palma de su mano, le dijo:

—Si puedes saltar fuera de la palma de mi mano, gobernarás en todo el universo. Si no lo logras regresarás a la tierra donde pagarás por todo lo que has hecho, antes de poder alcanzar la inmortalidad.

Mono pensó que era muy fácil saltar fuera de la mano de Buda, ya que le parecía que no medía más de un *zhang*, y él era capaz de pegar un brinco de más de diecisiete mil *li*. Así que después de dar unas vueltas para reunir energía dio un salto y se encontró delante de cinco pilares. Para probar que había estado allí se arrancó un pelo, lo convirtió en un pincel y escribió su nombre en uno de los pilares: «Gran sabio, igual al Cielo, estuvo aquí.» Luego orinó debajo del pilar y regresó muy satisfecho.

—He estado en el fin del mundo —dijo a Buda envaneciéndose de su proeza.

—¡Qué tontería! —le dijo Buda—, no te has movido de la palma de mi mano. Si quieres mira tu escritura en mi dedo.

Mono miró, vio su caligrafía y comprendió que los cinco pilares rojos no eran otra cosa que los dedos de Buda. Dándose cuenta de que nunca podría vencerle, intentó huir, pero la mano de Buda se cerró sobre él. Los cinco dedos se convirtieron en los cinco elementos

(tierra, aire, fuego, agua y madera), creándose una montaña en cuyo seno Mono quedó perfectamente aprisionado. Buda, además, puso un sello con palabras mágicas, sobre la grieta por donde el prisionero intentaba sacar la cabeza, y las palabras decían: «Quédate aquí hasta que hayas expiado tus pecados. Cuando esto haya sucedido, alguien vendrá a rescatarte.» Y Mono se tuvo que quedar allí.

## Tripitaka

Un día, muchos años después de haber encerrado a Mono en la montaña de los cinco elementos, Buda se hallaba en consejo explicando las escrituras a los inmortales.

—Entre la gente de los cuatro ángulos de la tierra hay hombres buenos y hombres malos —suspiró—. Y yo tengo tres volúmenes de escrituras que serían de una gran ayuda para convertir a la gente mala, pero los libros se encuentran en las Tierras Occidentales, y tengo que encontrar a alguien que esté dispuesto a ir a buscarlos, para que los habitantes de China puedan aprender los caminos de la rectitud. Así que hay que encontrar a quien quiera emprender esta peregrinación.

—Yo iré a buscar ese peregrino —dijo la diosa de la misericordia, Guanyin, que siempre estaba consciente de las necesidades del género humano.

Buda se alegró mucho y pidió a la diosa que ayudara en todo lo posible a los peregrinos y que les protegiera de bandidos y demonios que suelen abundar por los caminos que unen la China con las Tierras Occidentales.

Guanyin partió para China con uno de sus asistentes. A veces era visible, otras no, a veces era ella misma, otras iba disfrazada de monje. Finalmente llegaron a Chang'an, la capital de China.

En aquel tiempo era emperador de China el gran Taizong, de la dinastía Tang. La tierra estaba en paz y Chang'an era un floreciente centro de comercio y ciencia. Los hombres de talento de la ciudad iban a gobernar las provincias. Hacía algo así como unos veinte años, uno de estos hombres, que se llamaba Chen, había sido enviado a gobernar un distrito del sur, para lo que se había puesto en camino con su esposa. Durante el trayecto, unos bandidos les habían asaltado, matándole a él y llevándose a su esposa que estaba encinta. La pobre mujer hubiera preferido morir que vivir con los ladrones, pero dado que esperaba un hijo se armó de valor esperando aquel acontecimiento. Cuando nació el pequeño, consciente de que el ambiente que la rodeaba no era el que quería para su hijo, lo ató a una gruesa tabla y lo dejó en el río, con la esperanza de que la corriente lo llevaría a buen lugar. La tabla fue a detenerse cerca de un monasterio, donde un abad, al oír llorar a un niño, acudió a ver qué sucedía. Tomó al niño en sus brazos y lo educó para monje, dándole el nombre de Shuanzhuang. Años más tarde, Shuanzhuang, gracias a la ropa con la que le habían encontrado, halló a su madre y supo del destino de su padre, haciéndoselo saber al emperador, quien mandó ejecutar a los asesinos. Shuanzhuang se convirtió en un monje famoso, reverenciado por su carácter y su sabiduría.

Mientras tanto, la diosa Guanyin había comparecido ante el emperador en Chang'an y le había dado instrucciones para que encontrara un monje dispuesto a viajar a las Tierras Occidentales para recoger las escrituras. Shuanzhuang se había presentado voluntario, y el emperador lo había aceptado con mucho gozo, honrándole con el nombre de Tripitaka, que era el de las escrituras que estaba encargado de recoger. Le dio los papeles firmados y sellados por su propia mano para el viaje, y le proporcionó dos sirvientes, dinero y caballo, y Tripitaka se puso en camino.

Apenas hubo dejado los límites de China, toda suerte de espíritus diabólicos y animales salvajes atacaron a la expedición. Los dos sirvientes fueron asesinados, pero el monje, gracias a la ayuda de la deidad de la Estrella de Oro, logró salir con vida y huir a toda carrera, encontrándose con un cazador que le ofreció su techo para pasar la noche. A la mañana siguiente, cuando Tripitaka se despedía con pesar del amable cazador, se oyó una voz como un trueno que retumbaba por todas las montañas y decía:

—¡Mi amo ha llegado, mi amo ha llegado!

Ambos se quedaron inmóviles escuchando y de pronto el cazador recordó:

—Es el viejo mono que está prisionero en la montaña. Ha pasado allí cientos de años.

Nunca le he oído armar tanto ruido. Vayamos a ver qué le pasa.

En el valle, por una grieta entre las rocas, vieron el rostro de Mono que les miraba y extendía uno de sus brazos hacia ellos.

—Maestro, maestro —dijo—, por fin has llegado. Me encerraron aquí por armar alboroto en el cielo, y he estado sufriendo quinientos años. El otro día la diosa Guanyin pasó por aquí y me dijo que si me portaba bien y me convertía en tu discípulo, Buda me liberaría y me permitiría acompañarte como criado en tu peregrinación en busca de las escrituras que están en las Tierras Occidentales.

Tripitaka se sintió aliviado al oír aquello, pues no le gustaba viajar solo, pero dijo:

—Cómo podré liberarte, si no tengo hacha ni sierra?

—No las necesitas para nada. Todo lo que tienes que hacer es romper el hechizo, quitar el sello que está sobre esta grieta y alejarte inmediatamente todo lo que puedas.

Tripitaka miró el sello escrito en letras de oro, se arrodilló para orar, levantó la mano, y apenas hubo rozado el papel se sintió flotar alejándose.

—Más lejos, más lejos —le gritó Mono.

Y el monje y el cazador que le acompañaba se alejaron aún algunos *li*. De pronto hubo un enorme estallido, como si toda la tierra hubiera saltado en pedazos, y Mono salió de un brinco, feliz al sentirse en libertad. Se inclinó ante el monje y le prometió hacer lo que quisiera, y juntos prosiguieron el viaje.

Mono sirvió bien a Tripitaka y su garrote le sirvió en muchas ocasiones, y camino adelante llegaron a un río que discurría por una quebrada. De pronto un dragón emergió de las aguas, y Mono apenas tuvo tiempo de liberar a su amo de la montura mientras el caballo se sumergía en las fauces del terrible dragón. Tripitaka se desmayó, pero Mono se acercó a la orilla y gritó:

—¡Tú, especie de gusano de barro, devuélvenos el caballo!

El dragón que estaba tranquilamente digiriendo el caballo en el fondo del agua, se asomó a la superficie:

—¿Quién se atreve a insultarme? —gruñó.

Mono y dragón se pusieron a luchar fieramente, pero el dragón, dándose pronto cuenta de que no podía derrotar a su adversario, volvió a sumergirse en el río. Mono, furioso, fue entonces en busca de la diosa Guanyin en su morada de Putuo. Guanyin sonrió:

—Yo misma he colocado el dragón en vuestro camino para que os sirva de ayuda, pues un caballo chino ordinario no podría llevar a Tripitaka por todos los peligros que le esperan —dijo.

—¿Y de qué le sirve —gruñó el mono— si mi amo no puede cabalgar un dragón?

Guanyin suspiró y se dirigió con él hasta la quebrada desde donde conminó al dragón, que se presentó manso e, inclinándose, dijo:

—Lo siento mucho, me he comido el caballo. Estaba hambriento y no me dijísteis que érais peregrinos hacia las Tierras Occidentales. Espero servir al monje para expiar mis pecados, pues soy culpable de desobediencia a mi padre y de haber incendiado su palacio.

La diosa dio un paso hacia adelante y retiró una perla que llevaba el dragón en la barbilla, y éste, inmediatamente, se transformó en una réplica del caballo blanco que se había comido.

Mono llevó el caballo a Tripitaka, pero todavía estaba enojado por lo sucedido.

—No voy a seguir —dijo—, no voy a continuar. Yo no puedo proteger a mi amo y lo más probable es que acabe muerto.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Guanyin—. Nada te sucederá. Te doy permiso para que me llames siempre que realmente me necesites. ¡Vamos!, te daré otra cosa.

Y arrancando tres hojas de un sauce próximo, las puso en la cabeza del mono, donde inmediatamente se transformaron en pelos.

—Si te ves en un apuro arráncate uno de esos tres pelos y te será de gran ayuda —dijo.

Mono se sintió satisfecho y en cuanto Tripitaka subió al caballo prosiguieron su camino.

Un atardecer vieron a lo lejos un grupo de casas y esperando encontrar albergue para pasar la noche, se dirigieron hacia ellas. Por el camino encontraron a un hombre que les dijo que el dueño de las casas se llamaba Gao. Gao se hallaba en una situación difícil: buscaba un exorcista para que le liberara de un demonio que se había instalado en sus propiedades. Asegurando al hombre que estaban capacitados para exorcizar cualquier demonio, Mono y Tripitaka fueron a encontrar a Gao y éste





les contó la siguiente historia: tenía tres hijas, dos de las cuales estaban casadas; buscando marido para la pequeña, alguien aceptable que fuera capaz de ayudarle en su vejez, habían encontrado a un hombre robusto y muy eficiente en el trabajo. Después de la boda había empezado a cambiar pareciéndose cada vez más a un cerdo y, lo que era peor, comía tanto que casi les había arruinado y dondequiera que fuera le seguían torbellinos de viento; y había acabado por encerrar a la joven en una choza detrás de las casas y hacía más de seis meses que no la veían.

Mono ofreció sus servicios para liberarles del demonio, y todos juntos se dirigieron a la cabaña, porque sabían que el demonio se hallaba fuera llevando a cabo alguna fechoría. Mono abrió la puerta con un golpe de garrote, y apenas si pudieron distinguir a la muchacha agachada en la oscuridad, desgreñada y sucia. Llorando, la joven corrió a echarse en brazos de sus padres, pero el mono les mandó que se fueran y se sentó en el lugar de la muchacha adoptando su apariencia. Poco después llegó el demonio Puerco acompañado de una ventolera y arrastrando un inmenso rastrillo. Mono recuperó su propia forma y le atacó y aunque Puerco utilizaba con habilidad su rastrillo no pudo herir a su contrincante.

—No esperes vencerme —le dijo Mono—. He sido enviado para proteger al santo peregrino que se dirige hacia Occidente en busca de las escrituras.

—¿Qué dices? —replicó Puerco tiraba inmediatamente el rastrillo—. ¿Por qué no lo dijiste antes? Desde que la diosa de la misericordia me dijo que pasaría este peregrino, le he estado esperando para tener la ocasión de redimir mis culpas sirviéndole. No he sido siempre tal como me ves: era capitán de la guardia que custodiaba el Foso Celestial hasta que intenté raptar a la bella Chang'o. Entonces el Emperador de Jade me envió a la tierra con este aspecto y aquí debo permanecer hasta expiar mi pecado. Llévame ante el monje e iré con él a las Tierras Occidentales.

Y Puerco siguió a Mono hasta hallarse en presencia de Tripitaka, y prometió servirle y ser estricto vegetariano absteniéndose en todas las comidas de carne de animales que anden sobre la tierra, y de aves que vuelen en el cielo, y de peces que naden en el agua, y de las cinco clases de plantas impuras como ajos y cebollas. Por ello Tripitaka le llamó Puerco de las Ocho Abstinencias y se pusieron todos juntos en camino. Puerco se llevó el rastrillo, que les fue útil en muchas aventuras, aunque no siempre pudo contener su glotonería.

Siguieron su camino hasta llegar a un ancho río de arenas movedizas, que Mono, con su aguda vista, consideró tenía unos ochocientos *li* y le parecía insuperable. En aquel momento un monstruo espantoso emergió de las arenas. Tenía el cabello rojo, dos ojos como faroles y llevaba al cuello una sarta de nueve calaveras. Mientras Mono ponía a Tripitaka a salvo, Puerco peleó con el monstruo, que, cuando podía, se evadía hacia el interior del agua para volver a aparecer con renovada fuerza. Mono corrió a pedir ayuda a Guanyin, quien le dio una calabaza para que con ella conminara al monstruo y le contara quiénes eran y hacia dónde se dirigían. En cuanto Mono hubo hecho esto el monstruo salió del agua y se inclinó ante el monje y le pidió disculpas.

—He esperado mucho tiempo este momento desde que la diosa de la misericordia me dijo que llegaríais. Yo era criado en el cielo, pero rompí un plato de jade durante uno de los banquetes de los melocotones, así que me enviaron aquí como castigo. Iré con vosotros ahora y de vuestra mano quisiera recibir la ordenación y convertirme en monje.

Así fue como Tripitaka lo tonsuró y le hizo jurar sus votos, dándole luego el nombre de Monje Arenoso. Y a bordo de una balsa, formada por la calabaza de Guanyin, atravesaron el río de las arenas movedizas y continuaron el viaje hacia las Tierras Occidentales.

## Los tres demonios

Los peregrinos encontraron peligros a lo largo de todo el trayecto, pero aunque pasaron penalidades y tuvieron que luchar duramente, los dioses velaban por ellos impidiendo que nada serio les sucediera. En una ocasión atravesaban un espeso bosque en medio de unas montañas cuando divisaron a un anciano. Su cabello cano y su barba blanca flotaban en torno a su rostro, y se apoyaba en un bastón y sostenía en la mano un cordón con cuentas para rezar.

—Tened cuidado —les gritó—, fijaos en cada paso, pues en este bosque vive una banda de demonios que se alimentan de carne humana.

Y el anciano desapareció.

Tripitaka, muy alarmado, descendió inmediatamente de su caballo, pero Mono se internó entre las nubes en busca del anciano que, de hecho, no era otro que la deidad de la Estrella de Oro. Sorprendida de que Mono la reconociera, le dijo, sin embargo, que había tres monstruos en el bosque dispuestos a atacarles, pero que de hallarse en verdaderas dificultades el mismo Buda enviaría a su ejército.

Mono regresó junto a su amo y sintiéndose seguro, se puso a la cabeza de la expedición para explorar. No pasó mucho rato antes de que se encontrara con un demonio centinela que inmediatamente dio la señal de alarma a los demás de su especie, notificándoles que unos extranjeros pasaban por el bosque.

—Tened mucho cuidado con este extranjero, pues puede adoptar cualquier forma —decía—, incluso la de una mosca.

Y era cierto, pues de hecho Mono se había transformado en un tábano y zumbaba a su alrededor. Viéndose descubierto, adoptó la forma de demonio centinela y de este modo descubrió que su amo, Tripitaka, era el gran objetivo de los demonios.

—El gran demonio Roc —dijo el centinela creyendo que hallaba con un compañero— se ha reunido con mis otros dos jefes y les ha dicho que tenían que hacerse con el monje que venía de China, no sólo porque su carne es muy sabrosa, sino porque es tan santo que un sólo bocado dará la inmortalidad al que lo coma. ¿Pero quién eres? Nunca te he visto antes.

Mono intentó convencerlo de que era sólo un centinela de otra región, pero el demonio estaba receloso y él se enfadó hasta tal punto que lo mató de un puñetazo. Entonces tomando la forma exacta del centinela muerto siguió el camino hasta que se encontró frente a una inmensa gruta guardada por demonios inferiores. Sin dificultad pasó entre ellos y caminó hasta un corredor lleno de huesos humanos y finalmente llegó a donde se encontraban los monstruos demoníacos. Por desgracia no pudo engañarles a pesar de su aspecto y éstos lo cogieron inmediatamente y lo metieron dentro de una botella mágica.

Estas botellas las utilizaban para destruir a sus enemigos más odiados, porque una vez habían metido a un ser en su interior, éste ya no podía escapar, pues las botellas eran elásticas y se adaptaban a cualquier forma sin llegar a romperse. En cuanto Mono estuvo atrapado en su interior la magia empezó a funcionar y se vio pronto cercado por un fuego extraordinario y luego por centenares de serpientes venenosas, hasta que finalmente tres dragones aparecieron para fundirlo con su fuego mágico.

Mono, que había sobrevivido al crisol de Laozi, no tenía ningún miedo al fuego, y en cuanto a las serpientes hacía un nudo con ellas de modo que resultaban inofensivas. Con los dragones, sin embargo, no pudo. Sintió que su cuerpo empezaba a ceder al calor y ya empezaba a desesperar cuando recordó los tres pelos mágicos que le diera la diosa Guanyin al iniciar el peregrinaje. Con un último esfuerzo alcanzó uno de ellos y se lo arrancó y éste se transformó inmediatamente en una lechuza mágica. Gracias a ella pudo escapar de la botella y salir al aire fresco.

Pero aunque ya no estaba en la botella seguía en el bosque de los demonios y al poco tiempo lo atraparon de nuevo. Esta vez uno de los monstruos se lo tragó. En el estómago de su enemigo, Mono se hallaba bastante a salvo, así que empezó a crearle problemas: le retorcía los intestinos, le hacía nudos, le daba puñetazos, de modo que el monstruo se echó al suelo y se retorcía de dolor, gritando:

—Si sales te daré todo lo que quieras.

Pero los demás monstruos decían:

—Arráncale la cabeza de un mordisco, si sale.

Afortunadamente Mono oyó estas palabras y en lugar de salir colocó su garrote en las fauces del demonio, quien al morderlo con furia se rompió casi todos los dientes, mientras él se retorcía en su interior. Sólo cuando los monstruos prometieron ponerle a salvo junto a sus compañeros, al otro lado del bosque, Mono salió. Pero los demonios no estaban dispuestos a cumplir su palabra y en pocos minutos se lanzaron sobre Tripitaka, lo ataron a él y a los demás peregrinos y se los llevaron. Mono logró escapar agitando su

garrote y siguiéndoles a una distancia prudencial, vio como colocaban a Tripitaka en la olla. Un grupo de demonios inferiores azuzaba el fuego debajo de aquélla, mientras los tres monstruos se retiraban a esperar el banquete. Mono saltó por encima del fuego, lanzó un hechizo a los diablejos y rescató a su amo, pero antes de que pudieran huir los monstruos sospecharon que algo sucedía y se lanzaron sobre ellos capturando a Tripitaka una vez más.

Esta vez Mono se hallaba realmente en situación desesperada y recordando lo que la deidad de la Estrella de Oro le había dicho, se elevó entre las nubes y se dirigió a Buda para pedirle auxilio. Buda le escuchó con paciencia y luego dijo:

—Sí, tal vez va siendo hora de meter en cintura a estos monstruos demoníacos. Uno de ellos es el espíritu de un león negro, el otro pertenece al de un elefante blanco, y el más viejo y poderoso es el espíritu de Roc. Este existe desde la creación del mundo. No te preocupes, Mono, enviaré a dos dioses para que luchen con ellos.

Mono se puso a la cabeza y seguido por los dos dioses se dirigió volando por los aires hasta la gruta de los monstruos. Una vez allí golpeó la puerta y les retó a que salieran a luchar con él. Ellos salieron bien pertrechados con sus armas, pero una sola palabra de los dioses fue suficiente para que se quedaran paralizados. Los arrestaron y los condujeron a donde les esperaba el merecido castigo.

Mono encontró a sus amigos en el fondo de la gruta, atados como pollos dispuestos a ser asados, los liberó y todos juntos siguieron su viaje hacia el oeste.

## La llegada

Siguieron viajando durante catorce años y vivieron ochenta aventuras peligrosas, y al final llegaron a divisar las Tierras Occidentales. Allí todo era distinto de los demás lugares que habían visto: el suelo estaba alfombrado de flores y verde hierba, y la gente que vivía allí obedecía las leyes de Buda. Salió a recibirles un dios que les condujo a la Montaña del Alma, donde vivía el propio Buda, y donde tenía las escrituras.

Veían ya a lo lejos la montaña cuando llegaron a un río tumultuoso cruzado solamente por una estrecha tabla de madera. Mono, sin pensar siquiera en el peligro, anduvo de un lado a otro repetidas veces, pero Tripitaka estaba muy asustado porque no sabía nadar. Entonces llegó una barca conducida por un dios que les daba la bienvenida.

—Vamos, subid a mi barca; aunque en el centro no tiene fondo, no hay peligro, las olas no pueden con ella.

Como Tripitaka vacilara, Mono le dio un empujón que le lanzó directamente al centro sin fondo de la barca. Por suerte el dios lo sacó a flote y, medio muerto, lo sentó a un lado y se puso a remar para alcanzar la otra orilla. Mientras avanzaban, Tripitaka vio aterrado un cadáver flotando en el agua. Mono sonrió y dijo:

—No te asustes, maestro, es tu cuerpo que está en el río.

Puerco y Arenoso batieron palmas diciendo:

—¡Ese eras tú!

Y el dios añadió:

—Ese eras tú. ¡Enhorabuena!

Entonces Tripitaka se dio cuenta de que había dejado su cuerpo terreno y que el viaje estaba a punto de terminar.

Pronto llegaron a la Montaña del Alma, donde les condujeron ante Buda. Una vez ante él, se postraron, y recibieron la bendición, después de lo cual, Buda los envió con dos de sus acólitos al almacén en busca de las escrituras. Allí, sin embargo, los acólitos les preguntaron qué habían llevado para pagar las escrituras. Ellos, por supuesto, no tenían nada y Mono se indignó sospechando que les pedían una buena propina. De todos modos les dieron las escrituras, llamadas sutras, y ellos emprendieron el largo viaje de regreso al este.

No habían caminado un gran trecho cuando se levantó un fuerte viento que arrancó los rollos de sus manos y los esparció por el suelo. Rápidamente se pusieron a recogerlos y Mono se dio cuenta de que no había nada escrito.

—Esto no puede ser, maestro —dijo—; tenemos que regresar a ver a Buda y que nos solucione el problema.

De modo que desanduvieron el camino recorrido, para diversión de los porteros,



Mono se dirigió a Buda, indignado, pero éste sonrió y le dijo:

—Las escrituras no se pueden dar si no es a cambio de algo. Tenéis que estar dispuestos a pagar por una cosa de tal valor que salvará vuestra alma, e impedirá que vuestros descendientes sean más pobres que vosotros espiritualmente. Como no tenéis dinero, os dieron rollos blancos, los sutra sin palabras. Aunque no lo sabéis, los sutras sin palabras tienen tanto valor como los que están escritos. Sin embargo imagino que vosotros, gente del este, no tenéis cabeza suficiente para comprenderlo. Afortunadamente no se os permitió ir muy lejos con algo que no podéis utilizar, y ahora se os dará lo que necesitáis.

Esta vez Tripitaka ofreció su cuenco de mendigo y fue aceptado. Mono repasó todos los sutras para comprobar que eran los que realmente querían y se dispusieron a partir de nuevo. Entonces la diosa de la misericordia intercedió por ellos y así, en vez de recorrer todo el camino por tierra, regresaron cómodamente en una nube engendrada por uno de los guardias de oro de los dioses.

Mientras tanto, Buda repasaba toda la peregrinación de Tripitaka y los ochenta peligros que habían afrontado, y dijo:

—Nuestro número sagrado es nueve veces nueve, es decir ochenta y uno; deben vivir aún otra aventura para alcanzar el número.

Y envió un mensaje al guarda de oro, que inmediatamente los dejó caer de la nube.

Tripitaka y los suyos se encontraron de pronto en la tierra, en un lugar que Mono reconoció inmediatamente.

—Es el río que atravesamos a lomos de la tortuga blanca, y aquí está ella —dijo.

La tortuga, en efecto, asomaba entre las aguas y les ofrecía llevarlos de nuevo al otro lado del río como hiciera cuando pasaron en su camino de ida.

—Ve con cuidado, tortuga, llevas una preciosa carga —le dijo Mono.

—¿Le preguntasteis a Buda cuántos años me quedan por vivir bajo esta forma?

Tripitaka, con todo el jaleo, se había olvidado completamente de aquel encargo que ella le hiciera y la tortuga, enfadada, los dejó caer al agua. Por suerte Tripitaka había perdido su cuerpo terreno y pudo nadar y todos llegaron a la orilla sin perder los sutras. Con la ayuda de la gente del pueblo pusieron entonces a secar las escrituras, y al día siguiente, cuando se disponían a seguir camino de China andando, una nube los barrió y se los llevó a toda velocidad surcando los aires.

Durante todo este tiempo, en los templos de Chang'an, los sacerdotes oraban diariamente por su feliz regreso. Un día se dieron cuenta de que aunque no había viento, las ramas de los árboles apuntaban todas hacia el oeste. Un monje anciano leyó aquel signo y preparó la bienvenida para los peregrinos. Los recibieron con una gran ceremonia a la que asistió el emperador para darles personalmente las gracias.

Cuando los sutras quedaron depositados solemnemente en un santuario adecuado, el guarda de oro se llevó de nuevo a los peregrinos a la Montaña del Alma y los dejó en presencia de Buda.

—Vuestra peregrinación ha terminado —dijo éste—. Tu misión está cumplida y tus discípulos han expiado los pecados que cometieron. Tú, Tripitaka, te quedarás aquí, a mi lado, convertido en dios. Aunque no lo sabes, una vez fuiste mi discípulo, pero eras orgulloso y no querías atender a razones. Para castigarte te envié a hacer esta peregrinación. Ahora puedes volver al lugar que te pertenece. Tú, Sun, el Iluminado, recibe también mi perdón. Por tus buenos actos y la fidelidad a tu maestro, te convierto en dios con el nombre de Victorioso en Batalla. En cuanto a ti, Puerco de las Ocho Abstinencias, te convierto en acólito, Limpiador Jefe del Altar.

Puerco protestó, pues creía merecer algo mejor:

—A todos los conviertes en dioses, ¿por qué no a mí?

Buda le hizo observar entonces que su apariencia era aún muy sórdida y que comía demasiado. De todos modos, le dijo, podría comer las ofrendas de todos los altares dedicados a él.

—Arenoso —añadió—, a ti te elevo a la categoría de *Arhat,* compañero de Buda. Y tú, Caballo, puedes regresar con tu padre al océano Occidental: ya te ha perdonado tu desobediencia.

Al punto, el caballo recuperó su forma de dragón y se fue nadando. Los demás ocuparon sus puestos como dioses, arhats y acólitos, mientras en el cielo no dejaba de oírse la melodía de la recitación de los sutras.



# Cuentos de lealtad y fidelidad

Durante el tercer siglo a. C. reinaba sobre toda la China el primer emperador. Su gran imperio estaba compuesto de muchos estados conquistados, pequeños y débiles, que le habían opuesto escasa resistencia. El emperador temía, sin embargo, a las tribus bárbaras, pues estaban compuestas de guerreros nómadas, fuertes y temerarios, que vagaban por las estepas situadas al norte y al oeste de China. Pensando que algún día podrían penetrar en su imperio y derrotarle, y para defender al país de tal amenaza, empezó a construir la Gran Muralla China.

La Gran Muralla debía ser una línea de defensa infranqueable, y fuerte como para resistir cualquier ataque. Construida de grandes moles de piedra de sólida roca, tenía doce metros de altura, y, en ciertos puntos, era tan ancha como para que ocho hombres, uno al lado del otro, pudieran avanzar a la vez. A intervalos había torres de guardia que en lo alto guardaban montones de leña para encender fuego como señal de alarma en eventuales ataques de los bárbaros.

La muralla se extendía a lo largo de la frontera noroeste de China y pasaba por zonas completamente inhóspitas, montañas, estepas y desiertos. Como estaba tan al norte, los inviernos eran largos y rigurosos, y era difícil hallar cobijo y alimento. El primer emperador, que era un tirano cruel, se había servido del trabajo forzado para su construcción, no contentándose con que trabajaran en ella criminales y esclavos, sino obligando a honrados ciudadanos a tomar parte en las obras. Muchos de ellos no regresaban a su hogar y todos temían ser enviados allí por decreto imperial, pues ello equivalía a una sentencia de muerte, y la estrofa de una canción popular decía así: «¿Has visto alguna vez la Gran Muralla a cuyos pies yacen millares de esqueletos humanos, uno encima del otro?»

Por su parte los adivinos habían dicho que morirían diez mil hombres antes de que la muralla fuera llevada a término, pero se estaba llegando ya a aquella cifra y aún se necesitaban nuevos obreros y nuevo material para seguir con el proyecto. El pueblo estaba desesperado, cuando empezó a esparcirse el rumor de que si un hombre llamado Wan (que en chino quiere decir «diez mil») moría en la muralla, su muerte salvaría a diez mil hombres inocentes, y sin más pérdidas se acabaría la gran obra. Justo cuando el rumor empezaba a intensificarse, en la ciudad de Shuzhou reclutaron a un joven llamado Wan. Cuando los





oficiales vieron su nombre dieron por sentado que era el hombre de la profecía.

Se trataba, en efecto, de Wan Shiliang, un joven de buena familia de Shuzhou, que se asustó muchísimo al oír la profecía, tanto que huyó de su casa para evitar que le capturaran. Durante varios días viajó hacia el sur, intentando alejarse todo lo posible de la Gran Muralla, pero sin tener una idea muy clara de lo que tenía que hacer para evitar a los guardias del emperador.

Un día, mientras andaba por un camino, vio a lo lejos a unos hombres a caballo, y persuadido por el color de sus estandartes de que se trataba de los funcionarios de reclutamiento y de su escolta, cruzó, aterrado, la carretera, saltó una tapia y se agachó, quedándose sin respirar hasta que hubieron pasado. Cuando se recobró del susto y pudo darse cuenta de donde estaba, se encontró en el jardín de un hombre rico, rodeado por el alto muro que había saltado. El jardín era apartado y tranquilo, y en él había un pequeño lago con árboles plantados alrededor y un pabellón estival bellamente decorado. Era verano, y las hojas estaban verdes y había en el aire un zumbar de insectos que se unía al canto de los pájaros. Y mientras Wan miraba maravillado los árboles del jardín vio a una linda joven, ricamente vestida, que con aire ausente cazaba mariposas que revoloteaban de una flor a otra. Extasiado, Wan la contempló correr junto al pequeño lago distraídamente y caer en él. Saliendo de su escondrijo, Wan se lanzó al agua y la tomó en sus brazos, mientras ella gritaba asustada.

A los gritos de la joven acudió la gente de la casa y sus padres se quedaron consternados al ver a un joven desconocido, sucio y polvoriento, arrastrando a la muchacha, que parecía medio ahogada, fuera del lago. Primero pensaron que él había atacado a la joven, pero cuando ella se vio a salvo, todos se dieron cuenta de que había sido de otro modo, y que Wan la había salvado.

Ahora los padres tenían que hacer frente a otro problema, pues en China, la etiqueta prohíbe a dos jóvenes que no sean parientes, no ya tocarse, sino simplemente verse, y he aquí que aquel extraño no sólo había sacado a la muchacha del lago sino que la miraba fijamente, como si no pudiera apartar de ella los ojos. Al ver que también ella se había enamorado de su salvador y sabiendo que Wan era de buena familia, decidieron consentir en su matrimonio. Wan tomó por esposa a la muchacha, que se llamaba Meng Jiangnü, y se instaló a vivir en casa de sus suegros.

Pero aquel extraño matrimonio no pasó desapercibido en el pueblo, llegando incluso a oídos del magistrado, quien después de hacer las pertinentes averiguaciones mandó a buscar a Wan para que cumpliera la cruel profecía y partiera de inmediato hacia la Gran Muralla. Con mucha tristeza dejó el joven a su querida esposa.

Pasó el verano y empezó a soplar el viento de otoño y Meng Jiangnü no dejaba de pensar constantemente en Wan. Pensaba que a lo mejor seguía con vida, y empezó a preocuparse porque se avecinaba un duro invierno, así que decidió hacerle ropas de abrigo y llevárselas ella personalmente a la Gran Muralla. Cuando hubo dado la última puntada, convenció a sus desconfiados padres para que le dejaran emprender el viaje, y con un pequeño hatillo para sí misma, y uno grande para su esposo, cogió un paraguas y se puso en camino.

La Gran Muralla se hallaba a varios miles de kilómetros de distancia de su casa y tuvo que pasar por comarcas difíciles y afrontar muchos peligros. Una muchacha joven y hermosa como Meng Jiangnü no hubiera tenido ni que cruzar la calle para comprar un alfiler, pues toda una serie de criados y criadas estaban allí para satisfacer sus deseos. Ahora, en cambio, sufría toda suerte de penalidades para reunirse con su esposo, sin saber siquiera si estaba vivo o muerto. Algunas versiones de la historia cuentan que su devoción fue recompensada por muchos seres sobrenaturales que la ayudaron a lo largo de su viaje. Una leyenda dice que cuando llegó junto al río Yang-Tse no encontró ningún bote, ni manera posible de cruzarlo y alcanzar la otra orilla. Meng Jiangnü lloró amargamente y tocó con sus dedos la corriente acariciando suavemente el agua de la superficie. Ante su asombro, mientras hacía eso, el nivel del agua descendió un poquito; ella volvió a acariciarla, y el agua descendió más hasta que se hizo un sendero de tierra por el que ella pudo pasar al otro lado. Cuando llegó al río Amarillo se encontró con el mismo problema. Ella se levantó las faldas hasta cubrirse los ojos y

metió los pies en el agua, dispuesta a ahogarse antes que interrumpir su viaje. Mientras hacía esto, un suave viento se la llevó y cuando abrió los ojos se encontró en la otra orilla del río.

Ya casi al final de su viaje llegó al frío norte, donde se construía la Gran Muralla. El sol se ponía y ella estaba confusa sin saber qué dirección tomar. Mientras así estaba pensativa y quieta, la rodeó una bandada de cuervos, que graznando fueron a posarse en un árbol. Ella se volvió a mirarlos y dos de ellos, abandonando a los demás, empezaron a dar vueltas a su alrededor como pidiéndole que les siguiera. Luego se pusieron en camino en una dirección determinada, y ella hizo lo mismo, llegando así a un pueblecito donde una amable pareja de ancianos le dio albergue.

Los ancianos conocían, por supuesto, la profecía, y le dijeron que habían visto cómo llevaban a Wan a través del pueblo y hacia la muralla, en dirección a un punto no muy distante de allí. Al día siguiente Meng Jiangnü recogió sus hatillos y partió hacia el lugar indicado.

En la Gran Muralla los obreros iban de un lado para otro y no se detenían a responder preguntas, así que ella se tuvo que dirigir a un capataz para saber de su esposo.

—Has llegado demasiado tarde —le contestó éste—. Me acuerdo muy bien de él. Vino a cumplir la profecía. Por supuesto le pusimos a trabajar pero no duró mucho. No era lo suficientemente fuerte y murió en cosa de unas semanas. Lo enterramos con los otros, en los cimientos del muro.

Los chinos creían por entonces que las almas de los muertos nunca hallarían reposo si no recibían un entierro adecuado; por ello Meng Jiangnü preguntó con lágrimas en los ojos dónde estaba exactamente, para poder recoger sus huesos y llevárselos a su casa para celebrar las ceremonias adecuadas. El capataz la llevó a cierto lugar de la muralla.

—Aquí es donde lo pusimos —dijo—, pero sobre él se edificó la muralla y es imposible recuperar sus huesos. Además, ¿cómo los distinguirías de los de los demás?

Meng Jianghü se postró de rodillas y empezó a llorar. Lloró por todo el amor que tuviera a su esposo, por el dolor y sufrimiento que él había soportado, y por la dureza de su propio viaje. Tan intensas y poderosas fueron sus lágrimas que el muro se partió en dos por el lugar donde estaban los huesos de su esposo, y las piedras saltaron dando tumbos, dejando al descubierto los huesos de todos los hombres que murieran con Wan.

Pero como había dicho el capataz, no había modo de distinguir cuáles eran los de su marido. Ella, sin embargo, oró para que los dioses acudieran en su auxilio y así lo hicieron. Mientras lloraba se mordía el meñique de tal modo que le salió sangre.

—Que mi sangre caiga sobre estos desgraciados huesos —dijo Meng Jiangnü—, y cuando dé en los de mi marido, que estos la absorban, ya que somos una sola carne y una sola sangre.

La sangre se esparció por los huesos y sólo un esqueleto la absorbió. Ella supo entonces que aquellos eran los restos de su esposo.

La noticia del milagro se difundió rápidamente y antes de que Meng Jiangnü hubiera abandonado el pueblo, el emperador, que estaba inspeccionando las obras, se enteró de la historia y muy enojado mandó a buscarla.

—¿Quién eres? —atronó—, ¿quién eres tú que te atreves a entorpecer la obra imperial con tu llanto?

Meng Jiangnü no se asustó:

—Mataste aquí a mi esposo con tu crueldad —le replicó—. ¡Que nunca disfrutes de la vida, tú que a los demás quitas la suya!

El emperador estuvo a punto de ordenar su muerte inmediata, pero, cuando volvió a mirarla y vio lo joven y hermosa que era, su corazón se ablandó y nuevas ideas le vinieron a la mente.

—Eres valiente, joven —le dijo—. Este no es lugar para ti. Ven a mi palacio y te daré todo lo que desees: riqueza, vestidos, joyas, más de lo que nunca hubieras podido imaginar, y sé mi esposa.

Meng Jiangnü iba a darle una airada respuesta pero se contuvo dándose cuenta de que podía utilizar su vanidad.

—Estoy de acuerdo, pero con tres condiciones —dijo.

—¿Sólo tres? —preguntó el emperador—, aceptaré treinta. No tienes más que exponerlas.

—En primer lugar quiero que construyas un puente por encima del gran río que hay más allá de la muralla.

—Eso está hecho —dijo el emperador.

—En segundo lugar, en la orilla del río, debes levantar un espléndido mausoleo para mi esposo, exactamente tal como yo diga.

—Inmediatamente —dijo él.

—Y en tercer lugar, debes vestirte de luto y ser cabeza de duelo en su entierro, como si estuvieras honrado a tu propio padre.

El emperador dudó un poco pero finalmente aceptó también esa tercera condición.

Pronto se acabaron las obras del puente y la tumba y se llevó a cabo la ceremonia funeral y Meng Jiangnü y el emperador, vestidos de riguroso luto, presidieron la solemne ceremonia ritual por el reposo de Wan. Cuando todo hubo terminado, el emperador se volvió a Meng Jiangnü y le dijo:

—¡Vamos!, ahora quítate esas ropas de luto y ponte los brillantes trajes de seda que te he traído para que celebremos nuestras bodas.

Entonces ella escapó corriendo por el puente que el emperador había ordenado construir y deteniéndose en la parte más alta, gritó desafiante:

—¿Te imaginas que mancharé la memoria de mi esposo entregándome a ti por dinero y joyas? Siempres serás odiado por tu tiranía, y la muralla que has construido será inútil contra los bárbaros: ni tú ni tu imperio os libraréis de la derrota y de la muerte.

Y con estas palabras saltó al río y se ahogó.

La Gran Muralla China, en efecto, por impresionante que fuera, no liberó al país de los bárbaros, que una y otra vez penetraron hasta llegar a adueñarse de toda China. El imperio fundado por el primer emperador sólo duró, pues, el período de su tiránico gobierno personal.

Y es que, como había escrito Laozi en *El libro del Tao:*

«Hay que persuadir a los señores de hombres
de que no se impongan al mundo
por la fuerza de las armas.
Las acciones violentas
provocan resultados negativos;
donde acampan los ejércitos,
todo se cubre de maleza...
Las armas son instrumentos nefastos,
no es bueno buscar armas afiladas.
¡No te regocijes de tu victoria!
Regocijarse de la propia victoria
es encontrar placer en matar hombres.»

# Dong Yong, el hijo fiel

Erase una pareja que sólo tuvieron un hijo cuando ambos eran ya de edad avanzada. El chico, que se llamaba Dong Yong, era un muchacho listo y muy afectuoso con sus ancianos padres. Al poco tiempo el padre murió y la madre viuda sustentó a su hijo trabajando en la costura. Así pudo enviarle al colegio, ya que su gran ilusión era que pasara los exámenes de funcionario para entrar al servicio del emperador. Pasados unos años, Dong Yong tuvo edad suficiente para presentarse a los exámenes preliminares que tenían lugar en cada una de las provincias del imperio, y los pasó quedando en cabeza, lo que alegró mucho tanto a la madre como al hijo. La fuerte emoción tras el continuo esfuerzo fue más de lo que pudo soportar el corazón de la madre, que murió unos días después.

Dong Yong se encontró en grandes dificultades. El dinero que había dejado su padre hacía tiempo que se había acabado, y no tenía a nadie que le mantuviera. Le pareció evidente que tendría que renunciar a su ambición de servir al emperador y ganarse la vida de modo más humilde. Sin embargo, lo que más le preocupaba era dar a su madre un entierro adecuado, pues sabía que sin las ceremonias necesarias su alma no hallaría reposo. Después de mucho cavilar y pensar, llegó a la conclusión de que la única manera de conseguir dinero era venderse a sí mismo como esclavo.

El muchacho encontró a un hombre llamado Fu, que estaba dispuesto a comprarlo y esperar a que el entierro hubiera acabado, antes de llevárselo a su casa. Con el dinero recibido, Dong tomó las medidas necesarias para la ceremonia y el día fijado siguió al cuerpo de su madre a la tumba. Allí, vencido de dolor, cayó desmayado, y cuando se recobró vio a una hermosa joven que estaba junto a él.

—¿Quién eres y por qué has venido al entierro de mi madre? —le preguntó.

—Soy tu esposa —dijo ella—. Me llamo Dagu y antes de morir tu madre prometió a mi familia que nos casaríamos. Ahora tenemos que cumplir sus deseos y casarnos inmediatamente.

Dong Yong no salía de su asombro, pues nunca había oído hablar a su madre de planes matrimoniales. Sin embargo dijo:

—Necesitamos testigos para nuestra boda.

Dagu señaló a los árboles de alrededor y dijo:

—Estos serán nuestros testigos.

—Sí, si están de acuerdo —dijo Dong Yong.

Dagu hizo un gesto con la mano hacia los árboles y ellos en un suspiro dijeron:

—Sí.

La boda estaba consumada y Dagu fue con su esposo a la casa de Fu, cuya familia se sorprendió enormemente al ver que Dong Yong estaba casado. Ella explicó que iba para ayudarle a comprar su libertad y que era una experta tejedora e hilandera.

—Eso habrá que verlo —dijo Fu.

Y le encargó que bordara, como prueba, un par de zapatillas para su esposa. En un día Dagu le llevó el par de zapatillas más hermoso que nunca se había visto: flores y pájaros formaban un dibujo tan complicado y tan real que parecían estar vivos. Luego la pusieron a trabajar en el telar y en pocos días hizo el más hermoso brocado de seda, tejido con todos los colores del arco iris. Fu y su esposa estaban encantados, pero se daban cuenta de que ningún mortal podía hacer cosas tan maravillosas, y temiendo ofender a los espíritus, liberaron a Dong Yong de la esclavitud y le perdonaron su deuda.

Una vez libres, Dagu trabajó cosiendo y tejiendo para que su esposo pudiera continuar los estudios y viajar a la capital para pasar los últimos exámenes. De nuevo los sacó con el número uno y obtuvo así un importante puesto en la corte. Dagu dio a luz a un niño y todo parecía transcurrir felizmente para ellos. Un día, sin embargo, regresaba Dong Yong de entrevistarse con el emperador, cuando Dagu se le acercó y dijo:

—Ahora estás bien situado en la vida y puedo decirte la verdad. Te habrás preguntado más de una vez por qué me encontraste junto a la tumba de tu madre y te habrá intrigado saber la historia auténtica de nuestra boda.

—Es cierto —replicó Dong Yong—. Al principio estaba muy sorprendido de que mi madre nunca me hubiera planteado este asunto, pero después de nuestra boda no volví a



pensar en ello. Si quieres contarme algo, por favor, dímelo; nada podrá molestarme.

—La verdad es que no soy una mujer corriente —dijo ella—, sino una doncella celestial. Vimos la devoción que tenías por tu madre y me eligieron para que descendiera a la tierra y te ayudara. Ahora que tienes éxito en todo ya no me necesitas y debo regresar al cielo.

—¿Cómo puedes abandonarme? —dijo él—. ¿Y cómo puedes dejar a tu hijo?

Pero su súplica fue en vano. Dagu insistió en que su lugar estaba en el cielo, y colocando al bebé en los brazos de Dong Yong, abandonó la casa y no se la vio nunca más.

Si bien Dong Yong no vio más a su esposa es muy probable que ella siguiera velando por su familia desde el cielo, pues él llegó a convertirse en un alto oficial de la corte y su hijo fue igualmente un hombre sabio y respetado cuando llegó a la edad madura.

# El hijo del fabricante de espadas

En todas las culturas antiguas, los objetos de metal y los herreros que los realizaban gozaban de una alta estima. China no fue una excepción, y en ella las armas de metal, y especialmente las espadas, eran veneradas como piezas preciosas y tratadas casi como si gozaran de mágicos poderes. Los fabricantes de armas solían ser ricos y el pueblo los respetaba.

Una vez, en el reino de Chu, vivía un famoso fabricante de espadas llamado Ganjiang. También su esposa, Moye, era experta en herrería, y un día el rey de Chu llamó a Ganjiang y le encargó dos espadas.

—¡Y que sean las dos mejores espadas que hayas forjado en tu vida! —le ordenó con una mirada fulgurante—. De lo contrario lo lamentarás.

Ganjiang y Moye se entregaron a la tarea con todo cuidado. Cada proceso, cada etapa de fabricación la llevaban a cabo dos veces para que la espada fuera dos veces más resistente. Y pronto empezó a difundirse el cuidado y la pericia con que se estaban haciendo aquellas armas, que serían, sin duda, algo muy especial.

Ganjiang y Moye trabajaban noche y día, deteniéndose sólo para comer y dar alguna cabezada, y a pesar de ello pasaron tres años hasta que las espadas estuvieron concluidas a su entera satisfacción, templadas, pulidas y afiladas de modo que su hoja brillaba y deslumbraba. Ambas espadas constituían una pareja, pues eran casi idénticas, si bien una de ellas era más delgada que la otra. Estaban hechas así para que pudieran entrar en la misma vaina. Las hojas eran largas, las empuñaduras perfectamente equilibradas, y estaban magníficamente labradas. Cortaban el hierro como si fuera mantequilla y despedían reflejos como la luna de otoño en el estanque. Nadie había visto nunca nada parecido a aquellas armas, tanto por su belleza como por su eficacia, y en honor a sus autores llamaron a la más esbelta, la femenina, Moye, y a la más ancha, la masculina, Ganjiang.

Cuando el rey se enteró de que las espadas estaban ya listas se sintió contento y a la vez inquieto: feliz porque con tales espadas podría conquistar el mundo, y preocupado porque en cuanto se supiera la calidad de las armas, otros podrían encargar espadas semejantes a Moye y a Ganjiang y amenazarle una vez más. Para no correr ese riesgo decidió entonces encontrar una excusa para matar al fabricante.

Ganjiang era plenamente consciente del riesgo que corría, pues, a juzgar por los diversos mensajes que se habían cambiado entre la forja y el palacio, se daba cuenta de que el rey anhelaba las espadas, pero a la vez odiaba y temía a su autor. Moye estaba embarazada por entonces y el herrero trazó cuidadosos planes.

—El rey es un hombre suspicaz y despiadado —dijo a su mujer cuando se preparaba para ir a palacio—. Desconfía de mi habilidad como fabricante de espadas y me temo lo peor. Ahora voy a verle, pero para probar su buena fe le llevaré sólo la espada femenina. He escondido ya la masculina. Si me mata y el hijo que esperas es un chico, dile esto cuando sea un hombre: «Si sales fuera de la puerta y miras hacia la montaña del sur, allí crece un pino sobre una piedra y la espada está en el árbol.» Si puede encontrarla, vengará mi muerte.

Genjiang hizo repetir a Moye el mensaje varias veces hasta que se convenció de que lo sabía de memoria y no lo olvidaría. Entonces, tras contemplar su casa y la forja, temiendo que fuera por última vez, se encaminó a palacio.

Cuando llegó a la corte, ceremoniosamente entregó la espada femenina al rey.

—¿Qué es esto? —exclamó el soberano.

—Es mi mejor espada —contestó Ganjiang con toda educación—, forjada en mi propio yunque y con toda mi experiencia y mi arte.

—Te ordené hacer dos espadas —atronó el rey—, y he esperado tres años para tenerlas y ahora te presentas solamente con una. ¿Qué tienes que decir en tu favor? Esto es una ofensa, un acto de desprecio a mis reales órdenes.

—Hacer una espada no es cosa fácil —contestó Ganjiang—. Si me diera unas semanas más...

—¡Silencio! —ordenó el rey—. ¡Lleváoslo!

Y antes de que Ganjiang pudiera protestar,

los soldados le prendieron y se lo llevaron para darle muerte.

Tras la muerte de Ganjiang, su esposa Moye dio a luz a un niño al que educó con extremo cuidado. Este creció hasta convertirse en un apuesto joven, pero en su rostro había algo extraño: tenía las cejas tan separadas que la gente le tomaba el pelo diciendo que entre ambas había la distancia de un pie. Con frecuencia el muchacho preguntaba a su madre qué había sido de su padre y ella lograba cambiar de tema. Al principio para ella era muy doloroso hablar de su difunto marido y temía que cuando el chico supiera la verdad correría la misma suerte. Así que demoraba contárselo año tras año. Cuando le pareció que ya tenía edad para luchar, no tuvo más remedio que contarle la verdad. El chico se indignó y juró inmediatamente vengar a su padre.

—¿Pero qué fue de la otra espada? —preguntó—. Necesitaré la mejor arma del mundo si es que tengo que batirme con este pérfido rey.

Moye recordó las últimas instrucciones de Ganjiang y dijo:

—«Si sales fuera de la puerta y miras hacia la montaña del sur, allí crece un pino sobre una piedra y la espada está en el árbol.» Estas fueron las últimas palabras de tu padre. Si sabes interpretarlas correctamente te llevarán al lugar donde el arma está escondida.

El muchacho, confuso por aquellas palabras, estuvo mucho rato sin saber qué hacer, ni hallarles sentido. No había ninguna montaña al sur de la casa ni crecía ningún pino por los alrededores. Una mañana, sin embargo, hallándose de pie delante de la puerta de su casa y mirando hacia el sur, se dio cuenta de algo por primera vez: el techado portal que daba al patio de delante de la casa, se apoyaba en una losa de piedra y el tejado en pilares de pino que a su vez se apuntalaban sobre piedra. Se preguntó entonces si no sería aquello «el pino que crece sobre una piedra» y tomando un hacha empezó a darle al pilar más próximo a la casa, y lo partió en dos. He aquí que en su interior apareció una espada brillante como el sol de la mañana. Deteniéndose sólo para probar su peso y despedirse de su madre, partió para llevar a cabo su venganza.

Aquella noche el rey de Chu tuvo un sueño terrible: un joven se le acercaba con una fulgurante espada en la mano.

—Vengo a vengar la muerte de mi padre —le dijo.

El rey se despertó aterrorizado y reunió inmediatamente a su corte en busca de consejo.

—¿Qué aspecto tiene el joven? —le preguntaron sus consejeros.

La descripción que el monarca hizo del hijo de Ganjiang fue tan detallada, y perfecta, sobre todo en cuanto a la peculiaridad de sus cejas, que no fue difícil hacer su retrato, y pronto su imagen estuvo clavada por toda la ciudad, ofreciendo abundante recompensa al que lo capturara. Cuando el joven llegó allí y se encontró con su propia imagen en todas las esquinas, presa de pánico huyó a las montañas.

Durante varios días estuvo allí escondido, intentando poner a punto un plan de actuación, ya que se le habían anticipado de aquel modo. Un día, al amanecer, tras una noche de insomnio, estaba llorando tristemente cuando se le acercó un viajero vestido de negro.

—¿Qué te pasa, joven? —preguntó el extraño.

Algo en él inspiraba confianza y el muchacho le contó su historia. Entonces el extranjero habló solemnemente.

—El rey de Chu es, desde luego, un perverso tirano. Es imposible contar el número de hombres que ha asesinado; y la gente que logra vivir bajo su tiranía, lo hace sólo presa de terror. Soy un guerrero sin país, pues el mío, como muchos otros, ha caído en su poder. Te vengaré y vengaré así a mi país y a todas las gentes que sufren bajo su dura ley.

—¿Me ayudarás, pues?

—Sí, te ayudaré, pero necesitaré tu ayuda. ¿Estás dispuesto a hacer un gran sacrificio?

—Sí.

—Si has estado en la ciudad habrás visto los anuncios ofreciendo una recompensa por tu cabeza —dijo el extranjero—. Si te cortara la cabeza y se la llevara al rey, él, creyendo que estoy de su lado, me permitiría estar cerca de él. Entonces lo mataría en tu nombre.

El joven miró seriamente al hombre vestido de negro y luego, con calma y sin vacilar, sacó de la vaina la espada de su padre y de un





solo golpe se cortó la propia cabeza. Su cuerpo permaneció aún erecto un instante, el tiempo de poner cabeza y arma en manos del extranjero.

—No temas —le dijo éste—, no fallaré.

El cuerpo se derrumbó y suspirando, el extranjero limpió de sangre la espada, envolvió cuidadosamente la cabeza y enterró el cuerpo del muchacho. Luego se encaminó a palacio y cuando dijo cuál era el asunto que allí le llevaba, lo pasaron inmediatamente a presencia del rey. Este miró detenidamente la cabeza y reconoció de inmediato la que había visto en sus sueños. Sonrió satisfecho y agradecido al extranjero.

—Ante todo —dijo a sus criados— echad esta cabeza a los perros. Luego traed comida y bebida para este hombre que me ha servido mejor de lo que imagina, pues es el hombre de mis sueños.

—Esperad —dijo el extranjero—. Si el joven se os apareció en sueños debe tener poder de espíritu. Hay que destruir su cabeza echándola en agua hirviendo, de lo contrario quién sabe qué desgracias podría acarrear.

Al rey le pareció sabio aquel consejo y ordenó que hicieran hervir agua en un gran caldero. Luego él mismo echó en su interior la cabeza.

—Perezcan así todos mis enemigos —atronó.

Durante tres días y tres noches estuvo el caldero hirviendo, pero la cabeza no dio muestras de cambio. Finalmente el extranjero dijo al rey que lo inspeccionara, ya que su presencia real podía ser de algún efecto. Sin muchas ganas, el rey siguió al extranjero hasta donde se hallaba el caldero y miró temeroso hacia su interior. Entonces, el hombre vestido de negro sacó de entre sus ropajes la flamante espada y de un tajo le cortó la cabeza que fue a parar al agua hirviendo. Con una risa de triunfo, a su vez se cortó la cabeza que cayó igualmente junto a las otras dos. Las tres cabezas se desintegraron al instante.

Cuando retiraron el caldero del fuego las cabezas eran irreconocibles, así que las enterraron juntas en una gran tumba que durante muchas generaciones se ha llamado la tumba de los tres nobles.

Genjiang y el país del extranjero habían sido vengados y el dominio cruel del tirano había llegado a su fin.



# Dioses y supersticiones

Según las creencias de la antigua religión china, cada cosa, animada o inanimada, tenía su espíritu guardián e incluso los objetos materiales estaban dotados de vida propia. La superstición popular extendía esta creencia a los objetos más humildes hechos por el hombre: la casa, el horno, los cacharros de cocina, las sartenes, todo tenía su custodio que contaba con el poder de hacerlos funcionar bien y ayudaba a la gente a utilizarlos de forma adecuada. Para que estos guardianes estuvieran contentos, se les solía hacer ofrendas e incluso se erigían templos a los más poderosos. Así crecieron los cultos religiosos y fueron aceptados como parte de la rutina de la vida cotidiana.

El hombre, según estas concepciones, tenía algunos enemigos implacables, entre los cuales se encontraban el tiempo y los elementos, que eran considerados como dioses máximos, y venerados con grandes ceremonias. En las pinturas y esculturas de la época, estos dioses aparecen con todos los símbolos de su poder. Los intelectuales y la gente que pertenecía a las clases superiores, consideraban estos cultos como meras supersticiones, si bien en momentos de necesidad e incertidumbre, incluso ellos recurrían a aquellos rituales y muy pocas eran las casas que no contaban con estatuillas de los dioses domésticos. Sobre ellos corrían historias de tono humorístico, lo que deja claro que la actitud de los chinos respecto a aquellos dioses y espíritus no era del todo seria.

Como en todas las sociedades, el hogar se consideraba el centro de la casa, y el dios que lo presidía era un personaje de mucha importancia. En la antigüedad, en todas las casas chinas, sobre el hogar había una hornacina en la pared, donde se colocaba la imagen de aquel dios, ante la que se quemaba incienso. Cada fin de año se quemaba la imagen ennegrecida por el tizne, porque aquel era el momento en que el dios del hogar subía al cielo para dar cuenta al gran dios de la conducta de la familia a lo largo de los meses anteriores. Como había podido observarlo todo desde su hornacina, el dios lo sabía todo, y el futuro de los habitantes de la casa dependía de sus palabras.

Se despedía al dios en su viaje al cielo con ciertas ceremonias. Se encendían fuegos artificiales y se le ofrecía una buena comida para tenerlo contento. A veces se le daba miel para que pronunciara sólo palabras dulces; incluso en ocasiones le daban comida dulce tan pegajosa que le impediría abrir la boca, con el

fin de que, cuando le preguntaran, sus labios estuvieran literalmente sellados, y sólo pudiera inclinar la cabeza afirmativamente para indicar el buen comportamiento de la familia.

Algunas de las historias que se cuentan sobre el dios del hogar coinciden en que originalmente era un ser humano. Existen varias versiones pero todas se basan en lo mismo. Se trataba de un hombre bueno y amable pero tan pobre que no podía mantener a su mujer, en vista de lo cual no tuvo más remedio que darla a otro en matrimonio. Años después, andaba mendigando por la ciudad, cuando llegó a la casa donde vivía por entonces la que había sido su esposa. Cuando la reconoció se sintió tan avergonzado que corrió a esconderse en el horno. Por desgracia no se dio cuenta de que estaba encendido, y murió. Como había sido un hombre honesto durante toda su vida, el gran dios lo convirtió en dios del hogar.

## Los dioses de la puerta

Los dioses de la puerta tenían la importante misión de mantener alejados a los visitantes inoportunos. Había la costumbre de pintar a ambos lados de la puerta, imágenes de guerreros feroces con caras terribles y portando armas mortíferas para asustar a los malos espíritus. Del mismo modo que el dios del hogar, éstos se renovaban cada año.

Durante un período de la larga historia de China, se identificó a los dioses de la puerta con dos guerreros que sirvieron al primer emperador de la dinastía Tang, en el siglo VII.

El emperador había caído enfermo y por las noches, en sus delirios febriles, había visto unos demonios que bailaban vertiginosamente en torno a su lecho. Durante el día, sin embargo, nada le molestaba. En la corte todo el mundo estaba muy preocupado por la salud del soberano y dos de sus guerreros más fuertes se ofrecieron para hacer guardia en la puerta de su habitación durante toda la noche y protegerle de los demonios. Por primera vez, desde que había caído enfermo, el emperador pudo dormir bien, y a partir de aquel momento su salud empezó a mejorar. Finalmente, cuando ya estaba completamente repuesto, permitió que los guerreros durmieran por la noche, pero ordenó a los pintores que hicieran de ellos dos retratos con un aspecto tan fiero como les fuera posible, y mandó colgar las imágenes en la puerta, para que los demonios no se atrevieran a volver.

## Dioses de los elementos

Los dioses de los elementos figuraban entre los más poderosos de los espíritus guardianes, y entre ellos estaban el dios del trueno, el del rayo y el del viento. El dios del trueno era una horrible criatura; tenía alas de murciélago, patas con garras, y pico de águila. Producía el trueno batiendo sus tambores con cincel y martillo. La divinidad del rayo era femenina, y enviaba los rayos proyectando la luz con dos espejos que tenía en las manos. El dios del viento era un anciano que acarreaba sacos de piel donde guardaba los vientos. Entre los tres controlaban las fuerzas de la tormenta y, si no se les rendía el culto debido, podían ocasionar grandes daños, arrancando casas y árboles, arruinando cosechas e inundando tierras de provecho.

De todos, el dios del trueno es el que figura en más mitos y leyendas. Además de controlar el trueno utilizaba sus poderes para castigar a los malhechores. A veces, sin embargo, socorría también a los hombres.

Una historia cuenta cómo un joven que estaba en lo alto de una montaña cortando leña se refugió de una violenta tormenta debajo de un gran árbol. De pronto se oyó un terrible trueno justo sobre su cabeza y un rayo cayó precisamente en aquel árbol. El joven levantó los ojos y vio a una horrible criatura de rostro azul y garras de ave, atrapada en la hendedura del árbol. La criatura dijo apesadumbrada:

—Soy el dios del trueno. Al partir este árbol he quedado prisionero; si me ayudas te recompensaré generosamente.

El leñador asintió y liberó al desdichado dios, ensanchando la hendedura de modo que pudiera salir. En cuanto se vio libre, el dios desapareció, pero más adelante dio al joven un libro donde podría aprender el modo de producir la lluvia y el trueno, y de curar enfermedades.





—Cuando quieras que llueva lo único que que tienes que hacer es llamar a alguno de mis hermanos. A mí no me llames, a no ser que te veas en un gran apuro, porque causo muchos destrozos.

El leñador se hizo famoso por los alrededores gracias a lo que aprendió en el libro; pero un día que había bebido demasiado vino, la policía le arrestó por mal comportamiento. Cuando le llevaron a juicio, él llamó en su ayuda al dios del trueno y el dios tronó con tanta potencia que todas las casas temblaron desde sus cimientos. El magistrado, asustado, liberó inmediatamente al leñador antes de que el dios pudiera provocar alguna catástrofe.

Otra historia cuenta cómo una inofensiva anciana se había roto el brazo por causa de un rayo. Estaba maldiciendo su mala suerte cuando oyó una voz en lo alto que le decía:

—Perdona, me he equivocado.

Y una botella cayó del cielo y fue a parar delante de ella. La voz continuó:

—Frótate el brazo con el contenido de esa botella y se te curará enseguida.

La anciana lo hizo así y el brazo se le curó inmediatamente. Luego la botella desapareció en el espacio tan misteriosamente como había aparecido.

## Dioses de los astros

A los chinos, como a la mayoría de los pueblos, desde un principio les fascinaron las estrellas e inventaron sobre ellas numerosas historias. La del pastorcillo y la tejedora, que hemos relatado en la página 41, es una de las que exponen su vinculación a los destinos humanos.

Parecía evidente que la posición de las estrellas en el cielo indicaba que vigilaban las actividades humanas y que, probablemente, les daba poder para influir en sus vidas. A algunas de ellas se las adoró como a dioses. La Osa Mayor, que en chino se llama *Beidoushing,* lo que quiere decir «constelación que indica el norte», era considerada como una diosa a la que a veces se le atribuían los mismos poderes de la diosa de la misericordia, Guanyin. Se la conocía también con el nombre de madre indicadora y en algunas partes de China como reina del cielo, y era la protectora de los hombres. También se la identificaba con la diosa Arichi de la mitología indo-brahmánica, personificación de la luz y diosa del alba. Por otra parte, *Beidoushing* no siempre era una deidad femenina; a veces se la consideraba masculina: el dios de la larga vida.

Uno de los astros que formaban parte de la constelación era venerado como la estrella dios Kui, patrón de la literatura y especialmente de los exámenes de estado. Según una leyenda, hubo una vez un estudiante llamado Kui que tenía la desgracia de tener un rostro muy feo. Pasó los exámenes para funcionario del Imperio con las notas más altas, pero cuando el emperador vio su cara se quedó tan consternado que rehusó darle el puesto que le correspondía en el gobierno. Kui se quedó tan decepcionado que se suicidó, pero un monstruo marino lo tomó en sus lomos y lo llevó a presencia de los dioses, que decidieron mandarlo al cielo como dios.

Por un giro del destino, Kui se convirtió así en el patrón de los que iban a examinarse, sin duda porque él mismo había pasado los exámenes tan bien, aunque esto no le diera la suerte que merecía. Con frecuencia se representa al dios Kui no como un ser real, sino con una figura formada del carácter chino *Kui*, con trazos agudos que le hacen parecer un ser extraño, demoníaco, que lleva en una mano un pincel para escribir mientras con un pie da una patada a la Osa Mayor. Estas imágenes eran una especie de amuletos de la buena suerte que se enviaban a todos aquellos que tenían que examinarse, hasta tal punto que la expresión «dar una patada a la Osa Mayor» fue sinónimo de pasar los exámenes. Las imágenes de Kui aparecen en los tampones, en los porta pinceles, y en otros objetos de escritorio. A veces se le representa con una carpa, pez que deposita los huevos en el mar pero luego sus crías regresan al río para crecer. El trayecto contra la corriente suele ser peligroso y con frecuencia tienen que dar grandes saltos para alcanzar niveles más altos, metáfora evidente de las dificultades que hay que superar en los exámenes.

La Estrella Polar, también llamada Taiyi, era objeto de una gran veneración porque se le atribuía el poder de satisfacer los deseos de los hombres. Hubo una vez una muchacha tan hermosa como buena, cuya madre enfer-

mó gravemente y no había medicina capaz de curarla. La joven había oído decir que si se rendía culto a la Estrella Polar durante cien días seguidos y de todo corazón ésta concedería cualquier cosa que se le pidiera. Así, día tras día, la muchacha cuidaba atentamente a su madre, y noche tras noche rezaba a la Estrella Polar, encendiendo palitos de incienso y haciendo las ceremonias necesarias.

Pasaron los cien días y cuando por la noche la joven estaba rezando, se le apareció un anciano de larga barba blanca y le dijo que pidiera un deseo.

—Quiero que mi madre se cure del todo —dijo ella sin vacilar.

La estrella aprobó su deseo y a la mañana siguiente la madre de la muchacha se hallaba completamente recobrada.

La historia no termina aquí, sin embargo, pues en cuanto la noticia de la curación milagrosa llegó a oídos de la gente, las familias de jóvenes en edad de casarse empezaron a pedir a la joven en matrimonio para sus hijos. Finalmente la madre escogió certeramente a uno de los jóvenes y la pareja fue inmensamente feliz.

En la misma ciudad vivía otra muchacha rica pero muy mimada, pues tenía cuanto se puede desear. Habiendo oído hablar de la suerte de la otra joven que había rendido culto a la Estrella Polar, y que le había proporcionado un buen matrimonio, decidió probar suerte del mismo modo. Con una perseverancia ajena a sus costumbres rindió culto a la estrella durante cien noches seguidas hasta que llegó el esperado momento. La Estrella Polar, desde luego, se le apareció en forma de anciano barbado.

A su vista, la muchacha se quedó tan desconcertada que su mente cayó en un torbellino de deseos: ser hermosa, rica, tener un buen marido, un vestido nuevo y cientos de cosas más. Eran tantas las cosas que quería pedir que no fue capaz de decir una sola



palabra. La Estrella Polar esperó pacientemente, pero ella todo lo que pudo hacer fue taparse la boca con una mano y con la otra señalar al dios casi desesperadamente. Al final la Estrella Polar inclinó la cabeza y desapareció.

Al día siguiente la joven se encontró con el mentón recubierto de una larga barba, tan blanca como la de la Estrella Polar. Como había sido incapaz de hablar la estrella había interpretado su gesto a su modo, pensando que le pedía una barba igualita a la suya.

## El señor Guan

Algunos dioses, antes de subir al cielo, fueron célebres héroes, hombres más virtuosos que los demás, o grandes benefactores de la humanidad, a los que después de su muerte se les había erigido templos y rendido culto, exactamente igual como hacen los cristianos con sus santos, a los que se dedican iglesias. Uno de los más populares fue el señor Guan o Guang Gong, dios de las artes marciales. La gente también acudía a él para que le protegiera de los demonios, y como era capaz de recitar de memoria la historia clásica, se convirtió en patrón de los estudiantes.

El nombre terreno del señor Guan era Guan Yü y vivió en el segundo siglo de nuestra era. Fue uno de los militares que siguió al rey de Shu, Liu Bei. Su historia como fiel seguidor de Liu Bei se narra en la popular novela *El romance de los tres reinos*, que se desarrolla en el período en que tres reyes se disputaban la supremacía en China.

Al principio, Guan Yü fue simplemente un héroe militar, fuerte como un gigante e invencible en la batalla. Tenía fama por su valor y lealtad y también porque era un hombre muy generoso y querido por todos. Poco después de su muerte se convirtió en héroe de la leyenda popular, dotado de poderes extraordinarios, y no pasó mucho tiempo hasta que de héroe se transformó en dios. Durante el siglo séptimo los budistas lo convirtieron incluso en guardián de uno de los monasterios, y los taoístas reconocieron su fuerza contra todos los demonios. Poco después se erigieron templos en su honor y con el tiempo tuvo uno en cada ciudad.

Además de *El romance de los tres reinos*, otras novelas populares y obras de teatro se ocupaban de sus aventuras. En el teatro el personaje que lo encarnaba llevaba el rostro pintado de rojo. La explicación es la siguiente:

De joven, Guan Yü era inteligente y atrevido, y estaba siempre dispuesto a emplear su enorme fuerza en beneficio de los débiles que necesitaran su ayuda. Un día oyó decir que el hijo del gobernador local, un espadachín y sinvergüenza redomado, había raptado a la hija de un honrado ciudadano. El pobre hombre nada podía hacer para proteger a su hija y todo hacía prever que se permitiría que el sinvergüenza se quedara con ella. Entonces intervino Guan Yü: mató al desalmado y rescató a la muchacha, devolviéndola a su padre. Cuando se enteró de que el gobernador quería vengar la muerte de su hijo se refugió en el templo. Por supuesto el gobernador envió allí a sus oficiales, que, para obligarle a salir, prendieron fuego al edificio. Guan Yü permaneció en su interior hasta que las llamas rozaron sus vestiduras. Entonces saltó fuera cogiendo desprevenidos a sus perseguidores y matándolos a todos. A continuación corrió hasta el arroyo para refrescarse y al ver su rostro reflejado en el agua se dio cuenta de que el fuego había cambiado su color en un rojo intenso. De este modo pudo escapar de la ciudad sin ser reconocido y unirse a las fuerzas de Liu Bei en Shu.

Mientras se hallaba allí, varios jefes del ejército se reunieron para combatir a un peligroso rebelde odiado por todos. Este, viendo que sus enemigos le superaban en número, envió al más fuerte de sus campeones para desafiar a los comandantes enemigos en singular combate. Nadie se atrevía a presentarse como voluntario, pues el campeón enemigo tenía fama de traidor en la lucha. Entonces uno de los jefes se volvió hacia Guan Yü ofreciéndole una taza de vino caliente como señal de que tenía que luchar y ganar. Guan Yü se levantó de la mesa, donde estaban todos comiendo, y salió fuera dispuesto a enfrentarse con el enemigo. Antes de que el vino se enfriara le había derrotado y ocupaba de nuevo su lugar.

En otra ocasión le hirió una flecha envenenada durante una batalla. Se le hinchó el brazo izquierdo, y el cirujano tuvo que ope-



rarle. Guan Yü se sentó a la mesa con uno de sus amigos y empezaron una partida de ajedrez —hay que decir que en aquellos tiempos en que aún no existía la anestesia una operación requería un valor extraordinario—. El cirujano preparó sus instrumentos y luego procedió a cortarle la carne, llegando hasta el hueso, para extraerle el veneno, antes de aplicar las hierbas cicatrizantes y vendarle la herida. Durante todo el doloroso proceso, Guan Yü permaneció absorto en el juego sin apartar de él los ojos ni dar señales de dolor. Cuando la herida estuvo vendada acabó tranquilamente el juego.

Guan Yü siguió sirviendo al rey durante muchos años y venció muchas batallas, alcanzando una fama extraordinaria por su pericia y valentía. Al final, sin embargo, los enemigos del rey lo capturaron y conociendo su valor intentaron en vano que se pasara a su bando, pero no lo lograron. Guan Yü permaneció fiel y eligió la muerte a manos de sus enemigos antes que traicionar a su rey.

## El dios del matrimonio

En la antigua China eran las familias las que arreglaban los matrimonios de sus hijos. Padres prudentes buscaban con cuidado la pareja, de modo que en general éstos eran felices. Por supuesto, como en todo, el azar tenía parte en ello, pero de todos modos se consideraba que los matrimonios se hacían en el cielo y eran algo que escapaba al control humano. La superstición popular creó un dios encargado de los matrimonios, al que a veces se llamaba «el viejo de la luna». Tenía templos por todo el país y la gente acudía a ellos en busca de consejo respecto a su matrimonio. Y he aquí la historia de un hombre que se encontró realmente con el dios del matrimonio.

Durante la dinastía Tang vivió un muchacho llamado Wei, cuyos padres murieron siendo él aún muy joven. Cuando llegó a una edad en que podía casarse deseó hacerlo y tener familia para compensar la que había perdido durante su infancia. Pero como no tenía padres que le ayudaran a encontrar un partido, las familias con hijas casaderas le miraban con recelo y no lograba encontrar esposa. Hallándose de viaje, un día llegó a la ciudad de Song y se alojó en una posada. Allí encontró a un hombre de la ciudad y, hablando con él, acabó por confesarle su problema. El hombre le dijo que la hija del gobernador sería un buen partido para él y le ofreció ir a hablar con el gobernador en su nombre. Decidida la cuestión, quedaron en encontrarse al día siguiente, por la mañana temprano, frente al templo que había junto a la posada.

Wei, que estaba muy impaciente, llegó al templo antes de que la pálida luna desapareciera del cielo y por supuesto antes del alba. Delante del templo, sentado sobre las gradas, Wei vio a un anciano que leía, apoyando la espalda en un saco. El joven se acercó y miró por encima del hombro el libro que el ancia-

no estaba leyendo, pero no pudo entender una sola palabra: los signos del libro parecían huellas de un insecto en vez de escritura. Lleno de curiosidad preguntó al anciano:

—Señor, ¿qué clase de libro estás leyendo? Desde niño he aprendido varias lenguas y puedo leer distintas escrituras, incluso las de las tierras occidentales como India, pero nunca he visto un libro como éste.

El anciano sonrió y dijo:

—No podrías haberlo visto porque no es un libro mortal.

—¿Pues qué libro es? —preguntó Wei.

—Es un libro de los infiernos.

—Si eres del otro mundo, ¿qué haces aquí?

El viejo miró a su alrededor y dijo:

—Te has levantado muy pronto —dijo, y se detuvo un momento—. Generalmente no hay nadie por aquí a estas horas, excepto nosotros, los del más allá, que nos ocupamos de los hombres. Tenemos que venir a dar una vuelta de vez en cuando y solemos hacerlo en la penumbra, antes de que despunte el alba.

Wei, que cada vez sentía mayor curiosidad, decidió investigar todo lo que pudiera.

—¿Y de qué te ocupas? —preguntó.

—Me encargo de los matrimonios —contestó el anciano.

Encantado por aquella coincidencia, Wei quiso aprovechar la ocasión.

—He estado solo en el mundo desde mi infancia y hace tiempo que quiero casarme y tener una familia. Durante diez años he buscado una esposa que me conviniera pero sin ningún éxito. Ahora espero que me acepte la hija del gobernador. ¿Me casaré con ella?

El viejo miró detenidamente en el libro y al cabo de un rato le contestó:

—No, ella no es la persona que te ha sido destinada. Tu mujer tiene ahora tres años: cuando tenga diecisiete se casará contigo.

Wei se quedó muy decepcionado al ver que aún le quedaba tanto tiempo de espera. Entonces se fijó en el saco en el que el anciano se apoyaba y le preguntó:

—¿Qué llevas en el saco?

—Cinta roja para atar los pies de marido y mujer. Esto no se ve, pero una vez están atados ya no pueden separarse. Están unidos desde que nacen y para nada cuenta la distancia que los separe o que sus familias sean enemigas, ni su posición social. Tarde o temprano se casarán. Esta cinta no se puede cortar. He visto que estás unido a tu futura esposa, así que no hay nada que hacer.

Muy excitado Wei le preguntó entonces:

—¿Y dónde está mi futura esposa? ¿Qué hace su familia?

—No está muy lejos de aquí —replicó el anciano tranquilamente—. Es la hija de la vieja Chen, que tiene un puesto en el mercado.

—¿Puedo verla?

—Si insistes... La vieja Chen la lleva siempre a vender frutas y verduras al puesto. Si realmente quieres verla, ven conmigo y te la enseñaré. Pero recuerda: esto no cambiará para nada tu futuro.

El anciano guardó el libro en el saco y se puso en pie. Wei seguía excitado y como ya apuntaba el día y el hombre que esperaba no había aparecido, siguió al anciano hasta el mercado con mucha impaciencia.

El mercado empezaba a llenarse de compradores y vendedores y detrás de un puesto de verduras y frutas había una pobre anciana tuerta que llevaba de la mano a una niñita de unos tres años. Ambas iban vestidas con harapos.

—Esa es tu esposa —dijo el anciano señalando a la niña.

Wei sintió que la ira se apoderaba de él y sin poderse contener dijo:

—¿Y qué pasaría si la matara?

El anciano le miró.

—Está destinada a gozar de riquezas y alto rango y el respeto de su familia. Hagas lo que hagas su destino no cambiará.

Y con estas palabras desapareció.

—¡Condenado demonio enviado de los infiernos! —exclamó Wei—. Mi familia es noble y yo no me casaré con una mujer inferior a mí en categoría. Si no puedo encontrar esposa buscaré una hermosa *geisha* y me casaré con ella. ¿Por qué iba a casarme con una mendiga hija de una tuerta?

Furioso abandonó el mercado lleno de intenciones asesinas. Encontró un cuchillo que afiló tanto como una navaja de afeitar y entregándoselo a su esclavo dijo:

—Siempre has cumplido mis órdenes. Ahora matarás por mí a aquella niña y yo te compensaré con diez mil monedas.

Al día siguiente el esclavo, con el cuchillo escondido en la manga, se dirigió al mercado. Mezclado entre la gente fue acercándose poco



a poco hasta la vieja tuerta y la niña y cuando estuvo a su lado, con toda rapidez, sacó el cuchillo de la manga y apuñaló a la niña y escapó entre la multitud, mientras en torno a la niña todo eran gritos y exclamaciones de pánico.

—¿Lo conseguiste? —le preguntó Wei cuando el esclavo llegó junto a él.

—Intenté darle en el corazón pero le di entre los ojos —contestó.

El muchacho recibió su recompensa y fue liberado de la esclavitud, y Wei, sintiéndose libre para contraer matrimonio, olvidó toda la historia.

De todos modos los esfuerzos de Wei por encontrar una esposa adecuada fueron vanos y transcurrieron catorce años sin que lo hubiera logrado. Aquel año trabajaba en un lugar llamado Shiangzhou y las cosas le iban muy bien. Su superior, el gobernador del distrito, impresionado favorablemente por su habilidad, le ofreció a su hija en matrimonio. Al fin Wei tenía una esposa de gran belleza y buena cuna, de diecisiete años. Wei se sentía feliz y la amaba profundamente.

Ya cuando se vieron por primera vez, Wei se fijó en que ella llevaba un parchecito en la frente, y después de casarse se dio cuenta de que no se lo quitaba nunca, ni siquiera cuando se bañaba o cuando dormía. No le preguntó nada pero siguió pensando en ello de modo que llegó un momento en que no podía quitarse aquello de la cabeza. Pasados varios años recordó de pronto el incidente del mercado, la niñita y su esclavo, y decidió preguntar a su esposa por el parche. Esta, llorando, le contó que no era la hija del gobernador de Shiangzhou, sino su sobrina.

—Mi padre —dijo— fue en tiempos gobernador de una ciudad llamada Song y allí murió. Yo era un bebé cuando murieron también mi madre y mi hermano. Entonces mi nodriza, la vieja Chen, se apiadó de mí y me recogió. Cuando tenía tres años me llevó con ella al mercado y un loco me apuñaló. La cicatriz todavía no ha desaparecido y por eso la cubro con el parchecito. Hace unos siete u ocho años mi tío regresó del sur, me adoptó y me casó contigo como si fuera su hija.

—¿Era tuerta la vieja Chen? —preguntó Wei.

Su mujer atónita contestó:

—Sí, ¿cómo lo sabías?

—Fui yo quien intentó matarte —dijo él conmovido—. ¡Qué extraño es el destino!

Entonces le contó a su esposa la historia y cuando ambos supieron toda la verdad se quisieron todavía más. Más adelante tuvieron un hijo que ocupó un alto cargo, y gozaron de una vejez feliz y colmada de honores.

## EL ORIGEN DE LAS HISTORIAS

Los antiguos mitos de China relacionados con la creación del mundo, los dioses y los héroes, nos han llegado en estado fragmentario; algunas historias sólo pueden reconstruirse a través de la filosofía taoísta, una compilación de poesía antigua que data del siglo IV a.C., titulada *Canciones de Chu (Chuci)*, y el libro de cosmogonía mítica, *Clásico de las Montañas y los Mares (Shanghaijing)*. La mayor parte de estos textos la ha recogido Yüan Ke en su obra *Antigua Mitología china* (Shangai, 1951).

Durante el siglo VI las narraciones con aventuras maravillosas eran muy populares y muchas antologías recogen versiones de antiguos mitos junto a los cuentos populares de la época. Una de estas recopilaciones es *El libro de ir en busca de los inmortales (Sou shen ji)*, de donde proceden algunas historias aquí recogidas, como *Panhu, el perro maravilloso, El gusano de seda, El pabellón encantado* y otros.

Esta tradición continuó y algunos siglos después los literatos de la dinastía Tang, en el siglo IX, escribieron narraciones vivas y realistas basadas en temas de la mitología y el folklore. Se les llamó *Leyendas maravillosas (Chuanqui)*. De estas obras he sacado *Liu Yi y el rey dragón, El mundo en una almohada, Historia de la dama llamada Ren, El dios del matrimonio*.

El cuento religioso de Mulien, escrito por un autor anónimo, se conservó en los archivos del monasterio de Dunhuang, en el extremo oeste de China, escrito sobre seda. La narración se ha llevado a cabo en una forma popular entre los budistas y muy influida por un tipo de literatura sánscrita llamada *bianwen*, que reúne verso y prosa, y fue el estilo preferido por la literatura popular. Algunas obras, sobre todo las de carácter religioso, estaban escritas exclusivamente en verso y recibían el nombre de *baojuan*. Esta es la forma en que se encontró la leyenda de Miaoshan, llamada aquí *Guanyin, la Diosa de la Misericordia*. También figuraban entre ellas baladas anónimas basadas en leyendas populares, como la de Meng Jiangnu. Posteriormente, la novela popular se escribió generalmente en prosa. Un ejemplo de ello es la historia de la Dama Blanca, escrita en un estilo mucho más literario por un escritor llamado Feng Menglong que murió en 1646 y dejó varias recopilaciones de leyendas y cuentos populares.

La historia del espíritu del Mono procede de una fuente de la dinastía Ming, toda una novela recogida por el escritor Wu Cheng-en, que murió en 1582, llamada *Viaje al Oeste (Xi you ji)* y contiene elementos folklóricos corrientes en aquel momento. La leyenda de Tripitaka se basa en una figura histórica que dejó la China para ir a India en el año 640. Cuando regresó a su patria posteriormente con las escrituras, se convirtió en una de las máximas personalidades del budismo chino.

Muchas otras novelas basadas en el folklore y las leyendas aparecieron por primera vez durante la dinastía Ming. La historia del príncipe Nocha procede de una novela de la misma época llamada *Romance de la creación de los dioses (Feng shen yenyi)*. Las obras de finales de la dinastía Ming se diferencian de las anteriores por su mayor colorido y amor a lo mágico y lo sobrenatural. Los dioses de estas historias parecen grandes magos o hechiceros: son seres fantásticos, capaces de volar, esfumarse en el aire o mandar ejércitos de papel, lo que no impide que los relatos puedan tocar temas serios o abordar importantes aspectos de las relaciones humanas.

## LAS FUENTES


*A Dictionary of Chinese Mythology*, E. T. C. Werner: El dios del hogar (pág. 120); Los dioses de la puerta (pág. 121).
*Beijing di chuanshuo:* El puente Gaoling (pág. 49).
*Dong Yong Chen Xiang ji:* Dong Yong, el hijo fiel (pág. 114).
*Dunhuang bianwen ji*, ed. Xiang Ta et. al.: Mulien libera a su madre (pág. 64); El monje Huiyuan (pág. 70).
*Feng shen yenyi:* El príncipe Nocha (pág. 74).
*Guan Yü xi ji:* El señor Guan (pág. 126).
*Hua Yang Guo Zhi:* El cuco (pág. 24).
*Jingshi tongyen 'Bainiangzi yongzhen leifengta':* La dama Blanca (pág. 87).
*Liaozhai zhiyi 'Hejian sheng':* El hombre de Hejian (pág. 83).
*Meng Jiangnu wanli xum fu ji:* La historia de Meng Jiangnü (pág. 109).
*Researches into Chinese Superstitions*, Henri Doré, vols. VI, IX, Los ocho inmortales (pág. 81); Dioses de los astros (pág. 124).
*Shanhaijing:* Kuafu persigue al sol (pág. 19); El gigante sin cabeza (pág. 20); El pájaro y el mar (pág. 21).
*Shen xian zhuan:* Zhang Daoling (pág. 76).
*Shiji, 'Sanhuang benji':* Nüwa arregla el cielo (pág. 17).
*Shijing, Daya:* El niño abandonado en el hielo (pág. 34).
*Shu Yi Ji:* El Emperador Amarillo (pág. 20).
*Sou shen ji:* Panhu, el perro maravilloso (pág. 38); La muchacha grulla (pág. 39); El gusano de seda (pág. 45); El pabellón encantado (pág. 85); El hijo del fabricante de espadas (pág. 116); El pájaro nocturno (pág. 86).
*Taiping Guangji 291:* Li Bing contra el dios del río (pág. 37).
*Tang Xiaoshuo 'Ding hun dian':* El dios del matrimonio (pág. 127).
*'Liu Yi Zhuan':* Liu Yi y el rey dragón (pág. 53).
*'Ren shi zhuan':* La dama llamada Ren (pág. 92).
*'Zhentou ji':* El mundo en una almohada (pág. 71).
*The Legend of Miaoshan*, G. Dudbridge: La historia de Guanyin (pág. 60).
*Xi you ji:* El espíritu del Mono (pág. 96).
*Xin xi qu, II, 5:* El pastorcillo y la tejedora (pág. 41).
*Zhongguo di shuishen, Hang Zhigang:* La perla del dragón (pág. 58).
*Zhongguo gudai shen hua*, Yüan Ke: Pangu (pág. 13); Nüwa crea al hombre (pág. 15); Las islas de los Bienaventurados (pág. 18); Yi el arquero (pág. 25); Chang'o y el elixir de la inmortalidad (pág. 29); Yü controla la inundación (pág. 33); Shun, el emperador sabio (pág. 35).


## EL SIMBOLISMO DE LOS MITOS CHINOS

Al comienzo de cada capítulo, el ilustrador ha representado algunos de los símbolos que se identifican con los temas o los personajes de la narración.

Pág. 11 EL MUNDO CHINO. Los caracteres chinos se escribían con pinceles de diverso espesor, inmersos en tinta. La grulla y el pino son símbolos de larga vida. La lámpara en forma de loto es un símbolo budista que aquí representa una de las religiones más importantes de la China.

Pág. 13 DIOSES DEL ALBA DE LOS TIEMPOS. Una de las más antiguas divinidades es la diosa madre Nüwa.

Pág. 25 LOS ANTIGUOS HEROES. El arco y el carcaj lleno de flechas representan a Yi y al sol que quedó después que el arquero mató a sus hermanos. El dragón es un motivo decorativo tradicional. Debajo, el carro tirado por un caballo es un carro de guerra. El motivo del fondo es característico, y con frecuencia se halla en la artesanía de madera y de seda.

Pág. 37 CUANDO DIOSES Y ESPIRITUS CONVIVIAN. La grulla en la cual se convirtió la Muchacha grulla para visitar la tierra; el pastorcillo y su buey: el espíritu de la Estrella Buey; el caballo que se convirtió en gusano de seda.
Pág. 48 LOS DRAGONES CHINOS. Los dragones chinos se asociaban con el agua y eran en general espíritus guardianes de los lagos y los ríos. Los dragones normales tenían cuatro garras, pero los imperiales tenían cinco en cada pata. La perla mágica del dragón era su posesión más preciada.
Pág. 60 CUENTOS BUDISTAS. Las pagodas se construían para contener reliquias sagradas. Buda aparece en su actitud y postura tradicional.
Pág. 73 CUENTOS TAOISTAS DE MAGIA Y FANTASIA. Laozi, el autor del *Tao Te Ching,* lleva un rollo con los símbolos taoístas de los principios masculino y femenino, ying y yang. El ciervo significa la afinidad taoísta con la naturaleza; la calabaza contiene el elixir de la inmortalidad.
Pág. 83 ESPIRITUS Y DEMONIOS. Los espíritus de los animales aparecen con frecuencia como hermosas muchachas, generalmente, aunque no siempre, con malas intenciones.
Pág. 96 EL ESPIRITU DEL MONO. Tripitaka en su caballo dragón; el Puerco de las Ocho Abstinencias con su rastrillo; Arenoso, monje con una alabarda, y Mono con su garrote mágico.
Pág. 109 CUENTOS DE LEALTAD Y FIDELIDAD. La espada de Ganjiang; un rollo hecho de tiras de bambú utilizado antes de la invención del papel, que representa la excelencia de los estudios de Dong Yong; y el templo que simboliza las aspiraciones espirituales.
Pág. 120 DIOSES Y SUPERSTICIONES. El dios de la puerta, una de las dos imágenes colgadas en la puerta para proteger a los habitantes de la casa; bastones de incienso quemados en el culto popular; los caracteres significan «suerte».

**CARACTERES Y SIMBOLOS EN LAS ILUSTRACIONES**

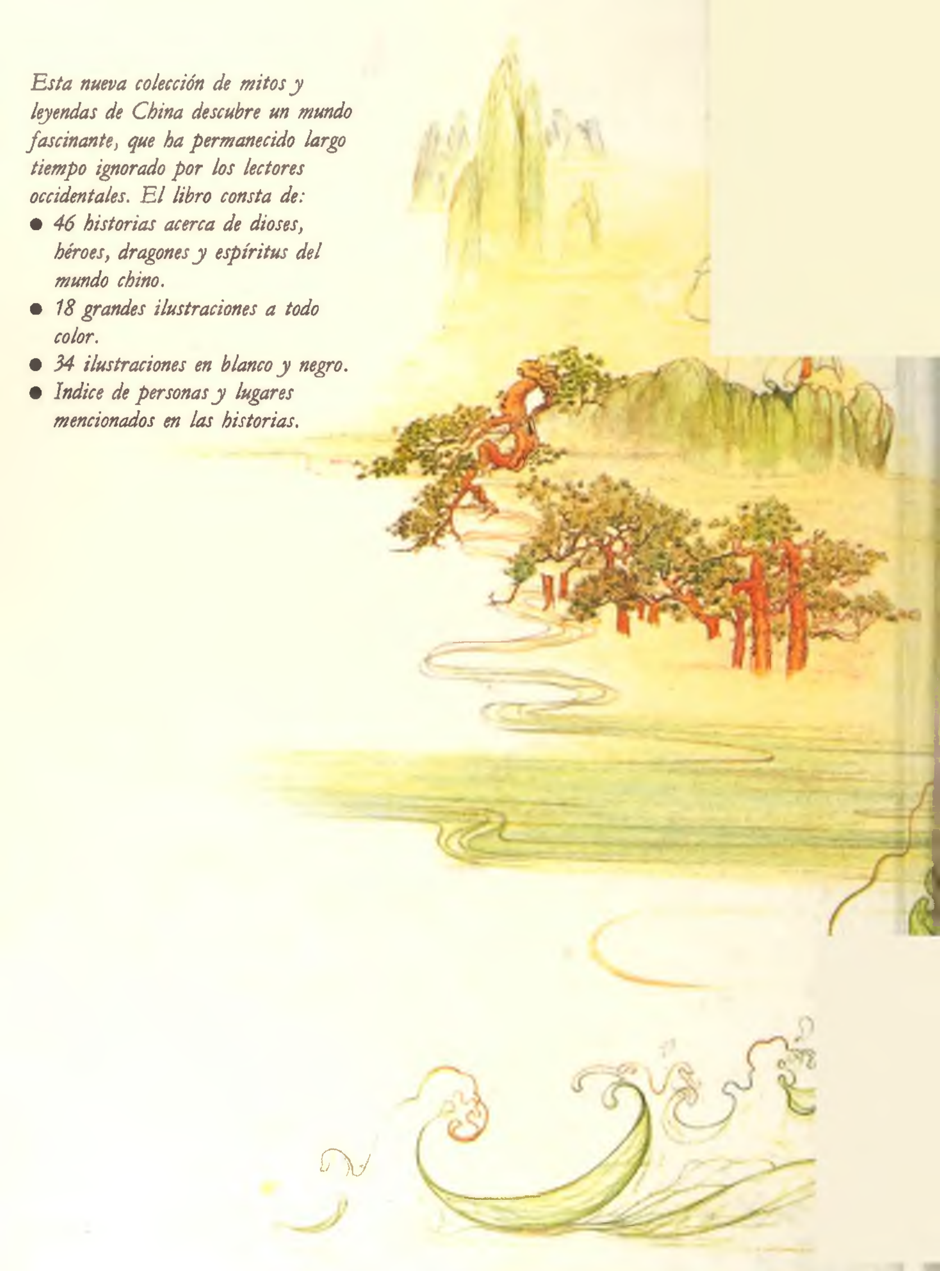
Págs. 16-17 Fushi trazó los ocho hexagramas que se usan en la adivinación, posteriormente interpretados en el Libro de los Cambios *(I Ching).* En el dibujo, basado en una ilustración de la dinastía Sung, realizada por Ma Lin, aparece Fushi y la tortuga tradicionalmente utilizada. Las largas uñas de Fushi son típicas de los estudiosos. Se mataba a la tortuga y las divisiones en que quedaba su concha se interpretaban y anotaban. Los ocho hexagramas son:

Cielo ☰ Montañas ☶
Tierra ☷ Tormenta ☳
Agua ☵ Pantano ☱
Fuego ☲ Viento ☴

Pág. 99 En el dedo de Buda pone: «Gran sabio, igual al cielo».
Pág. 120 Los ideogramas del incensario significan «suerte».
Pág. 129 Trajes de boda tradicionales. La novia lleva una diadema en forma de fénix, símbolo del *yin* o principio femenino. El novio, un gorro de estudiante (a menudo para la boda se utilizaban trajes académicos). Sólo podían llevar plumas en el gorro los que habían pasado brillantemente los exámenes. El color tradicional para las bodas es el rojo. El símbolo, repetido, significa «felicidad matrimonial», y aún se usa como adorno en invitaciones, utensilios, colgaduras, etc., en las ceremonias matrimoniales.

# Indice analítico

*Los números en cursiva se refieren a las ilustraciones en color*



*Esta nueva colección de mitos y leyendas de China descubre un mundo fascinante, que ha permanecido largo tiempo ignorado por los lectores occidentales. El libro consta de:*

- *46 historias acerca de dioses, héroes, dragones y espíritus del mundo chino.*
- *18 grandes ilustraciones a todo color.*
- *34 ilustraciones en blanco y negro.*
- *Indice de personas y lugares mencionados en las historias.*